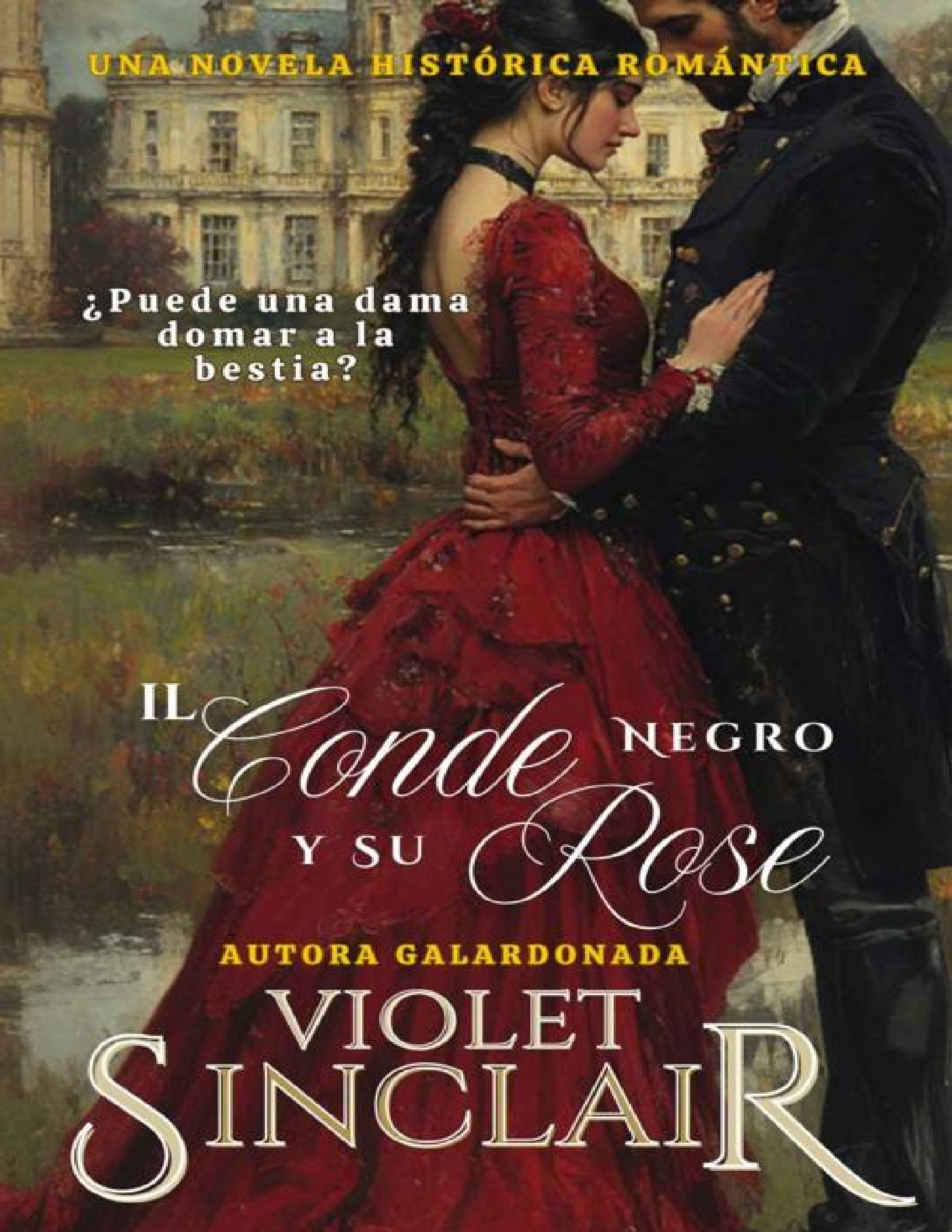

UNA NOVELA HISTÓRICA ROMÁNTICA
¿Puede una dama domar a la bestia?
IL Conde NEGRO
Y SU Rose
AUTORA GALARDONADA
VIOLET SINCLAIR

La Bestia Negra y Su Rosa

Una Novela Historica Romantica

Violet Sinclair

Heartstone Books, BiCoastal Publications, LLC

Derechos de autor © 2024 por Violet Sinclair

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida de ninguna forma sin el permiso por escrito del editor o del autor, excepto en los casos permitidos por la ley de derechos de autor de EE. UU.

Contents

1. Capítulo Uno
2. Capítulo Dos
3. Capítulo Tres
4. Capítulo Cuatro
5. Capítulo Cinco
6. Capítulo Seis
7. Capítulo Siete
8. Capítulo Ocho
9. Capítulo Nueve
10. Capítulo Diez
11. Capítulo Once
12. Capítulo Doce
13. Capítulo Trece
14. Capítulo Catorce
15. Capítulo Quince
16. Capítulo Dieciséis
17. Capítulo Diecisiete
18. Capítulo Dieciocho
19. Capítulo Diecinueve

20. Capítulo Veinte

21. Capítulo Veintiuno

Epílogo

About Violet Sinclair

Capítulo Uno

Leicester, Inglaterra 1817

No es que fuera una de esas damas frívolas que se paseaban por ahí dándose aires de desmayarse. No, la señorita Rose Sheffield siempre había menospreciado a ese tipo de mujeres y había jurado nunca convertirse en una de ellas. Sin embargo, los acontecimientos recientes la habían hecho cuestionar su determinación. Quizás un ligero desmayo no dañaría sus elevados principios morales, reflexionó mientras lanzaba una mirada severa al mayordomo que se interponía en su camino. Pero tan rápido como vino, desechó la idea con frustración.

—¿Qué quiere decir con que su señoría no está presente? —Levantó su velo negro para ver mejor al anciano que estaba frente a ella—. ¡Le escribí específicamente a mi tía abuela que vendría!

—Estoy seguro de que lo hizo, señorita Sheffield, ¿correcto? —dijo el mayordomo jefe, con un tono que rezumaba condescendencia mientras la escudriñaba de pies a cabeza—. Sin embargo, si envió una carta, parece haberse extraviado. Y no recuerdo que la condesa mencionara ningún invitado esperado, como seguramente lo habría hecho. ¿Quizás tiene la dirección incorrecta? —Terminó con una sonrisa presuntuosa que hizo hervir la sangre de Rose.

Brevemente consideró la satisfacción que obtendría al golpear la cabeza calva del mayordomo con su bolso, pero estaba demasiado exhausta para siquiera intentarlo. El viaje desde su residencia en Londres, que debería haber durado dos días, se había prolongado durante cuatro. Estaba al límite de su paciencia. Primero, su carruaje alquilado se había averiado y perdido una rueda. Luego, uno de los caballos había quedado cojo. Y para colmo de males, el cochero borracho que había contratado logró llevarlos en la dirección equivocada.

Estaba completamente agotada, su cuerpo dolorido por los incesantes traqueteos. Lo único que anhelaba era desplomarse en una cama de plumas y dormir durante días. Sin embargo, parecía

que incluso esos modestos caprichos le serían negados por un destino caprichoso. Reprimiendo el impulso de sucumbir a los desmayos, levantó la cabeza y se encontró con la mirada desconfiada del mayordomo.

—¿Puedo preguntar dónde se encuentra Lady Howe? Tengo una nota que simplemente no puede esperar —resopló, tratando desesperadamente de mantener su fachada de calma.

El mayordomo hizo una pausa, luego respondió:

—Lady Howe está actualmente en Escocia asistiendo al nacimiento de su nieto. En cuanto a su regreso, es un misterio para todos.

—¿Ha ido a Aberdeen? —exclamó Rose con desánimo, desvaneciendo la esperanza de que su tía estuviera disfrutando de un simple fin de semana en el campo.

El hecho de que Rose conociera que el hijo mayor de su señoría vivía en Aberdeen pareció aliviar al anciano mayordomo de algunas de sus reservas, aunque todavía mostraba una marcada reticencia a dejar entrar a Rose.

El tono del caballero era ahora menos condescendiente cuando respondió:

—Señorita Sheffield, la dama reside actualmente con el conde y su esposa en St. Andrew's Square. Si lo desea, puedo transmitirle su mensaje. ¿Y tiene previsto quedarse en Leicester? — Rose pudo inferir de esto que quedarse en la gran casa señorial no era una posibilidad, y contuvo su frustración.

—Si pudiera recomendarme una posada respetable, me alojaré allí —respondió, ya considerando las dificultades de ser una mujer sin escolta en una posada pública. Había contratado a una acompañante para que la acompañara desde Londres, pero convencer a la mujer mayor para que se quedara indefinidamente podría resultar un desafío.

—El Cuervo Torcido está muy de moda entre la gente elegante, querida. Estoy seguro de que lo encontrará bastante adecuado —tartamudeó el mayordomo, claramente sin saber qué hacer—. Si Lady Harriet hubiera dejado instrucciones para su estancia aquí, con gusto las cumpliría, pero por desgracia... —Su voz se apagó mientras se encogía de hombros impotente.

Rose sintió su vacilación y consideró presionar su ventaja. Pero al final, lo consideró un esfuerzo inútil y aceptó la derrota con un suspiro cansado.

—Está bien. Entiendo que no puede dejarme entrar sin permiso —dijo, reprimiendo el impulso de tramar una forma de pasar por encima de él.

—Si necesita algo, le enviaré una doncella para que la atienda —ofreció el mayordomo con entusiasmo—. No estaría bien que un miembro de la familia de la condesa fuera atendido por una simple criada de posada.

Mientras que aparentemente "estaría bien" que un miembro de la familia de su señoría se alojara en esa misma posada, pensó Rose con un destello de su habitual irreverencia.

—Eso no es necesario, señor. Traje a mi propia doncella conmigo —Levantó la barbilla para darle al hombre una sonrisa burlona—. Pero le agradezco la amable oferta —añadió, con un tono que prácticamente goteaba sarcasmo. Luego se dio la vuelta y se dirigió de nuevo al carruaje que esperaba.

—Bueno, ¿qué pasa? —exigió su acompañante, la señora Nettles, con sus ojos negros llenos de desconfianza mientras Rose subía—. ¿Su tía abuela se niega a verla? No me sorprende; probablemente ofendió sus sensibilidades al llegar en un carruaje alquilado. La nobleza es extraña en ese sentido, ¿no se lo advertí?

—Oh, por supuesto que lo hizo, señora Nettles, al menos una docena de veces —se burló Rose poniendo los ojos en blanco dramáticamente. Se recostó contra los lujosos cojines de terciopelo y dejó escapar un suspiro exagerado, sintiéndose como si hubiera estado atrapada por una eternidad en ese estrecho carruaje con los modales estrictos y la lengua ácida de la mujer mayor. Rose no sabía qué temía más: que la mujer mayor con sus rígidas sensibilidades y una lengua que destilaba ácido se negara a quedarse un día más, o que aceptara.

—¿Qué ocurre? —presionó la señora Nettles, frunciendo el ceño—. Si su tía no le está negando la entrada, ¿por qué sigue aquí? No nos hemos perdido de nuevo, ¿verdad?

El temperamento de Rose se encendió mientras reprimía su réplica.

—No estamos perdidas, ni mi tía me ha negado la entrada —dijo entre dientes apretados—. Parece que su señoría ha ido a Aberdeen de visita, y como no dejó instrucciones en contrario, el personal no puede dejarme quedar en la casa. Tendremos que alojarnos en una posada hasta que me ponga en contacto con mi tía.

—¿Tendremos? —La expresión de la señora Nettles se volvió aún más agria.

Rose apretó las manos en su regazo, tratando de mantener la compostura frente al juicio altivo de la señora Nettles.

—Esperaba que fuera tan amable de quedarse conmigo —dijo con los dientes apretados, interiormente furiosa por las normas sociales que requerían tal arreglo—. Maggie está aquí conmigo, pero sería mejor para las apariencias si tuviera una acompañante adecuada.

—Eso espero —resopló la señora Nettles ruidosamente, lanzando una mirada desdeñosa a la sirvienta de mediana edad sentada junto a Rose—. Ya es bastante escandaloso que una mujer soltera se aloje en una posada, y más aún solo con una simple criada como compañía... —Se

estremeció de disgusto ante la idea—. Bueno, estoy segura de que no hace falta que le diga lo que la gente pensaría de eso.

Vieja arpía arrogante, pensó Rose con expresión controlada. —Entonces, ¿se quedará usted?

La señora Nettles endureció su postura. —Como mujer cristiana, soy muy consciente de mis deberes, señorita Sheffield. Nunca abandonaría a una hermana en peligro ni arriesgaría su reputación. Tiene mi palabra de que me quedaré todo el tiempo que sea necesario.

Con ese obstáculo superado, Rose logró esbozar una sonrisa cansada. —Gracias, señora. Es muy amable de su parte.

—Por supuesto —añadió la otra mujer, con una mirada astuta en sus ojos oscuros—, se me pagó para acompañarla solo hasta Leicester. Había planeado volver a casa en el siguiente coche de correos, ya que tengo otro puesto esperándome. Pero naturalmente no volveré a pensar en tan insignificantes consideraciones financieras.

Quizás no se condenaría eternamente si accidentalmente pateara las espinillas de la vieja bruja, pensó Rose, estudiando con nostalgia las extremidades cubiertas de bombazina de la señora Nettles. Solo tenía que descruzar los tobillos y...

—Estaré encantada de reembolsarle las molestias, señora Nettles —dijo en su lugar, reprendiéndose mentalmente por la falta de control—. ¿Qué le parecen otras diez libras?

—Habría ganado quince en el otro puesto —la rápida respuesta de la señora Nettles le indicó a Rose que había sido imprudentemente generosa en su oferta inicial.

—Quince, entonces —accedió Rose, y luego descruzó los tobillos, permitiendo que la punta de sus botines de cabritilla entrara en doloroso contacto con los gruesos tobillos de la señora Nettles.

—¡Ay!

—¿La he pateado? —Los ojos de Rose estaban abiertos con inocencia—. Oh, cielos, qué torpe de mi parte. Lo siento.

—¡Vieja arpía malhumorada, irascible y codiciosa! —murmuró Maggie, con la voz cargada de frustración mientras arrojaba las pertenencias de Rose en el pequeño armario con una furia que igualaba sus palabras—. Honestamente, ¡nunca he conocido a nadie que pudiera enseñarle al vinagre a ser amargo! ¿Por qué en el nombre del cielo la contrató? Debe haber sido un momento de locura, lo juro.

—Por favor, Maggie, no más —gimió Rose, presionando el paño empapado en lavanda contra sus doloridas sienes—. Siento como si mi cabeza se estuviera partiendo.

—¡Y no es de extrañar! —Maggie bajó la voz, pero su molestia seguía burbujeando justo bajo la superficie—. Cuatro días con esa mujer volverían loco a un santo. Y en cuanto a usted, bueno, su padre habría pensado que había perdido el juicio, dejando que la pisoteara de esa manera.

Rose entreabrió un ojo, lanzando una mirada fulminante a su doncella. —¿Yo? ¡He sido la viva imagen de la propiedad!

Maggie cruzó los brazos, mirando a Rose con una mirada acusadora. —Exactamente. ¿Desde cuándo ha sido usted una señorita remilgada, aceptando las tonterías de esa mujer sin una sola respuesta mordaz? Apenas podía creer lo que veían mis ojos, viéndola comportarse como una chiquilla recién salida del colegio.

—¡No estaba siendo remilgada! —espetó Rose, con el orgullo herido ante la mera sugerencia.

—¡Y ciertamente tampoco estaba poniendo a la señora Nettles en su lugar! —Maggie era implacable—. ¿Qué le ha pasado? Nunca antes había hecho el papel de tonta.

La irritación de Rose flaqueó bajo el peso del honesto desconcierto de Maggie. Después de todo, la doncella la conocía desde que llevaba vestidos cortos. Con un suspiro cansado, Rose se desplomó sobre la cama, chirriando los muelles bajo su peso. El silencio se extendió entre ellas mientras luchaba por encontrar las palabras para explicar el cambio que se había apoderado de ella.

—Tal vez —susurró al fin, con los ojos nublados por la duda—, tal vez estoy cansada de hacer el papel de arpía. De ser la que siempre contraataca. —Sus manos se crisparon en su regazo mientras las miraba fijamente—. Quizás sea mi culpa que papá me haya desheredado. Si no hubiera sido tan obstinada, tan terca... quizás no habría sentido la necesidad de desheredarme.

Los ojos de Maggie se abrieron de par en par por la sorpresa. —¡Pero si su padre siempre la estaba desheredando! Vaya, la sacaba de su testamento al menos tres veces al año, solo para volver a incluirla una vez que se le pasaba el enfado. Incluso el señor Pembroke, su abogado, dijo que estaba seguro de que era solo otro arrebato de mal humor.

—Excepto que esta vez, murió antes de poder deshacerlo —susurró Rose, con la voz tensa por el arrepentimiento—. Tal vez... si no hubiera discutido tanto con él, no habría sentido la necesidad de desheredarme en absoluto.

—Eso es una tontería, y usted lo sabe —Maggie sacudió la cabeza, con incredulidad grabada en su rostro—. ¿Cree que le falló? La amaba más que a nada, Rose. Habría movido cielo y tierra por usted.

Rose parpadeó, con lágrimas escociendo en sus ojos. —Yo también lo amaba, Maggie. Pero él quería que fuera alguien que no era. Alguien callada, obediente. Una hija que conocía su lugar,

que no discutía ni peleaba. En su lugar, me tuvo a mí.

Maggie se apresuró a sentarse a su lado en la cama y le agarró las manos con fuerza. —Oh, querida. No diga eso. Su padre estaba tan orgulloso de usted como podía estarlo. Vaya, no puedo contar las veces que se reía y decía: «Esa hija mía entraría en el Hades y tendría al diablo corriendo por su vida». ¿Le parece que eso suena como un hombre que se arrepentía de usted?

En secreto, Rose no estaba tan segura. Su padre le había dicho esas palabras a ella también, pero ahora sonaban huecas. En sus últimos días, la había instado a aceptar la propuesta de Ronald, insistiendo en que era hora de que sentara la cabeza, de que dejara de ser tan «poco femenina». En ese momento, había pensado que simplemente estaba poniendo a prueba su determinación. Ahora no estaba tan segura.

Maggie le dio un firme apretón en la mano, sacándola de sus pensamientos. —Son los nervios los que hablan, eso es todo. Después de todo lo que ha pasado: la repentina pérdida de su padre, la batalla judicial por el testamento... bueno, no es de extrañar que esté agotada. Pero ya verá, con un poco de descanso, volverá a ser la de siempre.

Rose tragó el nudo de emoción que se le formaba en la garganta. —No sé si quiero volver a ser esa persona, Maggie —admitió en voz baja—. No estoy segura de saber quién soy sin la lucha.

Maggie hizo una pausa, su expresión se suavizó. —Sigue siendo usted, Rose. Y la persona que es, es más fuerte de lo que cree. Descanse ahora, querida. La lucha puede esperar hasta mañana.

Rose cerró obedientemente los ojos, el suave clic de la puerta señalando la partida de Maggie. Pero en cuanto oyó que sus pasos se desvanecían, sus ojos se abrieron de nuevo. Mi antiguo yo, pensó con amargura, girándose de lado y mirando fijamente al techo agrietado. Menudo bien le hizo a alguien esa versión de mí.

Había arrasado por la vida, abrazando cada capricho y extravagancia con poco interés por las consecuencias. Cada pelea con su padre, cada palabra o acto escandaloso, se había sentido como un juego. Un juego que una vez creyó que ambos disfrutaban por igual —¿no había sido él quien le dijo que nunca se inclinara ante ningún hombre? ¿Que siempre pensara por sí misma?

Y sin embargo, el frío susurro de la duda le roía las entrañas. Si eso fuera cierto, ¿por qué no podía sacudirse esta horrible sensación de que le había fallado? Su última discusión, provocada por su negativa a entretener la propuesta anual de su insípido primo Ronald, había sido la más feroz hasta ahora. El recuerdo aún se aferraba a ella como un moretón que se negaba a desvanecerse.

Ronald había viajado desde Nottingham en su visita anual, tan predecible como el cambio de las estaciones, y como siempre, le había propuesto matrimonio. Ella lo había rechazado, como

siempre hacía, pensando que ese sería el fin del asunto. Pero entonces su padre, para su sorpresa, había insistido en el tema. El mero pensamiento le revolvía el estómago.

El matrimonio con Ronald, había reflexionado su padre, mirándola por encima de sus gafas, quizás no fuera tan mala idea después de todo.

Rose se había horrorizado. —¡El hombre es un petimetre y un tonto! —había exclamado, con la voz lo suficientemente afilada como para cortar la espesa tensión en la habitación.

Su padre había suspirado, frotándose la cara con una mano. —El muchacho solo necesita orientación. Y tú, Rose, siempre has disfrutado llevando a los hombres por la nariz. Quizás os convendríais.

Rose había respondido con ácido en la voz que lo único que Ronald podría querer que lo guiara era un sastre para confeccionar su próximo ridículo atuendo. Y así, sin más, la batalla había comenzado. Cuanto más insistía su padre en la unión, más obstinada se volvía ella. La dramática declaración de desheredarla había llegado poco después, y en represalia, ella había amenazado con escaparse y convertirse en institutriz —una provocación destinada a irritarlo, no algo que pensara que alguna vez tendría que cumplir.

Y luego, tres días después, él había muerto mientras dormía, dejándola con palabras sin decir y heridas sin sanar.

Rose se movió inquieta bajo la fina manta, los recuerdos oprimiéndole el pecho. Eso era lo que más le dolía, el pensamiento que había estado cargando como una piedra en su interior. Él había muerto pensando que ella era un fracaso, decepcionado por la lengua afilada y la naturaleza rebelde que él mismo había fomentado en ella. Lo último que le había dicho le había dolido más que cualquier discusión que hubieran tenido jamás: Por una vez en tu vida, me gustaría verte actuar como debería hacerlo una dama.

Y ahora se había ido, para siempre, dejándola preguntándose si su orgullo —su espíritu voluntarioso e indómito— había valido la pena.

No más, se juró a sí misma, enjugándose las lágrimas que nublaban su visión. Había intentado ser la arpía obstinada, la mujer descarada que se deleitaba en desafiar al mundo. Y mira dónde la había llevado —desheredada, sola y cuestionando cada paso que había dado. De ahora en adelante, sería lo que su padre había querido. Recatada. Bien educada. Callada, sin importar la provocación. La dama perfecta, exactamente como él había deseado.

El pensamiento le trajo una extraña sensación de paz. Ya había empezado, ¿no? La señora Nettles, esa mujer detestable, no había logrado provocarla ni una sola vez. Si podía morderse la lengua con esa arpía, podría manejar cualquier cosa.

Una pequeña sonrisa satisfecha tiró de sus labios mientras cerraba los ojos de nuevo, el agotamiento finalmente arrastrándola al sueño. Su cuerpo se hundió en el delgado colchón, y esta vez, su sueño fue profundo y sin perturbaciones.

Capítulo Dos

Al principio, Rose confundió los fuertes golpes en su puerta con un fragmento de sus inquietos sueños. Se hundió más profundamente en las almohadas, esperando recuperar algo de descanso. Pero entonces un agudo grito femenino rompió el silencio, haciéndola incorporarse de golpe en la cama.

¿Qué demonios? Parpadeó aturdida, sacudiéndose la neblina del sueño, mientras su mirada recorría la habitación débilmente iluminada.

Otro grito. Los golpes frenéticos se reanudaron.

—¡La bestia! ¡La bestia! ¡Que alguien me salve de la bestia!

El terror en la voz hizo que Rose saltara de la cama, sus dedos tanteando en busca de su bata mientras se apresuraba hacia la puerta. Apenas logró liberar el cerrojo antes de abrir la pesada madera de un tirón.

—¿Qué demonios está pasando? —espetó, frotándose los ojos soñolientos mientras observaba a una menuda rubia, con sus grandes ojos azules brillando de miedo—. ¿Por qué está armando semejante escándalo a estas horas de la noche?

Sin esperar una invitación, la rubia se abrió paso junto a Rose y entró en la habitación.

—¡Oh, por favor, querida señora, cierre la puerta! ¡Rápido! —Su voz temblaba mientras se apretaba contra la pared más lejana, sus delicados rizos temblando alrededor de su rostro—. ¡Viene tras de mí!

—¿Él? ¿Quién viene tras de usted? ¿Su marido? —preguntó Rose, aunque cumplió con cerrar la puerta con un golpe firme. Había oído rumores de maridos que maltrataban a sus esposas, brutos que usaban los puños en lugar de las palabras, y se preguntó si la pobre chica que tenía delante había sufrido a manos de un hombre así. Si era así, Rose juró en silencio que le daría al

desgraciado la reprimenda verbal de su vida. Su recién jurada conducta de dama tendría que esperar.

Pero la joven negó con la cabeza, sus rizos dorados rebotando salvajemente.

—No es mi marido... ¡es la bestia! Había oído historias sobre su naturaleza temible, pero nunca pensé... —Su voz flaqueó, sus labios temblando—. Pensé que podría manejarlo, después de todo, ¡es un conde! Pero ahora... oh, ¡no puedo soportarlo! ¡Quiero irme a casa!

Rose parpadeó, empezando a asimilar las palabras de la joven. ¿Una bestia? ¿Un conde? A pesar de la elocuencia de la rubia, Rose tuvo que preguntarse si no estaría tratando con una cortesana que huía de su protector después de una pelea. No sería algo inaudito. Aun así, su educación le exigía ofrecer ayuda donde fuera necesaria, sin importar las circunstancias.

—¿Esta "bestia" le ha hecho daño? —preguntó Rose, preparándose para una respuesta que temía fuera terrible—. ¿La ha... atacado?

La rubia negó con la cabeza vehementemente, aunque sus mejillas se sonrojaron de un delicado tono rosado.

—No, no, ¡nada de eso! Ha sido un caballero en ese aspecto, pero es tan... frío. Tan abrumador. ¡Me aterroriza! —Las lágrimas brotaron de sus ojos mientras juntaba las manos frente a ella—. Oh, por favor, ¡debe ayudarme a escapar de él! ¡No puedo volver con él, simplemente no puedo!

Rose dudó. La historia parecía... incompleta. Quienquiera que fuese esta "bestia", parecía que aún no le había hecho daño a la chica. Y sin embargo, ¿por qué otra razón habría huido en la noche de esta manera? Pero Rose tuvo poco tiempo para reflexionar sobre toda la verdad.

—¿Tiene los medios para volver a casa? —preguntó Rose, con un tono suave a pesar de sus dudas. Ya fuera esta mujer una cortesana o no, Rose no podía ignorar su súplica de ayuda.

—Sí —sollozó la rubia—, pero mis maletas aún están en la habitación que su señoría dispuso. ¡No me atrevo a volver allí! ¿Y si intenta mantenerme cautiva?

Rose suspiró, sopesando sus opciones. Lo sensato sería llamar al posadero y dejar que él se encargara del asunto. Pero Rose sospechaba que el hombre podría estar aliado con esta supuesta bestia, y además, nunca había sido de las que eligen el camino fácil.

—Puede quedarse aquí esta noche —decidió Rose—. Por la mañana, enviaré a una de las criadas a recoger sus pertenencias.

—¡Oh, gracias! ¡Es usted un ángel de misericordia! —La rubia se llevó las manos al pecho, sus ojos azules brillando de gratitud—. ¿Cómo podré pagarle alguna vez por su bondad?

Rose dudó. Algo en las sinceras palabras de la mujer le hizo replantearse sus sospechas anteriores. Seguramente ninguna cortesana común expresaría una gratitud tan sincera. Justo

cuando estaba a punto de pedir más detalles, otra ronda de golpes sacudió la puerta, ahogando sus pensamientos.

—¿Señorita Masterson? —Una profunda voz masculina, rebosante de autoridad, resonó a través de la madera—. ¿Está ahí dentro?

El rostro de la rubia se tornó lívido.

—¡Es él! ¡La bestia me ha encontrado!

—Por el amor de Dios, mujer —ladró la voz al otro lado de la puerta—, cese esta ridícula actuación y abra la puerta de inmediato.

El estómago de Rose dio un vuelco cuando se dio cuenta con horror de que había olvidado volver a poner el cerrojo. Sus ojos recorrieron la habitación, buscando cualquier cosa que pudiera usar como arma. Su mirada se posó en un calentador de cama de latón que colgaba junto a la chimenea. Sin pensarlo dos veces, lo agarró, sujetándolo con fuerza mientras se preparaba para lo que estaba por venir.

La puerta se abrió con un chirrido, revelando a un hombre alto y de anchos hombros cuyas oscuras cejas estaban fruncidas en un ceño tormentoso. Sus ojos esmeralda se desviaron hacia la temblorosa rubia antes de estrecharse con evidente fastidio.

—Señorita Masterson —gruñó, adentrándose más en la habitación—, ¿cuántas veces tengo que decírselo? Es mi madre quien ha contratado sus servicios, no yo. Yo estoy aquí simplemente para escoltarla hasta ella. No tengo ningún interés en su virtud. Ahora, tenga la bondad de volver a su habitación y cese esta fatigosa charada.

—¡No! —La rubia se encogió aún más contra la pared, negando vehementemente con la cabeza —. ¡No iré con usted! ¡No lo haré!

Los ojos del hombre se oscurecieron, su mandíbula se tensó.

—Señorita Masterson —dijo, con voz baja y peligrosa—, está poniendo a prueba mi paciencia. Venga conmigo ahora, o le aseguro que se arrepentirá.

Rose ya había tenido suficiente de tan descarada intimidación. Dio un paso al frente, levantando el pesado calentador de cama por encima de su cabeza y luego lo dejó caer con todas sus fuerzas. El golpe conectó sólidamente con la parte posterior de la cabeza del intruso, haciéndolo caer como un árbol talado.

La rubia chilló y se desplomó en un desmayo, dejando a Rose de pie en medio del caos, con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho.

¿Y ahora qué?, se preguntó, mirando a las dos figuras inconscientes. Antes de que pudiera siquiera empezar a formular un plan, la habitación se llenó repentinamente de extraños —

huéspedes y personal por igual—, todos clamando con preguntas y amonestaciones.

El alboroto alcanzó su punto álgido cuando el posadero se abrió paso entre la multitud, con el gorro de dormir torcido mientras examinaba la escena.

—¡Santo Dios del cielo! —exclamó, palideciendo hasta alcanzar un tono enfermizo mientras sus ojos se posaban en el hombre caído—. ¡Habéis ido y matado al maldito conde!

Capítulo Tres

Henry Grayson, séptimo conde de Ashbourne, gimió mientras el latido en su cabeza pulsaba al ritmo de su corazón, cada oleada de dolor más agonizante que la anterior. Se sentía como si hubiera sido atropellado por una manada de caballos y, aunque no era propenso a la autocompasión, no pudo evitar preguntarse qué demonios lo había llevado a ese lamentable estado. Curiosamente, no recordaba haber bebido ni una sola copa de oporto, y mucho menos suficiente licor para merecer el castigo que parecía estar sufriendo ahora. Peor aún, mientras luchaba contra la neblina que nublaba sus pensamientos, se dio cuenta con una creciente sensación de alarma que no podía recordar nada en absoluto.

El repentino shock de esa revelación lo sacó de la turbia niebla que llenaba su mente, sus sentidos agudizándose lentamente mientras luchaba por concentrarse. Estaba tendido en el suelo, de eso estaba seguro, y por la cacofonía de voces alzadas sobre él, parecía que se estaba desarrollando un verdadero motín a su alrededor. Con gran esfuerzo, trabajó para separar las voces, dando sentido al caótico alboroto.

—¡...en todos mis años! —resonó una voz estridente, inconfundiblemente furiosa—. ¡Usted, señorita, no es más que una descarada! ¡Me pregunto cómo pude ser engañada alguna vez por sus modales empalagosos! ¡No me quedaría ni un momento más aunque me ofreciera todo el oro de las arcas del Príncipe Regente!

—Considerando la suma irrisoria que eso supondría, señora Nettles, diría que está vendiendo sus servicios bastante baratos —llegó la mordaz respuesta, pronunciada con una voz más joven y fría, afilada por el ingenio. Henry habría sonreído si su cabeza no estuviera partiéndose en dos. La punzante réplica de la mujer le recordó a la lengua afilada de su madre, y se hizo una nota mental para recordar el intercambio —si su cerebro aturdido se lo permitía— para divertirse más tarde.

—Tendremos que llamar al alguacil —interrumpió una voz quejumbrosa, cargada de miedo—. Su señoría es un hombre poderoso, no hay forma de saber qué hará una vez que se recupere. Apuesto a que nos enviará a todos a las colonias.

Henry parpadeó, tratando de armar el rompecabezas fragmentado de su memoria. ¿Por qué demonios querría deportar a alguien? Lentamente, las imágenes comenzaron a surgir. Recordaba haber llegado a una posada con la nueva dama de compañía de su madre. La señorita Masterson. Al principio, ella se había mostrado encantada con su atención, hasta que se hizo evidente que él no tenía interés en ella más allá de cumplir con su deber de escoltarla hasta la finca familiar.

Desde entonces, lo había mirado con recelo nervioso, sus miradas inquietas le recordaban a todas las otras mujeres que lo habían tomado por un bruto temible. Era agotador. Había ignorado casi por completo su energía nerviosa hasta que la doncella que los acompañaba había llamado a su puerta para anunciar que la señorita Masterson había huido. Maldita sea, había ido tras ella, más por obligación que por verdadera preocupación.

Pero ahora aquí estaba, tendido en el suelo de alguna posada, sin un recuerdo claro de cómo había llegado allí. Sus pensamientos se unieron más, los recuerdos goteando: había seguido a la señorita Masterson, llamado a una puerta, y entonces...

—¡Me golpeaste! —gruñó Henry, abriendo los ojos de golpe. Inmediatamente se arrepintió de la acción, cuando una luz blanca cegadora explotó detrás de sus párpados. Se mordió la lengua para no soltar una sarta de maldiciones.

—Pues claro que te golpeé, sinvergüenza —replicó la mujer más joven, su voz llena de indignación justiciera—. ¡Estabas a punto de atacar a la señorita Masterson!

Lo absurdo de la acusación hizo que Henry volviera a abrir los ojos, esta vez con más cautela, y entrecerró los ojos mirando a la que hablaba, su visión aclarándose gradualmente. Frente a él había una mujer a la que nunca había visto en su vida, aunque en este momento, parecía ser su juez y verdugo autoproclamada.

Lo primero que notó de ella fue su altura —alta para ser mujer, de pie recta y orgullosa. Luego registró la feroz chispa en sus ojos color caramelo, la forma en que sus rizos oscuros enmarcaban su rostro, y la innegable belleza que irradiaba incluso mientras lo fulminaba con la mirada.

—¿Quién demonios es usted? —gruñó, incorporándose cautelosamente sobre un codo, luchando contra la oleada de mareo que amenazaba con enviarlo de vuelta al suelo.

—Soy la señorita Rose Sheffield —declaró ella, su tono desafiante mientras sus ojos brillaban con un fuego que igualaba el calor de sus palabras—. Y si cree que puede deportarme, ¡se llevará

una gran decepción! Mi tía abuela es la condesa viuda de Waverly, y le aseguro que tiene bastante influencia en estas partes.

Henry casi se ríe de su feroz declaración, pero el dolor en su cabeza contuvo su diversión. —Considéreme debidamente intimidado, señorita Sheffield —replicó, con la voz destilando sarcasmo. Levantó su mano libre hacia un lado de su cabeza, presionando suavemente contra el doloroso bulto que encontró allí. Por suerte, no estaba sangrando, pero el chichón en su cráneo parecía lo suficientemente grande como para justificar un interrogatorio completo.

Al menos no lo había matado. Pequeñas misericordias.

Recobrando la compostura, Henry entrecerró los ojos mientras la fijaba con una mirada helada. —Dígame, señorita Sheffield, ¿tiene por costumbre golpear a hombres inocentes cuando llaman a su puerta? ¿O este es un trato especial reservado únicamente para mí?

—¿Se encuentra bien, mi lord? —El posadero, un hombre bajo y rechoncho con ojos ansiosos, se abrió paso junto a la señorita Sheffield, frotándose las manos nerviosamente mientras miraba a Henry—. He mandado llamar al doctor Martin, y puedo hacer que el alguacil esté aquí en un santiamén, si lo desea.

La mirada de Henry volvió a la señorita Sheffield. A pesar de su postura desafiante y palabras afiladas, vio un destello de inquietud en su orgullosa expresión. Sus dientes mordisqueaban su labio inferior, traicionando sus nervios. Por un breve y absurdo momento, admiró la exuberante madurez de esos labios antes de apartar el pensamiento, forzando su atención de vuelta al asunto en cuestión.

—El alguacil puede disfrutar de su sueño —dijo Henry, incorporándose a una posición sentada con una mueca de dolor—. No veo necesidad de molestarlo... todavía. —Escaneó la habitación, tratando de reconstruir el caos—. ¿Dónde está la señorita Masterson?

—Si se refiere a esa pobre chica a la que estaba intentando agredir —interrumpió la señorita Sheffield bruscamente, su sonrisa bordeada de satisfacción presumida—, no está aquí. Y debería avergonzarse de forzar sus atenciones sobre una joven dama de buena cuna.

La mano de Henry se cerró en un puño a su costado, su temperamento encendido como un látigo de fuego. —Es la segunda vez que me acusas de deshonrar mi nombre y mi título —dijo, con voz baja, cargada de peligro—. No te recomendaría intentarlo una tercera vez.

Notó el destello de aprensión en sus ojos, pero para su mérito, la señorita Sheffield permaneció en silencio. Henry la miró fijamente, observando los rizos despeinados que enmarcaban su rostro, y solo entonces se dio cuenta de que estaba vestida con un camisón. De hecho, todos en la

habitación, incluido el preocupado posadero, parecían haber sido sacados de sus camas. Sus cejas oscuras se fruncieron mientras asimilaba todas las implicaciones de la situación.

—Me has arrastrado a la alcoba de una dama —gruñó, estrechando su mirada hacia la señorita Sheffield—, ¿y te atreves a acusarme? ¿Qué clase de artimaña estás tramando aquí? ¿Por qué huyó la señorita Masterson hacia ti? Si descubro que estás confabulada con ella...

Si esperaba intimidar o acobardar a la señorita Sheffield, estaba muy equivocado. En lugar de encogerse de miedo o balbucear indignada, se mantuvo erguida, con la cabeza en alto, echando hacia atrás sus rizos con un desafío regio que lo sorprendió. Sus ojos ardían de furia, su voz afilada como el filo de una daga.

—Si realmente crees que te atraje a mi alcoba, ¡entonces eres aún más bruto y estúpido de lo que pensé en un principio! —espetó, ignorando los jadeos colectivos de los espectadores—. Ahora, tenga la amabilidad de retirarse de mi habitación. Puede esperar al médico en otro lugar.

Los labios de Henry se tensaron mientras su temperamento se encendía de nuevo. Habían pasado años desde que alguien le había hablado con tal falta de respeto descarada, y cada instinto en él gritaba por tomar represalias. Pero la situación era delicada. Cualquier arrebato adicional de su parte podría causar un escándalo que no podía permitirse. Por ahora, sabía que no tenía otra opción más que retirarse, un pensamiento que lo irritaba profundamente.

—Como usted diga, señorita Sheffield —respondió con rigidez, haciendo un gesto al posadero para que lo ayudara a ponerse de pie. El hombre más bajo se apresuró hacia adelante, sosteniendo torpemente el peso de Henry mientras luchaban por levantarlo. Con algunos gruñidos y más esfuerzo del que Henry quisiera admitir, finalmente estaba de pie, aunque la habitación se inclinaba peligrosamente mientras luchaba contra otra oleada de mareo.

Irguiéndose en toda su estatura, Henry miró fijamente a la señorita Sheffield. Su voz, cuando habló, era fría y cortante. —No piense que este es el final del asunto, señora. Tendremos una conversación a primera hora de la mañana. Y si tiene alguna idea de escabullirse, le aconsejo encarecidamente que no lo haga. Su tía abuela puede ser la Condesa Viuda de Waverly, pero yo soy el Conde de Ashbourne. Descubrirá que mi influencia en este pueblo es... sustancial. ¿Lo entiende?

Las mejillas de la señorita Sheffield se tiñeron de un profundo tono carmesí, su temperamento claramente hirviendo justo bajo la superficie. Pero su tono se mantuvo cortante, civil. —Sí, mi lord —masculló.

—Bien —dijo Henry, dándole un breve asentimiento antes de permitir que el posadero lo ayudara a salir de la habitación, sus oídos llenos del incesante flujo de disculpas del hombre. No

se molestó en responder. Su mente estaba demasiado preocupada con la rabia ardiente que corría por sus venas y el juramento que se formaba en sus pensamientos.

Haría que la señorita Sheffield se arrepintiera de haberlo desafiado. Aunque fuera lo último que hiciera.

—¡Bueno, espero que esté satisfecha! —la señora Nettles no perdió tiempo en expresar su descontento en el momento en que la puerta se cerró tras el Conde—. ¡Desgracia y ruina, eso es lo que ha traído sobre nuestras cabezas! ¡Ya verá, nos llevarán presos por esto, y si cree que pienso sufrir por su locura, está muy equivocada! Le diré a su señoría que no tuve parte en esta... —gesticuló salvajemente—, ¡en esta exhibición! —Sus ojos se estrecharon, sus labios se curvaron en una mueca de desprecio—. Y cuando regrese a casa, puede estar segura de que informaré al vicario sobre su conducta. No es que vaya a sorprenderle en lo más mínimo. Me advirtió sobre usted. Dijo que no era más que un miembro de Satanás. ¡Ojalá le hubiera escuchado!

—Y ojalá yo hubiera escuchado a mi abogado —replicó Rose, frotándose las sienes—. Me dijo que usted era una arpía de primera categoría, y parece que tenía razón. —La aguda réplica salió con más fuerza de lo que Rose había pretendido, su paciencia desgastada después del caos de la noche. La emoción de desafío se desvaneció rápidamente, dejando tras de sí solo un cansancio hueco. Todo lo que anhelaba ahora era un momento de paz, pero parecía que incluso ese modesto deseo sería difícil de conseguir.

La boca de la señora Nettles se abrió y cerró, asemejándose a un pez jadeando por aire. —¡Vaya, de todas las mujeres desagradecidas y maleducadas que he tenido la desgracia de encontrar! —balbuceó, su voz subiendo una octava—. ¡Usted, señorita Sheffield, no es más que una descarada, y no lo soportaré más! ¡Nuestra asociación ha terminado! ¡Buenas noches! —Con eso, giró sobre sus talones, con su nariz ganchuda en alto mientras salía furiosa de la habitación, cerrando la puerta de un golpe tras ella.

—¡Y buen viaje, vieja gata! —murmuró Maggie mientras cerraba la puerta de nuevo con un satisfactorio golpe. Se volvió hacia Rose, su rostro iluminándose con una sombría satisfacción—. ¡Si hubiera sabido que golpear a un lord en la cabeza con un calentador de cama era todo lo que se necesitaba para deshacernos de esa vieja arpía, lo habría hecho yo misma hace días!

Rose se permitió una pequeña sonrisa cansada ante las palabras de Maggie. —Quizás eso es lo que Dryden quería decir con que todo es bueno para algo —dijo, pero el humor se desvaneció rápidamente cuando la realidad de la situación se asentó—. Pero Maggie... —Su frente se arrugó, la preocupación nublando sus facciones—. ¿Crees que su señoría me hará arrestar?

La expresión de la doncella se sobresaltó, su diversión anterior desapareciendo. —En cuanto a eso, señorita, no hay forma de saberlo —dijo, retorciéndose las manos nerviosamente—. Parecía bastante molesto con usted, pero tal vez esté de mejor humor una vez que le deje de doler la cabeza. Además, fue él quien irrumpió en su alcoba. Ningún juez que se precie la culparía por protegerse como pudo.

Rose asintió lentamente, el razonamiento de Maggie aliviando algo de su ansiedad. —Hay verdad en eso —acordó, un destello de confianza volviendo mientras imaginaba cómo podría presentar su caso si el Conde de hecho la arrastrara ante un magistrado. Ya podía imaginarse a sí misma con su vestido más recatado, la cabeza en alto, presentándose como la viva imagen de una dama bien educada arrojada a una situación comprometedora sin culpa alguna. Naturalmente, expresaría su profundo pesar por el malentendido, explicando entre lágrimas cómo no había tenido otra opción más que defender su honor.

Incluso estaba jugando con la idea de invocar la memoria de su padre, sus ojos humedeciéndose ante la idea de usar la carta del huérfano, cuando una punzada aguda de culpa la devolvió a la realidad.

Válgame Dios, lo estaba haciendo de nuevo, pensó con un estremecimiento. Maquinando, tramando... torciendo las cosas para salirse con la suya. Y caer tan bajo como para usar la muerte de su padre de esa manera... El pensamiento le revolvió el estómago.

—¿Señorita Rose? —la voz de Maggie interrumpió sus pensamientos en espiral, su rostro arrugado por la preocupación—. ¿Está bien? ¡Se ha puesto blanca como el papel!

Rose logró esbozar una débil sonrisa. —Estoy bien —mintió—. Solo cansada. Creo que será mejor que intente descansar un poco. Tengo la sensación de que lo necesitaré.

—Sí, eso es cierto —dijo Maggie, apresurándose a ayudar a Rose a meterse en la cama—. Aunque no sé cómo va a dormir después de todo este alboroto. Eso me recuerda, ¿dónde está esa joven que inició todo esto? La señorita Masterson, ¿verdad? No he visto ni rastro de ella desde que usted le dio una zurra a su señoría.

Rose frunció el ceño, dándose cuenta de repente de que no había pensado mucho en la señorita Masterson desde que el Conde irrumpió. De alguna manera, en medio del caos, la chica había logrado escabullirse sin ser notada. —No sé dónde está —admitió Rose, sintiendo crecer su inquietud.

Maggie se encogió de hombros, aparentemente despreocupada. —Bueno, supongo que aparecerá para el desayuno —dijo con desdén—. Ahora, cierre los ojos e intente descansar. Querrá verse lo mejor posible cuando se enfrente a su señoría de nuevo.

Rose se rio suavemente ante los mimos de Maggie, sintiendo que su cuerpo se hundía de agotamiento en el colchón. —Hace años que no me llamas cariño —murmuró, con los ojos cerrándose.

—¿Ah, no? —Maggie subió las mantas hasta la barbilla de Rose, su toque sorprendentemente gentil a pesar de su brusquedad.

—Tal vez sea porque no he sido muy dulce —murmuró Rose, las palabras apenas un susurro mientras se rendía al tirón del sueño.

—Buenas noches, Maggie —logró decir antes de que el peso de sus párpados ganara la batalla y se deslizara en un sueño tranquilo.

—Buenas noches, señorita Rose —susurró Maggie, apartando un rizo rebelde de la frente de su señora antes de retirarse a las sombras, dejando la habitación en silencio una vez más.

Capítulo Cuatro

¿Qué quieres decir con que no está aquí? —bramó Henry Grayson, el Conde de Ashbourne, haciendo una mueca cuando el dolor agudo en su cabeza palpitó al ritmo de su creciente furia. Maldijo por lo bajo, moderando su voz antes de hablar de nuevo—. ¿Cómo demonios logró escaparse? —Dirigió una mirada dura y acusadora a la criada, Mabel, quien parecía demasiado tranquila para su gusto—. Creí que te había traído para vigilarla.

—Y así lo hizo, mi lord —respondió Mabel, imperturbable ante su irritación, con un tono frío como la brisa invernal—. Pero incluso las criadas deben descansar, y la pequeña bribona se escabulló mientras yo dormía. Se llevó sus maletas también, así que supongo que no tiene sentido buscarla. Probablemente ya esté a mitad de camino a Bedford.

Henry apretó la mandíbula ante sus palabras, sintiendo una punzada de culpa en su mal humor.

—No quise insinuar que fueras negligente —murmuró, frotándose las sienes. El martilleo en su cráneo era implacable, más probablemente por la vil mezcla que aquel maldito doctor le había hecho tragar que por el golpe real del calentador de cama. No se había sentido tan miserable desde sus días en Oxford, y juró que preferiría soportar otro año de parto de corderos que otro momento de este tormento.

—Todo esto es obra de mi madre —refunfuñó, bajando la mano mientras encontraba la mirada de Mabel, con frustración burbujeando bajo su tono—. ¿Por qué no pudo simplemente mandar a buscar a esta acompañante como lo ha hecho con todas las demás? ¿Por qué tengo que ser yo quien la traiga?

Los ojos de Mabel brillaron con conocimiento, aunque Henry, demasiado centrado en su miseria, no captó la mirada.

—La señorita Masterson es la sobrina nieta de un vizconde, mi lord —dijo Mabel, apretando los labios en una línea tensa—. No puede esperar que una dama de su posición tome la diligencia

como una plebeya.

—No veo por qué no —replicó Henry, todavía irritable y decididamente reacio a absolver a su madre de culpa. Había estado en plena temporada de parto de corderos cuando ella insistió en que viajara al sur para conocer a su nueva acompañante recién contratada. Al principio se había negado, alegando deberes más importantes, pero la soledad en los ojos de su madre finalmente lo había desgastado. Ahora, parecía que sus esfuerzos habían sido en vano.

Suspiró profundamente.

—Supongo que tendré que volver a Bedford y contratar a otra mujer para madre —refunfuñó, sintiéndose cada vez más molesto ante la idea—. A menos que... —hizo una pausa, un destello de esperanza aligerando su sombrío estado de ánimo—. ¿Crees que podríamos encontrar a alguien adecuada aquí?

Mabel alzó una ceja, claramente poco impresionada con la perspectiva.

—Supongo que podríamos preguntar por ahí, mi lord, pero su señoría tiene nociones particulares, y usted sabe cómo es. No puede contratar a cualquier mujer. Aunque...

Henry frunció el ceño ante la vacilación en su voz.

—¿Aunque qué?

—Esa joven dama, la señorita Sheffield... —el tono de Mabel se volvió pensativo—. Es algo especial, ¿no cree?

La expresión de Henry se oscureció al mencionar a la mujer que lo había dejado fuera de combate con un calentador de cama.

—¿Cómo voy a saberlo? —espetó, aunque el recuerdo de sus ojos color miel y su melena de rizos oscuros surgió involuntariamente en su mente—. ¡La mujer me golpeó en la cabeza antes de que tuviera la oportunidad de decir siquiera hola!

Mabel ofreció un encogimiento de hombros despreocupado, aparentemente imperturbable.

—Demuestra que es de ingenio rápido. A la condesa le gustaría eso. No le agradan las mujeres de cabeza hueca.

—Entonces se habría llevado una gran decepción con la señorita Masterson —observó Henry con sequedad, con un toque de amargura en su voz—. La chica era una cabeza de chorlito.

Mabel suspiró con nostalgia, como si lamentara la pérdida de belleza más que de cerebro.

—Pero tan bonita, eso sí. Como una pequeña muñeca de porcelana, era.

Henry no dijo nada, aunque las palabras de Mabel confirmaron lo que había sospechado durante mucho tiempo. El requisito principal de su madre para sus acompañantes no era la competencia o el intelecto, sino más bien la belleza física, esperando, sin duda, que una de ellas

captara su atención y conquistara su corazón. Hizo una mueca de desprecio ante la idea. Después de su lamentable temporada en Londres, no tenía ilusiones sobre las mujeres de su clase, o su falta de interés en un hombre como él, título y riqueza aparte.

—¿Mi lord? —el tono agudo de Mabel interrumpió sus amargas reflexiones, trayéndolo de vuelta al presente.

Henry parpadeó, dándose cuenta de que había estado tratando de llamar su atención.

—Disculpas, Mabel. ¿Qué decías?

—Dije que al menos podría hablar con la señorita Sheffield —repitió, su franqueza reflejo de sus años de servicio a la familia—. Tal vez consideraría aceptar el puesto.

Henry alzó una ceja.

—¿La sobrina de la Condesa Viuda de Waverly? —preguntó, recordando la altiva afirmación de la señorita Sheffield—. No lo creo probable. Además, preferiría no darle otra oportunidad de terminar el trabajo que comenzó en mi cráneo anoche. —Se frotó el doloroso bulto en la cabeza, haciendo una mueca ante el recordatorio.

—Suponiendo que sea la sobrina de la condesa —añadió Mabel, ignorando su protesta.

Los ojos de Henry se entrecerraron.

—¿No crees que lo sea?

Mabel se encogió de hombros.

—El posadero mencionó que la condesa tiene una casa en el pueblo. Si la señorita Sheffield fuera realmente su pariente, pensarías que se alojaría allí, no en una posada.

Henry reflexionó sobre sus palabras. Mabel tenía razón: una condesa no permitiría que su sobrina se alojara en una posada pública. Aun así, algo en el porte regio de la señorita Sheffield lo había convencido de que decía la verdad. Había una autoridad silenciosa en su forma de comportarse, una confianza difícil de fingir.

Quizás era más que su porte, meditó, recordando su mirada desafiante y la feroz determinación en su voz. Había sido una fiera, sí, pero una con un fuego en su interior que lo intrigaba. Parecía lista para enfrentarse al mismo diablo si fuera necesario, y se encontró admirando a regañadientes su espíritu.

—Supongo que podría hablar con ella —concedió, tomando una decisión—. ¿Qué daño podría hacer?

Rose pasó la mayor parte de la mañana preparándose para la inevitable confrontación con el conde. Después de mucha consideración, decidió mostrarse fríamente arrepentida, incluso remordida, pero ciertamente no temerosa. Una disculpa era necesaria, por supuesto, pero la

ofrecería como debía hacerlo una dama: con gracia y sin ningún indicio de sumisión. Después de todo, como Maggie había señalado sabiamente, era él quien había irrumpido en su habitación. El escándalo de la situación era mucho más suyo que de ella.

La señora Nettles, como era de esperar, había cumplido su amenaza y había partido en el coche de correo hacia el sur con gran indignación, llevándose consigo a la señorita Masterson. Rose les deseó que disfrutaran de la compañía mutua y sintió que se le quitaba un peso de encima con su ausencia.

Cuando la descarada criada de la posada llegó para informarle que «Su señoría» la esperaba en el salón privado, Rose ocultó su temor detrás de una expresión cuidadosamente compuesta. Había elegido un vestido de merino gris paloma, adornado con cintas de color lavanda y negro en el dobladillo y el cuello; un vestido modesto, pero que la favorecía enormemente. Si el conde se apiadaba de ella por estar de luto, bueno, se aseguró con una última mirada al espejo, eso difícilmente sería su culpa.

Lo primero que notó al entrar en el pequeño salón fue el extravagante fuego que rugía en la chimenea tiznada. Anoche, cuando había solicitado la misma habitación, había sido necesario un soborno solo para conseguir un fuego indiferente con carbón húmedo. Evidentemente, el posadero pensaba que solo los condes eran dignos de leña curada, reflexionó con un resoplido de desaprobación.

—Cierre la puerta, señorita Sheffield, a menos que desee que todo el pueblo escuche nuestra conversación —llegó la voz fría y cortante desde su derecha.

Se giró justo cuando el conde se ponía de pie, y cualquier disculpa que hubiera preparado se congeló en sus labios. Santo cielo. El hombre era un verdadero gigante.

Vestido con una levita azul de terciopelo pasada de moda que apenas contenía sus anchos hombros, su cabello negro azabache recogido en una coleta que nadie había usado en décadas, el conde era muy diferente a cualquier hombre que hubiera conocido. Su altura, la recordaba de la noche anterior, pero en el frenesí del momento, de alguna manera había pasado por alto su tamaño. La revelación le provocó una descarga de incertidumbre. Por un momento fugaz, consideró huir tal como lo había hecho la señorita Masterson, pero no. Ella era una dama, no un ratón. No huiría.

—Confío en que no le parecerá demasiado indecoroso si dejo la puerta ligeramente entreabierta, su señoría —dijo, con voz fría y firme—. Sin una carabina, se debe observar el decoro.

Él alzó una ceja, con un destello de diversión en sus ojos verde oscuro.

—¿Teme que pueda hacerle daño, señorita Sheffield? —Su tono era burlón—. Debo recordarle que fue usted quien me agredió, y sin ninguna provocación, debo añadir.

Rose se sonrojó ante la burla, olvidando rápidamente su decisión anterior de comportarse con gracia.

—Algunos podrían considerar que un hombre forzando su entrada en la alcoba de una dama es provocación suficiente para más que solo un calentador de cama en la cabeza —lanzó la cabeza desafiante—. Y ciertamente no se parece a ningún conde que haya visto antes.

La sonrisa fácil del conde se desvaneció, reemplazada por un destello de frío acero en sus ojos.

—Eso me han dicho. Pero no se equivoque, soy un conde, y es un delito agredir a un miembro de la Cámara de los Lores. ¿Le gustaría saber el castigo por tal ofensa?

Rose se enderezó, obligándose a no encogerse bajo el peso de su mirada.

—Soy consciente de las consecuencias, mi lord.

—Es la deportación a una colonia penal —continuó, ignorándola—. Y no piense que su sexo la protegerá. El magistrado de aquí tiene poca simpatía por los criminales, sean hombres o mujeres.

—¡No soy una criminal!

—Ni yo tampoco —respondió suavemente, endureciendo su mirada—. Y no me agrada que me traten como tal simplemente porque no cumplo con sus expectativas de cómo debe ser un conde. Ahora, cierre la puerta y siéntese. Tiene mi palabra de que no le haré daño.

Rose suspiró, conteniendo una réplica mientras cerraba la puerta con un chasquido seco.

—Solo estaba observando las normas de decoro —murmuró entre dientes mientras cruzaba la habitación y tomaba la silla que él le indicaba.

—¿Siempre hace lo que es apropiado, señorita Sheffield? —Sus ojos tenían un toque de diversión, aunque su tono era indescifrable.

—Lo he estado intentando —respondió, juntando las manos recatadamente en su regazo—. Aunque parece que mis esfuerzos son en vano. Aún no he visto ningún beneficio de mi contención.

—¿En serio? —La palabra única fue alargada, haciendo que Rose levantara la vista bruscamente. Una media sonrisa suavizó sus duras facciones, y por un momento se sintió desarmada al ver cuánto menos temible parecía cuando no la miraba con severidad.

Concéntrate, se recordó a sí misma.

—¿Qué es lo que deseaba discutir?

—Muchas cosas, en realidad —Se acomodó en su silla, su postura casual, aunque Rose percibió la intensidad que bullía bajo la superficie—. Sin embargo, si la tranquiliza, la doncella

de mi madre se unirá a nosotros en breve. Está trayendo el té.

—¿Su madre está aquí? —preguntó Rose, genuinamente sorprendida.

—Lamentablemente, no —Su voz profunda adquirió un tono pesaroso—. Si lo estuviera, no me encontraría en este predicamento. Mi madre es... formidable. No habría dejado escapar a la señorita Masterson. Creo que le agradaría.

—Estoy segura de que así sería —murmuró Rose, aunque no estaba del todo segura de hacia dónde se dirigía esta conversación.

Antes de que pudiera preguntar, la puerta se abrió y entró una criada regordeta, equilibrando una bandeja cargada de té y pasteles.

—He visto mejor comida en el comedero de los cerdos —refunfuñó la criada mientras colocaba la bandeja frente a Rose—. Pan rancio, pasteles duros como rocas. Tuve que amenazar a la cocinera antes de que hiciera un té decente.

—Gracias, Mabel —El conde tomó sus quejas con calma, apenas dirigiendo una mirada a la criada—. Ahora, siéntate y guarda silencio. No he terminado de hablar con la señorita Sheffield.

—Pueden hablar mientras comen —Mabel lo ignoró, llenando un plato y entregándoselo a Rose—. Su doncella dijo que apenas tocó su desayuno.

Rose reprimió una sonrisa, encantada por los modales bruscos de la criada.

—Gracias, Mabel. Es usted muy amable.

Pasaron varios momentos mientras Mabel se ocupaba del té y los sándwiches. El conde parecía decididamente incómodo, sus grandes manos tratando torpemente de equilibrar la delicada taza y el platillo. Rose sintió una pequeña emoción de satisfacción mientras lo observaba. Parecía un oso con un sombrero, y se encontró deseando que aplastara la frágil porcelana solo para ver qué pasaría.

—Mencionó anoche que está emparentada con la condesa de Waverly —Sus palabras, pronunciadas sin preámbulos, la sacaron de sus reflexiones. La observaba de cerca, con los ojos entrecerrados.

—Sí —respondió Rose, irritándose ante el escepticismo que impregnaba su tono—. Es mi tía abuela.

—Y aun así, aquí estás, alojándote en una posada —tomó un sorbo de té, sin apartar la mirada de ella—. Uno pensaría que una condesa proporcionaría un alojamiento más adecuado para una pariente, casada o no.

La insinuación en su voz hizo que ella apretara las manos alrededor de su taza. Anhelaba arrojarle el contenido en su rostro arrogante, pero se contuvo.

—Al parecer, su señoría no recibió mi carta. Está en Escocia visitando a su hijo. El personal, al no conocerme, no pudo permitirme quedarme.

—¿Y qué hay de tu familia en... Richmond, era?

Rose parpadeó sorprendida. Nunca le dije de dónde soy.

—Sí. Richmond.

—¿No preferiría tu familia que regresaras con ellos, en lugar de permanecer aquí?

Su garganta se tensó.

—No tengo familia, mi lord. Mi padre falleció el año pasado. Mi madre cuando era niña —se obligó a mantener su mirada, esperando su reacción.

Un destello de simpatía suavizó sus facciones.

—Ya veo. Debí haberlo sabido por tu vestimenta —su voz se suavizó—. Mis condolencias, señorita Sheffield. Entiendo lo que es perder a un padre.

Su inesperada amabilidad hizo que el estómago de Rose se retorciera de culpa. Esto es mucho más fácil cuando está siendo insoportable, pensó, luchando por mantener la compostura.

—¿Por qué pregunta sobre mi familia? —inquirió en voz baja, dejando su taza antes de que sus manos temblorosas pudieran traicionarla.

—No tiene importancia —respondió, aunque la dura mirada en sus ojos le decía lo contrario—. Sin embargo, saber que estás un tanto... desvinculada simplifica las cosas.

—¿Las cosas? —Un escalofrío recorrió su espalda.

—Como que regreses a Derbyshire conmigo para actuar como dama de compañía de mi madre —su tono era exasperantemente tranquilo, su sonrisa fría y segura de sí misma—. Me privaste de una dama de compañía, señorita Sheffield. Parece justo que la reemplaces.

Capítulo Cinco

Henry casi se ríe al ver la mirada incrédula en el rostro de la señorita Sheffield. Parecía una niña atrapada con la mano sobre un plato de dulces, justo cuando la niñera levantaba una regla para golpearle los nudillos.

—¿Cómo dice, mi lord? —Su ceño se frunció con evidente confusión.

—Deseo que actúe como dama de compañía de mi madre —repitió, reclinándose en su silla, saboreando el momento. Era hora de cerrar la trampa que había estado tendiendo desde que ella entró—. Es una inválida, incapaz de viajar. La señorita Masterson iba a asumir ese papel, pero gracias a su... interferencia, mi madre ahora se encuentra sin acompañante.

La taza de té de Rose repiqueteó sobre el plato, su temperamento encendiéndose.

—¡Por el amor de Dios! ¡Lo hace sonar como si la pobre chica fuera su prisionera! Para su información, señor, yo no interferí. ¡La señorita Masterson vino a mí. Yo no la busqué!

—Quizás no. —Henry se encogió de hombros—. Pero es innegable que, si usted no la hubiera... asistido, yo todavía tendría una acompañante para mi madre. Amo a mi madre, señorita Sheffield, y detesto la idea de haberle fallado.

Su rostro palideció ante sus palabras, el rubor de la ira desvaneciéndose.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó, con la voz temblorosa.

Su ceño se profundizó. No había querido asustarla. Su imponente figura siempre había sido un arma que usaba con cuidado, nunca queriendo intimidar a menos que fuera absolutamente necesario. El hecho de haberlo hecho ahora, incluso sin intención, lo inquietó. Suavizó su tono.

—Quiero decir —dijo suavemente—, que después de viajar desde Derbyshire a Bedford para buscar a la señorita Masterson, no tengo intención de regresar a casa con las manos vacías. Propongo que usted y su doncella me acompañen. Puede servir como dama de compañía de mi madre hasta que encontremos un reemplazo.

Rose permaneció en silencio, sus manos retorciéndose en su regazo. Henry se maldijo interiormente. Quizás Mabel se había equivocado al sugerir este curso de acción. Debería haberse disculpado primero, no haber irrumpido como un loco la noche anterior. No era de extrañar que ella le hubiera golpeado con un calentador de cama. Le dirigió una mirada tentativa, luego cautelosamente extendió la mano para tocar la suya.

—¿Está bien? —preguntó, con un tono más suave ahora—. Lo siento si la he molestado. Esa no era mi intención.

Rose lo miró, insegura de qué decir. Al final, solo la verdad bastaría. Tomó un respiro para calmarse.

—No estoy molesta, mi lord. Es solo que... —Vaciló, encontrándose con su penetrante mirada verde—. Sé lo que es decepcionar a alguien. Puedo entender su predicamento.

Henry frunció el ceño, la culpa asentándose pesadamente en su pecho. Quizás era una bestia, como la gente a menudo susurraba a sus espaldas. Ciertamente no había sido nada menos que bestial desde que se encontró con Rose Sheffield.

—Mi padre murió el año pasado —continuó Rose en voz baja—. Discutíamos incesantemente antes de su muerte. Sé lo que se siente ser una decepción. No lo culpo por desheredarme.

Sus cejas se alzaron.

—¿La desheredó? —Apenas podía creer que algún padre tratara a su propia hija tan cruelmente.

Las mejillas de Rose se sonrojaron. No había querido soltar eso.

—No es tan sombrío como suena —dijo con una risa forzada—. Mi madre me dejó bien provista. Estoy lejos de estar en la indigencia.

Henry permaneció en silencio, poco convencido. Abrió la boca para ofrecerle el puesto como una solución permanente, pero ella habló primero.

—He estado pensando —dijo Rose, su voz más fuerte ahora—. Iré con usted a Derbyshire y actuaré como dama de compañía temporal de su madre. Parece justo.

Henry entrecerró los ojos.

—¿Así que admite su culpa?

—En absoluto. —Su barbilla se alzó, su desafío regresando—. Todo este lío es obra suya de principio a fin. Pero no veo razón por la que su madre deba sufrir por sus errores.

—¿Mis errores? —Su culpa se desvaneció, reemplazada por incredulidad.

Rose asintió bruscamente.

—Si no hubiera asustado a la señorita Masterson, ella no habría huido a mi habitación en busca de refugio. Y ciertamente yo no habría tenido que golpearlo en la cabeza con un calentador de cama. —Hizo una pausa, luego añadió—: Aunque supongo que no pretendía asustarla. Me pareció que tenía una naturaleza bastante excitable.

Henry la miró con incredulidad.

—¿No cree que pretendía ultrajarla?

Los ojos de Rose se volvieron gélidos.

—Si hubiera pensado eso, mi lord, le habría dicho que se fuera derecho al diablo. Ahora, si ha terminado de intentar hacerme sonrojar, ¿cuándo le gustaría partir?

—Espero que sepas lo que estás haciendo —refunfuñó Maggie mientras doblaba cuidadosamente una camisa y la colocaba en el baúl a sus pies—. Tu padre tendría una o dos cosas que decir si supiera lo que estás tramando.

Rose sonrió débilmente, el recuerdo de una de sus últimas disputas con su padre parpadeando en su mente.

—Tonterías, Maggie. Papá no se sorprendería lo más mínimo por mis acciones —dijo con una ligera risa que enmascaraba el dolor en su pecho—. ¿No amenacé una vez con escaparme y convertirme en institutriz si no me escuchaba?

Maggie resopló de esa manera tan elocuente suya, dejando clara su opinión sobre el asunto.

—Las institutrices son una cosa; las damas de compañía son otra —dijo, añadiendo otra camisa a la pila—. Al menos esa Mabel parece tener sentido común. Mantendrá a raya a su señoría, no hay duda de ello.

La imagen del imponente conde siendo mandado por la doncella de su madre hizo sonreír a Rose a pesar de su corazón apesadumbrado.

—Parece tenerlo bajo su pulgar, ¿no es así? Me pregunto cómo lo logra.

—No te preocupes por cómo lo hace —respondió Maggie con un resoplido—. Deberías estar más preocupada por cómo va a reaccionar tu tía abuela cuando se entere de que te has ido corriendo a Derbyshire con el Conde. Eso requerirá algunas explicaciones, ya lo verás.

Rose ya había pensado en ese dilema en particular. —No te preocupes, Maggie. La tía estará encantada de saber que la Condesa de Ashbourne, al enterarse de mi trágica situación, me invitó a quedarme con ella en su hermosa casa de campo. ¿Cómo podría objetar a eso?

Maggie entrecerró los ojos mientras cerraba de golpe la tapa del baúl. —¡Objetará bastante cuando se entere de que la Condesa ni siquiera estaba en Londres! Y si crees que nadie le va a

contar la verdad, te has vuelto loca. Habrá más que suficientes entrometidos ansiosos por divulgar la historia.

—Tal vez —dijo Rose con una sonrisa tranquila—. Pero la tía aceptará mi versión de los hechos.

Maggie frunció el ceño, claramente poco convencida. —¿Por qué?

Los labios de Rose se curvaron en una sonrisa conocedora. —Porque le conviene creerlo. Si he aprendido algo, es que la gente siempre cree lo que les resulta más fácil. La verdad tiene muy poco que ver con la realidad.

Maggie la miró fijamente, sacudiendo la cabeza con incredulidad. —Sigo sin entender por qué estás tan empeñada en ir a Derbyshire —refunfuñó—. Habría pensado que después de anoche, nunca querrías volver a ver a su señoría.

Rose dudó, insegura de cómo explicarlo. Bajó la mirada hacia su regazo, sus dedos trazando distraídamente el encaje de su vestido mientras buscaba las palabras adecuadas. —Quizás —dijo suavemente—, quizás sea una forma de hacer las paces con papá. Le fallé terriblemente, Maggie. Y no veo por qué el Conde debería fallarle a su madre por mi culpa. —Se encogió de hombros, tratando de parecer indiferente—. Además, es solo por un tiempo, y Derbyshire seguramente será más agradable que Richmond. —Añadió una ligera risita, pero el ceño fruncido de Maggie dejó claro que su intento de humor había caído en saco roto.

—Fallarle a tu padre, ¡vaya tontería! —murmuró Maggie sombríamente, enrollando una media y lanzándola al segundo baúl—. Si me preguntas, ¡él te falló a ti! Desheredarte solo porque no querías casarte con ese primo tuyo cabeza de chorlito... Bueno... —Sacudió la cabeza con fiereza —. Lejos de mí hablar mal de los muertos, pero espero que esté verdaderamente arrepentido de lo que hizo.

—Eso solo era dinero —replicó Rose suavemente, tratando una vez más de hacer que Maggie entendiera—. Le fallé de formas mucho más profundas, y estoy decidida a enmendarlo como pueda. —Se puso de pie, con los hombros cuadrados como si se preparara para el peso de su decisión—. Ahora, por favor, termina de empacar. Su señoría desea partir lo antes posible.

Partieron después de un almuerzo apresurado, dirigiéndose hacia el norte en el gran carruaje de viaje del Conde. El carruaje divertía a Rose; era tan grande e imponente como el propio Ashbourne. Pintado de un negro elegante y brillante con solo adornos dorados y escarlata, el vehículo estaba completamente libre de los habituales escudos heráldicos. Le pareció extraño que un hombre tan claramente consciente de su rango como el Conde de Ashbourne eligiera viajar en

algo tan desprovisto de adornos. Parecía fuera de carácter, o quizás no lo conocía tan bien como pensaba.

Maggie y Mabel se habían hecho amigas rápidamente, sumergiéndose de inmediato en un cómodo cotilleo, mientras Rose se recostaba y miraba por la ventana acristalada el paisaje que pasaba. Habría preferido pasar el viaje conociéndose mejor con el Conde, pero después de un seco "Buenos días", él había enterrado su nariz en una gaceta. Su indiferencia hería su orgullo más de lo que le gustaba admitir. Después de todo, se recordó a sí misma, le estaba haciendo un favor considerable al hombre. ¡Lo mínimo que podía hacer era reconocer su existencia!

Apartó la mirada de la ventana hacia él. Tenía la cabeza inclinada, su atención completamente fija en lo que fuera que estaba leyendo. Si se negaba a satisfacer su comprensible curiosidad, entonces simplemente discerniría lo que pudiera por su cuenta, pensó con un destello de travesura.

Estaba vestido para el viaje con un abrigo de lana gris, las numerosas capas haciéndolo parecer aún más imponente de lo habitual. Al entrar en el carruaje, había arrojado su sombrero y guantes a un lado con un gesto descuidado, sugiriendo que rara vez se molestaba con tales artículos. Sus grandes manos curtidas por el trabajo confirmaban esa observación. Su cabello oscuro, recogido hacia atrás como lo había estado esa mañana, le pareció anticuado, más un estilo adecuado para hombres de la generación de su padre, pero extrañamente le quedaba bien a Ashbourne. Una sonrisa tiró de sus labios mientras se lo imaginaba con la última moda, con rizos al estilo de Byron enmarcando su rostro.

—¿Hay algo que pueda hacer por usted, señorita Sheffield? —La fría voz del Conde disolvió la divertida visión, y Rose parpadeó para encontrar sus penetrantes ojos verdes observándola.

Se sonrojó, atrapada mirándolo fijamente como una colegiala. —Me preguntaba sobre su madre, mi lord —dijo, enmascarando su vergüenza con un tono ligero—. Creo que mencionó que es una inválida.

Su expresión se volvió más distante mientras se giraba para mirar por la ventana. —Se lesionó en una caída el año pasado y no ha vuelto a caminar desde entonces. —Su tono cortante dejaba claro que el tema era doloroso—. Los médicos no tienen explicación para ello, pero claro, rara vez la tienen.

El dolor en su voz hizo que Rose olvidara su molestia. —Lo siento mucho, mi lord —murmuró, y lo decía en serio.

—Fue mi culpa —continuó, sus manos apretándose en puños—. Teníamos invitados, unos tontos que querían cazar. Nunca le he visto sentido a perseguir animales indefensos, así que me

negué a unirme a ellos. Pensé que eso sería el fin del asunto, pero el sentido del deber de mi madre prevaleció. Ella los llevó ella misma, y perdió el equilibrio al saltar un seto.

Rose jadeó. Uno de los hijos de sus vecinos había muerto en un accidente similar, y el chico estaba en la flor de la vida. La Condesa debía de tener unos cincuenta años; cómo había sobrevivido siquiera era un milagro. Rose quería decir algo reconfortante, pero la mirada sombría en el rostro del Conde le dijo que las palabras le ofrecerían poco consuelo.

—Es por eso que estoy tan decidido a que usted actúe como su acompañante hasta que pueda encontrar un reemplazo —dijo, su mirada fijándose en su rostro una vez más—. Yo la puse en esa maldita silla. Lo mínimo que puedo hacer es asegurarme de que tenga todo lo que necesita.

El corazón de Rose se hundió ante su declaración. Había querido entender mejor al Conde, y parecía que su deseo se había cumplido. Sin saber cómo responder, se volvió hacia la ventana.

Henry la observó en silencio, maldiciéndose por revelar tanto. Era un hombre taciturno por naturaleza, y sin embargo le había abierto su corazón. Eran sus ojos, se dio cuenta con el ceño fruncido. Aquellos ojos directos y claros parecían ver directamente su alma. Su cabello castaño oscuro estaba elegantemente recogido, pero aún podía recordar cómo se veía cuando caía sobre su espalda, despeinado por el sueño. Estaba vestida impecablemente con un traje de viaje gris y granate, una visión tan hermosa y delicada como la porcelana de Dresden. ¿Cómo podía ser esta mujer la misma fiera que le había golpeado en la cabeza con un calentador de cama?

El silencio entre ellos se prolongó, denso e incómodo, mientras el carruaje continuaba su viaje hacia el norte. Incluso Mabel y Maggie se habían callado, y para cuando llegaron a la posada donde tomarían el té, los nervios de Rose estaban destrozados. Le dolía la cabeza por la tensión y el constante balanceo del carruaje, y cuando bajó del vehículo, sus rodillas casi cedieron. Habría tropezado de no ser por la mano firme del Conde en su codo.

—¿Se encuentra bien, señorita Sheffield? —Su tono era inusualmente solícito mientras estudiaba sus pálidas facciones—. ¿Quiere que la lleve en brazos?

La idea de ser llevada a la posada como una colegiala desmayada fue suficiente para enderezar la columna de Rose.

—Estoy perfectamente bien, milord —dijo con firmeza, mirando más allá de su ancho hombro —. Solo resbalé con una piedra, eso es todo.

Él le dirigió una mirada medida pero dio un paso atrás, permitiéndole continuar por su cuenta. Fueron recibidos por el posadero, quien los condujo a un salón privado con un fuego rugiendo en la chimenea. Después de lavarse las manos y la cara, Rose se apresuró al calor del fuego. Estaba en su segunda taza de té cuando el Conde se unió a ella.

—Deberíamos llegar a Derbyshire al anochecer —dijo, con los ojos fijos en su rostro—. ¿Está segura de que puede continuar? Aún está bastante pálida.

Su preocupación agradó a Rose, aunque también la irritó. Despreciaba a las mujeres que se marchitaban ante la más mínima dificultad, y le molestaba que la tomara por una de ellas. Sin embargo, al mismo tiempo, no podía recordar la última vez que alguien había mostrado tanto interés por su bienestar. Era extrañamente conmovedor—y porque le gustaba demasiado, apartó el sentimiento con el ceño fruncido.

—Supuse que después de anoche, sabría que no soy de las que se marchitan al menor soplo de viento —dijo, levantando la barbilla y encontrando sus penetrantes ojos verdes—. Un viaje en carruaje está perfectamente dentro de mis capacidades, se lo aseguro.

Su tono beligerante y postura desafiante parecieron no tener efecto en él.

—Partiremos dentro de una hora —dijo suavemente, con voz fría como el hielo. Luego, sin decir una palabra más, se puso de pie y salió de la habitación.

Rose lo vio marcharse, sintiéndose más que un poco avergonzada por su despliegue avinagrado. Tanto para su promesa de comportarse como una dama, pensó con un suspiro infeliz. Parecía que esta nueva resolución sería mucho más difícil de mantener de lo que había anticipado.

Capítulo Seis

Era el crepúsculo cuando llegaron a Ashbourne Hall, situada a solo tres millas de Derby. La extensa propiedad se dejó ver cuando el carruaje pasó por las puertas de hierro forjado, y Rose sintió que se le cortaba la respiración al contemplar la majestuosa casa, su fachada bañada por la luz menguante. La mansión había sido construida en el siglo anterior, sus líneas simétricas y elevadas columnas le conferían un aire de elegancia atemporal.

—Es hermosa —susurró Rose, con la voz teñida de asombro mientras se volvía hacia Henry.

Él miró la familiar vista, el orgullo silencioso de la propiedad evidente en su voz.

—Sí, lo es —dijo simplemente, antes de señalar hacia la entrada—. ¿Vamos? Supongo que mi madre querrá conocerla.

Rose sintió una punzada de nervios, pero asintió. Sin embargo, al llegar al interior, Mabel se apresuró a informarles que la condesa ya se había retirado por la noche. Con una breve disculpa, desapareció escaleras arriba para atender a su señora, y Maggie la siguió para ocuparse del desembalaje.

Esto dejó a Rose y Henry de pie incómodamente en la entrada, sin saber muy bien qué hacer. Finalmente, Henry rompió el silencio.

—Aquí seguimos el horario rural —dijo, aclarándose la garganta y haciendo un evidente intento de cortesía—. La cena se servirá en breve. Puede unirse a mí en una hora si lo desea.

Rose dudó, consciente de que él estaba tendiendo un puente. Aun así, la idea de un baño caliente y el confort de una cama suave después del largo viaje resultaba más atractiva que intentar mantener una conversación trivial durante la cena. Ofreció una pequeña sonrisa de disculpa.

—Si no le importa, mi lord, creo que pediré que me suban una bandeja. Ha sido un día bastante largo.

Su expresión era indescifrable cuando asintió.

—Como desee. Le deseo buenas noches entonces —hizo una pausa, como si estuviera considerando algo, antes de añadir—. Me iré temprano mañana, pero después del almuerzo, estaré encantado de mostrarle la propiedad. ¿Monta a caballo?

Rose debatió cuánto revelar, luego suspiró. No tenía sentido fingir experiencia donde no existía.

—De alguna manera —admitió con una pequeña risa—. Solo alquilábamos caballos de vez en cuando, y montaba cuando visitaba a amigos en el campo. Pero aprendo rápido, mi lord —añadió, con voz esperanzada.

Una sonrisa tiró de las comisuras de su boca, y el calor en sus ojos verdes la sobresaltó.

—De eso, señorita Sheffield, no tengo ninguna duda —dijo con tono arrastrado, antes de inclinar la cabeza—. Hasta mañana, entonces.

La habitación a la que condujeron a Rose era más lujosa que cualquier cosa que hubiera experimentado antes. Sus brillantes paredes amarillas estaban adornadas con delicadas estampas orientales, y los muebles eran una encantadora mezcla de elegancia de la reina Ana y grandeza rococó. Después de disfrutar de un largo baño en la bañera de cobre, Rose se deslizó en la alta cama con dosel, saboreando la sensación de las suaves sábanas mientras picoteaba el té y los pasteles que le había traído una doncella risueña.

—Parece que me han engañado todos estos años sobre la situación de las damas de compañía —comentó con sequedad a Maggie, que estaba organizando sus pertenencias en el pulido tocador —. Difícilmente es tan sombrío como imaginaba. Bastante cómodo, de hecho.

Maggie, siempre realista, le dirigió una mirada escéptica.

—No se deje engañar por los lujos, señorita Sheffield. Esta es una habitación de invitados, no el tipo de alojamiento que tendría si fuera una verdadera dama de compañía. Aunque debo admitir —añadió a regañadientes—, que incluso las habitaciones de los sirvientes aquí no están tan mal. Tengo mi propia habitación, ¿puede creerlo?

—¿En serio? —Rose estaba genuinamente impresionada. En casa, Maggie siempre había compartido su habitación con la otra doncella en un espacio estrecho bajo el tejado—. La casa debe ser enorme.

—Treinta habitaciones, sin contar los cuartos de servicio —dijo Maggie, repitiendo lo que Mabel le había dicho—. También hay una casa en Londres, aunque no se ha utilizado en años.

Los párpados de Rose se volvieron pesados mientras el calor del fuego, el baño y la comodidad de la cama hacían efecto.

—¿De verdad? —preguntó entre bostezos—. ¿Por qué no?

—Mabel no lo dijo —respondió Maggie, doblando las últimas prendas de Rose—. Pero tiene algo que ver con el conde. Al parecer, su señoría se niega a ir a Londres. Ni siquiera para el Parlamento.

—Mmm —murmuró Rose, ya medio dormida. Su último pensamiento fugaz antes de que el sueño la venciera fue una vaga curiosidad sobre por qué alguien tan apegado al deber como el Conde de Ashbourne eludiría una responsabilidad tan importante. Era algo que tendría que preguntarle... eventualmente.

—Así que usted es la joven dama que intentó matar a mi hijo con un calentador de cama —los brillantes ojos verdes de Lady Beatrice Grayson, idénticos a los de su hijo, brillaron con diversión mientras saludaba a Rose—. Bueno, supongo que debería estar agradecida de que su puntería no fuera mejor. Acérquese, déjeme verla bien.

Rose contuvo una sonrisa mientras obedecía la orden burlona de la condesa. Había esperado encontrar a una mujer enferma y frágil en la habitación de la condesa, pero Lady Beatrice, envuelta en un elegante vestido de seda lila, era todo menos una inválida. De hecho, si no estuviera sentada en una silla, Rose habría pensado que el conde le había estado contando un cuento.

—Ah, eso está mejor —los labios de Lady Beatrice se curvaron en una sonrisa complacida mientras estudiaba a Rose con curiosidad descarada—. Sí, creo que servirá muy bien. ¿Cómo dijo que se llamaba?

—Soy la señorita Rose Sheffield, mi lady —respondió Rose, notando cómo los rasgos fuertes del conde (su boca llena y sus pómulos altos) se reflejaban en el rostro de su madre—. Mi tía abuela es Lady Waverly. ¿La conoce?

—¿Charlotte? Oh, por supuesto que sí. Pero no te preocupes, no lo tendré en cuenta —respondió la condesa con una risa cantarina—. Ninguno de nosotros es responsable de nuestros parientes, gracias al cielo. Me temo que mi propia familia deja mucho que desear. Pelucas, ya sabes.

—No, mi señora, no lo sabía —contestó Rose, pensando que era una lástima que el conde no hubiera heredado la calidez y el ingenio de su madre junto con su llamativo aspecto—. Pero me aseguraré de no hablar mal de ellos.

—¡Oh, siéntete libre de hacerlo! No podrías decir nada peor que lo que dice Henry. Un conservador, como su padre, aunque presta tanta atención a la política como a la moda. Las ovejas, por otro lado... ahora, ese es un tema que adora. ¿Sabes algo sobre ovejas?

El giro inesperado en la conversación hizo reír a Rose. —No, mi señora, no puedo decir que sepa —dijo, pensando que bien podría disfrutar de los próximos días en compañía de Lady Beatrice. Quizás no había necesidad de apresurarse en que el conde encontrara una nueva acompañante.

La condesa suspiró dramáticamente. —Qué lástima. Esperaba tener una aliada. Pero no importa. ¿Tomamos el té, entonces? Te contaré todo sobre nuestro hogar, y tú puedes contarme sobre ti. Me muero por saber más sobre la joven que superó a mi hijo.

La primera mañana de Rose en Thornfield Manor transcurrió agradablemente, demostrando Lady Beatrice ser una encantadora compañía. Para la hora del almuerzo, Rose sentía como si hubiera conocido a la condesa toda su vida. Lady Beatrice era ingeniosa, llena de interés vivaz, y claramente disfrutaba discutiendo sobre todo, desde la moda hasta la propiedad. Rose sospechaba que su confinamiento la hacía aún más ansiosa por compañía, aunque se encontró disfrutando bastante de las irreverentes ocurrencias de la condesa, especialmente cuando el tema se centró en el guardarropa de Rose.

—Entiendo tu deseo de guardar luto por tu padre —comentó la condesa mientras Rose la ayudaba a entrar en el comedor con su silla de ruedas—. Pero seguramente un toque de color no estaría de más después de todo este tiempo. Un zafiro profundo o un rojo rubí, quizás. Te verías espléndida de rojo.

Rose recordó un vestido que una vez había admirado en una gaceta: una atrevida seda roja con pequeñas mangas abullonadas y un escote escandalosamente bajo. Era el tipo de vestido que podría haber elegido en su antigua vida más rebelde. Pero ahora, decidida a ser una dama, negó con la cabeza. —Me temo que esos colores son demasiado atrevidos para una mujer soltera, mi señora.

—¡Tonterías! —replicó Lady Beatrice, entrecerrando los ojos—. ¿Cómo se supone que una joven atraiga a un marido si está envuelta en grises lúgubres?

Rose no estaba muy segura de cómo responder. Siempre se había enorgullecido de ser un poco más sensata que la alta sociedad, menos preocupada por las apariencias. Pero el claro desdén de Lady Beatrice por su guardarropa actual la dejó buscando una respuesta educada.

—No pretendo vestirme como un gorrión, mi señora —dijo finalmente, sopesando cuidadosamente sus palabras—. Pero tampoco deseo parecer... ligera.

—Mejor ser ligera que lenta, querida —bromeó Lady Beatrice, sus dedos tamborileando impacientemente en el reposabrazos. Luego su expresión se suavizó y sonrió—. Si es cuestión de dinero, estoy segura de que Henry podría adelantarte un poco de tu salario. Mencionó la

desafortunada desheredación de tu padre. Estaría encantada de ayudar si tu bolsa se siente un poco ligera.

Rose se sonrojó. —No es el dinero, mi señora —murmuró, avergonzada de que Lady Beatrice la creyera indigente—. Aunque mi padre me haya desheredado, mi madre me dejó una suma cómoda. No soy una heredera, pero estoy lejos de ser indigente.

La condesa pareció adecuadamente arrepentida. —Oh, querida, te he ofendido. No era mi intención. Créeme, nadie sabe mejor que yo lo que es tener más orgullo que libras. ¿Me perdonarás?

El corazón de Rose se ablandó ante la expresión esperanzada de la mujer mayor. —Por supuesto, mi señora —dijo con una suave sonrisa—. Y quizás... unos cuantos vestidos nuevos no estarían mal. Hace una eternidad que no tengo nada nuevo.

—¿Y en colores alegres, espero? —presionó Lady Beatrice, sus ojos brillando de emoción—. Debes pensar que soy una vieja entrometida, pero ¡adoro la ropa! Atrapada en esta silla como estoy, no es divertido vestirme yo misma. Pero vestirte a ti... bueno, eso es otra cosa.

Rose se rió y le dio un ligero apretón a la mano de la condesa. —Lo consideraré.

Estaban apenas comenzando el primer plato cuando Rose recordó la promesa del conde de mostrarle la propiedad. —¿Se unirá su señoría a nosotras para el almuerzo? —preguntó, mirando por las grandes ventanas con parteluces.

Lady Beatrice dio un delicado resoplido. —No sabría decirte —dijo, levantando su cuchara—. Solo soy su madre, y rara vez se digna a informarme de sus planes.

Antes de que Rose pudiera responder, la puerta del comedor se abrió de golpe y Lord Ashbourne entró, luciendo como todo un rústico campesino con botas salpicadas de barro y ropa de montar bien gastada.

—Mis disculpas, Madre. Señorita Sheffield —las saludó, besando la mejilla de Lady Beatrice —. Tuvimos algunos problemas con el campo norte. Filtraciones por la lluvia de anoche. Nos llevó toda la mañana drenarlo.

Lady Beatrice lanzó una mirada significativa a sus botas. —Deberías consultar al señor Clark —sugirió, antes de volver su atención a su comida—. Tu padre siempre confió en él.

—Podría hacerlo —respondió Henry pensativamente—. Había olvidado que estaba de vuelta en la granja principal.

—Después del almuerzo, llevarás a la señorita Sheffield a dar un paseo —interrumpió Lady Beatrice con firmeza—. Deja que Lucien se ocupe del señor Clark. El muchacho hace poco para ganarse el salario.

Henry frunció el ceño pero no dijo nada. Rose, observando el intercambio, sintió una punzada de simpatía por él. Era evidente que su madre lo mantenía firmemente bajo su pulgar, una sensación que Rose conocía muy bien por sus propias experiencias con su padre.

—Si está demasiado ocupado, mi señor, lo entiendo —ofreció Rose, esperando aliviar la tensión—. Seguramente habrá otros días.

En lugar de apreciar su intento de diplomacia, Henry le lanzó una mirada oscura. —Como ya había planeado mostrarle la propiedad, señorita Sheffield, no hay necesidad de esperar —su voz era fría, sus ojos indescifrables—. ¿Digamos veinte minutos después del almuerzo?

—Eso estará bien, milord —respondió Rose con rigidez, jurando interiormente no volver a ofrecer jamás una rama de olivo. Era tal como había sospechado: intentar ser una dama era una tarea ingrata.

Capítulo Siete

Después del almuerzo, Henry se retiró a su estudio para revisar rápidamente las cuentas de la finca, mientras la señorita Sheffield subió a su habitación para cambiarse. Estaba examinando los pagos de sus arrendatarios cuando el sonido de ruedas girando llamó su atención. Su madre, escoltada por un lacayo, maniobró su silla a través de la puerta con una mirada de acusación juguetona en sus brillantes ojos verdes.

—¡Ajá! Sabía que te encontraría escondido aquí —le reprendió, mirándolo con un ceño fruncido exageradamente desaprobador—. ¿Qué significa esto de encerrarte en tu estudio como un ermitaño cuando prometiste llevar a la señorita Sheffield a montar?

—Simplemente estoy esperando a que la señorita Sheffield se una a mí, madre —respondió Henry, aunque la culpa se deslizó por su columna, como siempre ocurría cuando la veía en esa maldita silla, un recordatorio de su fracaso que pesaba sobre él como una piedra de molino.

—Es una joven bastante vivaz —comentó Lady Beatrice, despidiendo al lacayo con un gesto casual de su mano—. Quizás un poco ingenua en sus nociones, pero debo decir que me gusta mucho más que cualquiera de las otras. Gracias por traérmela.

Henry dejó los papeles y cruzó la habitación para pararse junto a su silla. —Sabes que esto es solo temporal —le advirtió suavemente, odiando la idea de arrebatarle su recién encontrada felicidad—. Tan pronto como te encuentre una acompañante adecuada, la señorita Sheffield se irá para unirse a su tía abuela en Aberdeen.

—Tal vez. Pero eso podría llevar semanas —reflexionó Lady Beatrice, sus labios curvándose en una sonrisa astuta—. Y aunque encuentres a otra chica tonta para ocupar el puesto, no veo razón por la que la señorita Sheffield no pueda quedarse aquí como invitada. ¿No podría?

Henry consideró la sugerencia de su madre. Aunque hacía tiempo que había perdonado a la señorita Sheffield por su saludo bastante poco ortodoxo con el calentador de camas, no estaba

seguro de estar preparado para convertirla en una presencia permanente en su vida. —Eso es cierto —concedió con un suspiro—. Pero creo que deberíamos esperar antes de hacer sugerencias. Puede que tenga otros planes, o que su tía abuela no le permita quedarse.

—¡Tonterías! —se burló Lady Beatrice, descartando sus objeciones con un gesto—. Estoy segura de que Charlotte estaría encantada de que la niña se quedara con nosotros. Ahora, ¿dónde planeas llevarla?

—Pensé en mostrarle los Campos del Norte, cerca de las antiguas ruinas romanas —respondió, resignado a la forma habitual de su madre de cambiar de tema. Hacía tiempo que había aprendido a no discutir cuando ella se había propuesto algo.

—Excelente —asintió Lady Beatrice con aprobación—. Por nuestra breve conversación, deduje que es un poco ratón de biblioteca. Estoy segura de que apreciará la historia. Tal vez incluso podrías traducirle algunas de las inscripciones. Después de todo, te graduaste con honores en latín —añadió con un toque de orgullo maternal que hizo sonreír a Henry.

Su tiempo en Oxford había sido agridulce, el consuelo de sus libros y estudios ensombrecido por dolorosos recuerdos fuera del aula. Su sonrisa se desvaneció, reemplazada por el familiar aguijón de viejas humillaciones.

El sonido de la puerta abriéndose lo trajo de vuelta al presente. Levantó la mirada justo cuando la señorita Sheffield entraba, con las mejillas sonrojadas y la respiración un poco agitada.

—Lamento terriblemente si les hice esperar, milord —se disculpó, acomodando un rizo rebelde detrás de su oreja. Se sentía cohibida en su viejo traje de montar, que se había aflojado debido al peso que había perdido durante el último año. Había requerido todas las habilidades de Maggie para alterarlo en algo que se pareciera a la moda.

—En absoluto, señorita Sheffield —respondió él, su voz profunda sin revelar nada del placer que su apariencia despertaba en él. Su traje de montar, hecho de sarga color mora adornado con galones dorados y negros, favorecía bellamente su delicada figura. El sombrero de terciopelo, con su velo negro y pluma rizada, enmarcaba su rostro de una manera que la hacía lucir completamente encantadora.

—¡Qué encantador traje, querida! —exclamó Lady Beatrice, juntando sus manos—. ¿No te dije que los colores más brillantes te sentarían bien?

—Sí, milady —murmuró Rose, sintiendo que el calor invadía sus mejillas bajo el elogio de la condesa y la sutil admiración que captó en la mirada del conde—. Sé que no es del todo apropiado para el luto, pero...

—Tonterías —interrumpió Lady Beatrice con autoridad—. Es perfectamente encantador. Y como es poco probable que tú y Ashbourne se encuentren con algo más que ovejas en su paseo, la propiedad puede tomarse un descanso. Váyanse los dos. —Le dirigió a Henry una mirada severa—. Y no la traigas de vuelta hasta que tenga rosas en las mejillas. Está demasiado pálida.

Media hora después, Henry y Rose cabalgaban juntos a través de las verdes colinas, el viento fresco y húmedo azotando sus rostros. Cuando llegaron a la cresta de una elevación, Rose detuvo su caballo y se volvió hacia Henry con una risa sin aliento de puro deleite.

—Espero que su madre esté satisfecha con estas rosas en mis mejillas, milord —bromeó, olvidando momentáneamente su reserva mientras la exhilaración del paseo se apoderaba de ella —. ¡Siento como si mi cara estuviera congelada!

Henry se inclinó hacia adelante en su silla de montar, sosteniendo las riendas con soltura en sus manos, su mirada fija en sus facciones sonrojadas y radiantes. —¿Deberíamos volver entonces? —preguntó, tratando de sonar como el anfitrión atento, aunque algo en él no quería que el momento terminara.

—¡Por el cielo, no! —exclamó Rose, su risa resonando una vez más, sus ojos brillando con un destello juguetón—. Solo estaba bromeando, milord. Le aseguro que lo estoy disfrutando enormemente. Por favor, continuemos.

El alivio surgió en el pecho de Henry, aunque se negó a reconocerlo. Inclinó la cabeza, sus labios curvándose en una rara sonrisa. —Muy bien. Hay unas ruinas justo más allá de la próxima colina —dijo, señalando con su fusta—. Se dice que son romanas, aunque tengo mis dudas.

—Oh, qué emocionante —dijo Rose con entusiasmo, recordando las ruinas que había visitado cerca de Colchester durante unas vacaciones con su padre. Había quedado completamente cautivada por la idea de estar de pie donde una vez caminaron los emperadores y se había sumergido en la investigación de la historia de los romanos. Le dirigió a Henry una mirada de reojo, su curiosidad despertada.

Menos de diez minutos después, se encontraban frente a una columna masiva de mármol erosionado, la piedra manchada de negro por siglos de exposición. Rose pasó sus dedos enguantados sobre las profundas ranuras talladas en la antigua superficie, maravillándose por el enorme tamaño y la edad de la estructura.

—¿Por qué dudas que sean romanas? —preguntó, mirándolo con ojos inquisitivos—. Se parecen mucho a las otras ruinas que he visto. Y eso es latín —señaló hacia el arco de arriba.

—Sí, pero es un latín mucho más tardío que el de la ocupación romana —respondió él, dando un paso más cerca, con voz baja mientras satisfacía su curiosidad—. ¿Ves esa palabra? Dei,

significa «Dios». Los romanos eran politeístas, adoraban a muchos dioses. Si esto fuera verdaderamente romano, estaría dedicado a un dios específico como Júpiter o Minerva. Apostaría a que esta capilla data del siglo XII o XIII.

La autoridad casual en su voz la intrigó. Inclinó la cabeza, estudiándolo con nuevo interés.

—Pareces bastante conocedor de antigüedades. ¿Es esta una pasión tuya?

Henry dudó, como si no estuviera seguro de revelar esta parte de sí mismo.

—Se podría decir que sí —admitió, volviendo su mirada a las ruinas—. Las estudié mientras estaba en Oxford.

Cuando volvió a mirarla, la sorprendió sonriendo, con una expresión de cálida diversión en su rostro.

—¿Qué sucede? —preguntó, entrecerrando los ojos con sospecha.

Rose se mordió el labio, intentando ocultar su sonrisa.

—Oh, nada, milord —respondió, aunque sus ojos bailaban con picardía—. Es solo que... bueno, no pareces exactamente un erudito. Me cuesta imaginarte enterrado en libros viejos y polvorientos.

Su ceja se arqueó, sus labios temblando con humor contenido.

—Y dígame, señorita Sheffield, ¿cómo luce un erudito según su estimación?

—Delgado, pálido, con ropa gastada y un aire de distracción a su alrededor —respondió sin perder el ritmo, su mirada brillando con desafío.

Henry parpadeó, sorprendido por su rápida respuesta.

—Eso es bastante específico —dijo, apoyándose casualmente contra el pilar mientras la estudiaba con un interés renovado—. ¿Ha conocido a muchos de esos eruditos? ¿Un hermano, tal vez?

Rose se rio, un sonido rico y gutural que envió un escalofrío por la columna de Henry.

—No un hermano, no. Mi padre era profesor en Cambridge, y siempre tenía media docena más o menos de esas criaturas siguiéndolo —su expresión se suavizó, su voz volviéndose nostálgica mientras recordaba los animados debates que una vez llenaron su hogar, el sonido de voces masculinas elevadas en fervor intelectual.

Henry la observó, cautivado por el cambio en su comportamiento. Había algo profundamente vulnerable en ella en ese momento, como si estuviera atrapada entre recuerdos cariñosos y una tristeza persistente.

—¿Deberíamos regresar, señorita Sheffield? —sugirió suavemente, apartándose del pilar para pararse frente a ella—. El viento se está volviendo más fuerte, y no me gustaría que se resfriara.

Distraída por sus pensamientos, Rose asintió distraídamente. Él se acercó para ayudarla a montar de nuevo, sus manos firmes pero gentiles mientras la levantaba a la silla. El breve contacto envió una chispa de calor a través de ella que rápidamente suprimió. Cabalgaron en un silencio agradable, pero cuando se acercaron a un arroyo que caía sobre afiladas rocas negras, Rose detuvo su caballo para admirar la belleza de la escena.

—Qué hermoso —suspiró, con los ojos entrecerrados mientras escuchaba el sonido musical del agua corriendo—. Siempre imaginé a Derbyshire como un lugar frío y desolado, pero esto... esto es encantador.

Henry cabalgó junto a ella, su voz baja y llena de orgullo silencioso mientras miraba la tierra.

—Lo es —estuvo de acuerdo—. Pero no se deje engañar por su belleza, señorita Sheffield —su mirada se volvió hacia ella, sus ojos oscureciéndose mientras se fijaban en su rostro—. Debajo de la superficie, es salvaje... y peligroso. Haría bien en recordar eso.

Rose se estremeció, aunque no por el frío. Sus palabras, tan inocuas en la superficie, llevaban un peso que hizo que su corazón se acelerara. Lo miró de reojo, sintiendo la repentina atracción mientras él la observaba con una intensidad que aceleró su pulso. Sí, pensó, mordiéndose el labio, el peligro salvaje era demasiado obvio en lo que a él se refería.

Reanudaron su cabalgata, la tensión entre ellos hirviendo justo debajo de la superficie. Cuando se acercaron a la mansión una vez más, Rose se descubrió mirándolo a escondidas, notando cómo el viento tiraba de su cabello oscuro, cómo sus anchos hombros parecían llenar el espacio a su alrededor. Era un hombre de contrastes, tanto señor como granjero, erudito y bruto, y la realización la inquietó más de lo que le gustaba admitir.

A una semana de su llegada, Rose sentía como si siempre hubiera sido parte de la Mansión Thornfield. Ella y la condesa se habían convertido rápidamente en buenas amigas, y Rose disfrutaba cada momento en compañía de Lady Beatrice. A diferencia de muchos inválidos que Rose había conocido, Lady Beatrice se negaba a regodearse en sus dolencias, manteniéndose sorprendentemente alegre. No es que fuera toda dulzura y luz, por supuesto. Lady Beatrice era perspicaz, con una lengua para igualar, manteniendo a Rose entretenida con sus irónicas observaciones sobre el mundo y, a menudo, sobre su propio hijo.

La condesa también manipulaba a su hijo taciturno con una combinación casi artística de desamparo y hostigamiento, lo que dejaba a Rose con los ojos muy abiertos de admiración. Donde Rose siempre había considerado su propia tendencia a influir en los demás como poco femenina, la condesa demostraba que una mujer podía ejercer el poder de las formas más delicadas y aun así ser considerada el epítome del refinamiento. Para alguien como Rose, que

había jurado convertirse en una verdadera dama sin importar el costo, el ejemplo de Lady Beatrice era una revelación.

Mientras las mañanas de Rose estaban dedicadas a la condesa, sus tardes eran suyas. Lady Beatrice dormía la siesta durante este tiempo, y Rose leía o exploraba la vasta y elegante casa. Una tarde, mientras estaba en la gran biblioteca estudiando los retratos de los antepasados del conde, se sobresaltó por el sonido de pasos. Se giró para encontrar a Lord Ashbourne entrando en la habitación.

—Un grupo de aspecto presuntuoso, ¿no? —la voz profunda de Henry resonó desde detrás de ella. Estaba sonriendo mientras miraba el retrato de un hombre de cabello oscuro vestido de terciopelo y encaje—. Señores de todo lo que veían.

—Señores de este lugar, ciertamente —la mirada de Rose pasó de las características en el lienzo al hombre parado detrás de ella. Acababa de llegar de los campos, oliendo a dulce heno y caballos, un aroma que removió algo en su pecho. Que notara tal detalle personal la desconcertó, y se volvió hacia los retratos para cubrir su confusión—. ¿Y quién podría ser este caballero? —preguntó, decidida a mantener un tono ligero—. Parece un tipo bastante feroz.

Los ojos de Henry siguieron los de ella hacia el retrato que indicaba.

—Ese es mi abuelo, el quinto Conde de Ashbourne.

Rose estudió el cabello oscuro y la expresión fría y remota del hombre en la pintura.

—Te pareces a él —dijo en voz baja, recordando la primera vez que había visto a Henry asomándose en su puerta, toda altura imponente y rasgos severos.

Alzó una ceja, con los ojos brillando divertidos. —¿Ah, sí? Eso difícilmente es un cumplido, ¿sabes? Lo llamaban la Bestia Negra de Thornfield, tanto por su temperamento como por su apariencia. Lamento decir que me parezco a él también en eso.

El tono seco en su voz hizo sonreír a Rose. —He notado cómo tiembla la casa de miedo ante tu fiero temperamento —bromeó, recordando cómo Mabel lo había regañado esa mañana por ensuciar con barro la sala de estar de su madre.

Henry se rio entre dientes, su mirada suavizándose al mirarla. —Ah, sí, el terror de Thornfield sin duda.

Los ojos de Rose fueron atraídos por otro retrato, una joven mujer de cabello dorado y ojos azules. —¿Y quién es esta? —preguntó, acercándose para estudiar la pintura—. Es encantadora.

Una sonrisa indulgente suavizó el rostro de Henry. —Esa es mi abuela, la dama que domesticó a la bestia —dijo, con la voz cálida de afecto—. Murió cuando yo era niño, pero recuerdo que tocaba el pianoforte. Creo que era bastante talentosa.

Rose sintió una punzada de nostalgia. —Mi madre también tocaba —dijo, con la voz teñida de tristeza—. Pero no recuerdo que lo hiciera con gran habilidad. —Forzó una sonrisa, esperando sacudirse el agridulce recuerdo—. En eso, milord, se dice que me parezco a ella.

Los ojos verdes de Henry brillaron divertidos. —¿Quieres decir que no eres una música talentosa, señorita Sheffield? —bromeó—. Debo confesar que estoy decepcionado. Pensé que todas las señoritas bien educadas sobresalían en música y acuarelas.

La diversión de Rose se desvaneció, reemplazada por una aguda punzada de amargura. Se volvió hacia el retrato, con la voz repentinamente tensa. —Una señorita bien educada, milord, jamás soñaría con sobresalir en nada —dijo con una risa forzada—. Hacerlo podría llevar a que la etiqueten como inteligente, o peor aún, intelectual. Y debe saber que eso nunca estaría bien.

Henry frunció el ceño, disipándose la atmósfera juguetona entre ellos. —¿Por qué no? —preguntó, con tono serio ahora—. Mejor ser considerada inteligente que tonta, me parece.

—Eso es porque usted es un hombre —replicó ella, con la voz teñida de frustración—. Se espera que un hombre tenga cerebro y se le concede permiso para usarlo. Pero si una mujer hace lo mismo, se considera una impropiedad. Los hombres sacudirán la cabeza, la llamarán bachillera, y se quedará solterona antes de tener siquiera una oportunidad.

La expresión de Henry se ensombreció, y se irguió en toda su estatura. —Creo que está siendo bastante injusta en su evaluación de los hombres, señorita Sheffield —dijo, con voz fría—. Los hombres no son los únicos que juzgan. Las mujeres son igualmente culpables de etiquetar a los demás.

—Puede ser —replicó Rose, con las mejillas enrojecidas de enojo—. Pero un hombre puede llevar su reputación como una insignia de honor. Una mujer, en cambio, verá su reputación arruinada por el mismo comportamiento.

La mandíbula de Henry se tensó, sus ojos brillando con fría ira. —Si realmente cree eso, señorita Sheffield, entonces es más tonta de lo que imaginaba —espetó, con voz tan fría como la escarcha invernal—. Ahora, si me disculpa, debo ir a cambiarme. Que tenga un buen día.

Con eso, giró sobre sus talones y salió de la habitación, dejando a Rose mirándolo furiosa, con el corazón latiendo aceleradamente tras su acalorado intercambio.

Tres días después de su confrontación, Rose estaba sentada en el estudio de la condesa, con una pila de cartas extendida frente a ella. Lady Beatrice mantenía correspondencia con lo que parecía ser la mitad de la alta sociedad, y uno de los deberes de Rose era ayudar a clasificar el correo diario. Acababa de entregarle una carta a la condesa y estaba en proceso de abrir otra cuando escuchó a Lady Beatrice suspirar profundamente.

—¿Sucede algo malo, milady? —preguntó Rose, levantando la vista de la carta en sus manos.

—No, no, nada de importancia. —Lady Beatrice dejó la carta a un lado con otro suspiro—. Es de mi querida amiga, Lady Amberley. Regresa a Derbyshire la próxima semana y desea visitarme.

—Ya veo —respondió Rose, insegura de la fuente de la angustia de la condesa—. ¿Desea que escriba una carta de disculpa, milady?

—¿Qué? No, no —Lady Beatrice negó con la cabeza—. Estoy deseando ver a Harriet de nuevo. Es solo que... —Su voz se apagó, y tomó su taza de té, mirando fijamente sus profundidades.

—¿Es solo qué, milady? —la animó Rose suavemente.

—Es solo que Harriet trae consigo a sus sobrinas y una amiga —dijo Lady Beatrice, con la voz llena de aprensión—. Y no soy yo a quien están interesadas en conocer, sino a Henry. Harriet pretende presentárselas a mi hijo, y me temo que eso es bastante imposible.

Rose frunció el ceño. —¿Pero por qué? —preguntó, completamente desconcertada—. ¿No debería estar agradecida de que Lady Amberley desee presentar a su señoría a jóvenes elegibles? No puede haber muchas mujeres casaderas en esta parte de Derbyshire.

—¡Ese es exactamente el problema! —Lady Beatrice juntó las manos con agitación—. Solo quedan un puñado de jóvenes que no se desmayan con la mera mención del nombre de Henry, ¡y ahora Harriet trae dos más para el té! Si Henry las asusta, como ha hecho con todas las demás, ¿qué será de él? ¡Morirá soltero, y el linaje morirá con él!

La angustia de la condesa dejó a Rose momentáneamente sin palabras. Nunca se le había ocurrido que los hombres pudieran sufrir la misma presión de sus familias para casarse que las mujeres. La revelación le pareció muy divertida, pero estaba claro que Lady Beatrice no compartía su sentimiento, así que sabiamente se guardó su humor para sí misma.

—Entiendo su preocupación, milady —dijo Rose cuidadosamente—, pero si el conde no tiene interés en estas damas, ¿no permanecerá soltero de todos modos?

—Quizás —concedió Lady Beatrice, luciendo tan infeliz que Rose se compadeció de ella—. Pero esperaba poder hacerlo más... aceptable. Debes estar de acuerdo en que ninguna dama en su sano juicio se casaría con él tal como es ahora.

—¡Milady! —Rose la miró con asombro. Las duras palabras de la condesa le recordaron las discusiones que había tenido con su propio padre, y le dolía pensar que Lady Beatrice pudiera hablar tan desconsideradamente de su hijo.

Al ver la expresión atónita de Rose, Lady Beatrice se sonrojó. —Ahora piensas que soy la madre más antinatural que existe —murmuró, con los ojos empañados de lágrimas—. Y supongo que tienes razón. Pero me preocupo por Henry. Quiero que sea feliz. Quiero que se case. Y nunca lo hará si sigue comportándose de manera tan... grosera.

Las lágrimas de la condesa ablandaron el corazón de Rose, aunque todavía estaba algo molesta con Henry. —No he observado que su señoría se comporte con ninguna verdadera impropiedad —mintió, evitando la mirada penetrante de Lady Beatrice.

—Oh, vamos —se burló Lady Beatrice—. Lo dejaste inconsciente con un calentador de cama a los pocos segundos de conocerlo. Lo dejaste tieso, según Mabel.

Rose se sonrojó de vergüenza.

—¡Se metió a la fuerza en mi habitación! ¿Qué más podía hacer?

—No te estoy condenando, querida —Lady Beatrice desestimó su protesta con un gesto de la mano—. Te comportaste como lo haría cualquier dama en circunstancias similares. Pero mi punto es que Henry no tenía derecho a entrar a la fuerza en tu habitación. Y esa conducta brutal es exactamente por lo que es tan inadecuado como pretendiente. ¿Te imaginas cómo respondería una joven dama de crianza delicada ante tal provocación? ¡Se desmayaría en el acto! Y cualquier esperanza que tenga de casarlo se esfumaría.

—Quizás —concedió Rose, recordando la reacción de la señorita Masterson ante el conde—. Pero aún creo que se preocupa demasiado, mi lady. Además, ¿qué puede hacer al respecto? El conde es un hombre adulto. Difícilmente cambiará sus costumbres a estas alturas.

Los ojos de Lady Beatrice brillaron con astucia mientras se inclinaba más cerca.

—Exactamente. Por eso nosotras —tú y yo— debemos cambiarlas por él.

Capítulo Ocho

Cielos, estaba agotado. Henry se apartó el cabello húmedo de la frente mientras subía cansadamente los escalones de la entrada que conducían a la casa. Había sido un día infernal, lleno de trabajo extenuante y frustrante, y lo único que deseaba era engullir la cena y meterse en la cama. Incluso estaba contemplando la idea de prescindir por completo de la comida cuando la puerta se abrió y su mayordomo lo recibió con una reverencia.

Henry se detuvo a medio paso, frunciendo el ceño mientras estudiaba al hombre mayor. Williams llevaba poco tiempo con él, pero Henry sabía que el mayordomo se creía demasiado importante como para abrir la puerta cual simple lacayo. Que lo estuviera haciendo ahora no presagiaba nada bueno, y Henry suspiró, resignándose al hecho de que su esperanza de tener una velada tranquila estaba a punto de desvanecerse.

—¿Qué sucede, Williams? —preguntó con pesadez, despidiéndose en silencio de la pacífica noche que había anhelado.

—Su señoría y la señorita Sheffield lo esperan en el salón, milord —entonó Williams, con el rostro impecablemente inexpresivo a pesar de la apariencia desaliñada de Henry—. Han pedido que se reúna con ellas allí.

Henry contuvo una maldición.

—¿Ahora? —No hizo ningún esfuerzo por ocultar su desagrado.

Williams arqueó una de sus pobladas cejas con el tipo de frío desdén que solo un mayordomo experimentado podía mostrar.

—Estoy seguro de que su señoría entendería si desea cambiarse primero, milord —ofreció con un resoplido—. ¿Debo informarle que estará con ella en breve?

Henry echó un vistazo a su chaqueta polvorienta y sus pantalones manchados de hierba. No estaba en condiciones de honrar nada que no fuera un establo. Abrió la boca para aceptar, pero

entonces algo obstinado y rebelde se apoderó de él. Que el diablo se lo lleve, pensó, apretando los labios con impaciencia. Si su madre y la señorita Sheffield estaban tan ansiosas por verlo, estaría encantado de complacerlas, sucio como estaba.

—¿El salón, dices?

—Sí, milord —respondió Williams, con los rasgos endureciéndose, el más leve atisbo de ansiedad cruzando su rostro—. Sin embargo, creo que debería... —El mayordomo se interrumpió, con resignación en los ojos mientras Henry pasaba bruscamente junto a él.

La puerta del salón estaba cerrada, y Henry la abrió de un empujón impaciente, con la mandíbula tensa mientras se preparaba para lo que fuera que le esperara. Dentro, su madre y la señorita Sheffield estaban sentadas junto a un fuego crepitante, el calor de la habitación en marcado contraste con la tensión que hervía dentro de él.

—¿Deseabas verme, madre? —Su voz sonó fría, y no hizo ningún ademán de acercarse más.

Si Lady Beatrice notó su tono hosco, no lo demostró. En cambio, le sonrió radiante, con los ojos brillantes de placer disimulado.

—¡Oh, Henry, ahí estás! —exclamó alegremente, extendiendo los brazos como si recibiera a un héroe conquistador—. ¡Deja de quedarte en la puerta y ven a saludar a tu madre como es debido! ¡Hace días que no te veo!

Una punzada de culpa atravesó a Henry ante su entusiasmo. Se apartó de la puerta, su fastidio momentáneamente controlado.

—Me viste ayer —le recordó, aunque su sonrisa se suavizó mientras se acercaba para besarle la mejilla. Se veía más saludable, menos pálida de lo que había estado recientemente, y esa constatación alivió parte de su frustración.

—Sí, te vi —replicó Lady Beatrice con un bonito puchero—, pero solo me ofreciste unas pocas palabras antes de salir corriendo. ¡De no haber sido por la querida Rose, me habría quedado conversando con el syllabub!

La imagen de su madre hablando seriamente con un plato de postre hizo que los labios de Henry se curvaran con diversión.

—Mis disculpas, madre, pero como te dije, Lady Townes estaba pariendo y...

—Sí, sí, lo sé —lo interrumpió, desechando su explicación con un gesto elegante de la mano —. Y no te estoy regañando exactamente, ¿verdad, querido? —Se volvió hacia su acompañante, buscando confirmación.

—En efecto, no lo está haciendo, milady —aseguró Rose con una sonrisa cómplice.

—¿Lo ves? —Lady Beatrice le lanzó a Henry una mirada triunfante y palmeó el sofá a su lado —. Ahora siéntate y cuéntanos cómo has pasado tu día. Claramente has estado entre las vacas, si tu atuendo es un indicio.

Antes de responder, Henry aceptó el té y el plato de delicias que la señorita Sheffield le entregó.

—Hemos trasladado el rebaño al pasto del norte —comenzó, inseguro de cuánto detalle era apropiado para los oídos de una dama—. Todos los terneros han nacido, y es hora de que empecemos a engordarlos para el mercado. Si los precios se mantienen, obtendremos una buena ganancia para el otoño.

—¡Qué maravilloso! —Su madre irradió orgullo—. ¿Te dije que mi hijo es brillante? —le preguntó a Rose, su tono presumido haciendo que Henry se sintiera claramente incómodo—. Sabe exactamente lo que hace.

—Ciertamente parece muy competente —respondió Rose, lanzando a Henry una sonrisa juguetona que le provocó una inesperada emoción—. ¿Qué hará su señoría una vez que los animales y los cultivos estén atendidos? —preguntó, con un tono cálido de interés—. ¿Irá a Londres?

Henry hizo una mueca ante la sugerencia.

—Dios, no —murmuró, recordando su última y miserable visita a la ciudad—. La única razón por la que un hombre cuerdo iría allí sería para asistir al Parlamento, y como la sesión termina la próxima semana, no veo motivo para molestarse. Además —añadió, ocurriéndosele de repente —, con el fin de la temporada, todos habrán regresado al campo.

Su madre y Rose intercambiaron una mirada de complicidad, y Lady Beatrice levantó su taza de té, con un tono brillante de picardía.

—Qué interesante que menciones eso —comenzó, haciendo que Henry sospechara instantáneamente—. Nunca adivinarás quién me ha escrito... ¡Harriet!

—¿Harriet quién? —preguntó, aunque sospechaba hacia dónde se dirigía esto.

—Vamos, Henry, no te hagas el obtuso. —Frunció el ceño—. Sabes perfectamente bien que me refiero a mi querida amiga, Lady Amberley.

—Ah, sí. —Henry logró no estremecerse ante el pensamiento de la condesa insípida—. ¿Y cómo está?

—Tan bien como se puede esperar, considerando su edad —respondió Lady Beatrice, olvidando convenientemente que Lady Amberley era solo tres años menor que ella—. Llega a

casa la próxima semana, y pensé que sería agradable invitarla a tomar el té. Con tu permiso, por supuesto.

—Madre —Henry dejó su taza a un lado y tomó la mano de ella entre las suyas—. Sabes que puedes invitar a quien quieras. Esta es tu casa, después de todo.

—Por supuesto que lo sé, querido —le apretó la mano suavemente—. Pero la última vez que tuve invitados, estuviste tan distante que se marcharon muy ofendidos. Harriet es una de mis amigas más antiguas y no quiero someterla a ella ni a sus invitados a un trato similar. Pensé que lo mejor sería pedirte permiso.

Henry se sonrojó ante la reprimenda. Recordaba aquel incidente demasiado bien. Había intentado ser agradable con las jóvenes en cuestión, pero ellas habían reaccionado como si él pretendiera ultrajarlas en el acto. Una incluso se había desmayado cuando simplemente le ofreció mostrarle el invernadero de naranjos.

El recuerdo ensombreció su humor, pero al mirar los ojos esperanzados de su madre, no pudo negarse. ¿Qué clase de hijo sería si le negara este pequeño placer?

—Invita a quien quieras, madre —dijo suavemente, llevándose la mano de ella a los labios—. Prometo que seré el colmo del encanto.

Su madre sonrió, parpadeando.

—Muy bien —dijo mansamente—. Si estás seguro de que no te importa.

—En absoluto —mintió—. De hecho, estoy seguro de que la señorita Sheffield también agradecerá la compañía.

Rose encontró su mirada, con diversión bailando en sus ojos.

—La compañía siempre es una distracción bienvenida, milord —dijo, con un tono engañosamente suave, pero el brillo en sus ojos dejaba claro que veía a través de él.

—¡Pues bien, está decidido! —Lady Beatrice juntó las manos, con los ojos brillantes de emoción—. Rose, querida, toca la campanilla para llamar al lacayo.

—Ciertamente, milady —Rose hizo lo que se le pidió, y luego ofreció—: ¿Desea que la acompañe arriba?

—¡Cielos, no! —Lady Beatrice se rió—. No puedo componer una sola palabra con alguien revoloteando a mi alrededor. Quédate aquí con su señoría. Estoy segura de que ustedes dos tienen mucho de qué hablar.

Henry le lanzó a Rose una mirada evaluadora. Ella parecía sorprendentemente imperturbable ante la idea de quedarse a solas con él. La mayoría de las mujeres solteras de su conocimiento se

escandalizarían ante tal noción. Le pareció sospechoso que su madre, generalmente obsesionada con la propiedad, los dejara sin carabina. Sus ojos brillaron de curiosidad.

Una vez que su madre fue escoltada fuera de la habitación, Henry se volvió hacia Rose, con diversión tirando de sus labios.

—La sutileza nunca ha sido uno de los puntos fuertes de mi madre —comentó—. ¿Espero que no te importe?

Rose sonrió, aliviada de que no se hubiera ofendido por las maquinaciones de Lady Beatrice.

—En absoluto, milord. Solo espero que usted no se ofenda por su... obviedad.

—En lo más mínimo —dijo él, su voz suavizándose mientras su mirada se demoraba en ella—. Supongo que mi astuta madre está tramando algo —su mirada se encontró con la de ella en un innegable desafío—. ¿Tienes alguna idea de qué podría ser ese algo?

Rose dejó su taza de té a un lado, aceptando el desafío con presteza.

—De hecho, creo que sí —dijo, con voz serena—. Lady Beatrice está ansiosa por la visita de Lady Amberley, pero sentía que la perspectiva de compañía no es de su agrado. ¿Es eso cierto?

Henry se sorprendió por la audaz demanda.

—Qué tontería —murmuró, frunciendo el ceño mientras desviaba la mirada—. Escuchaste lo que le dije a mi madre, señorita Sheffield. No tengo objeciones a los visitantes. Puede invitar a quien le plazca.

—No tener objeciones difícilmente es un testimonio brillante, milord —Rose trató de no hacer una mueca ante la culpa que la punzaba mientras pronunciaba el discurso cuidadosamente ensayado que ella y la condesa habían preparado—. Su madre teme que usted sea miserable con una casa llena de invitados, y está dispuesta a sacrificar su propia felicidad para garantizar la suya.

—¡Pero eso es ridículo! —protestó Henry, claramente horrorizado por la noticia—. Le he dicho una docena de veces que yo... —su voz se apagó mientras la sospecha parpadeaba en sus ojos—. ¿Una casa llena de invitados? —repitió lentamente—. Pensé que estábamos hablando de Lady Amberley viniendo a tomar el té.

—Y así era —asintió Rose, manteniendo su tono compuesto—. Pero su madre ha estado diciendo cuánto anhela ver a sus viejas amigas de nuevo. Ya que no puede viajar más, tiene mucho más sentido que ellas vengan a verla a ella, ¿no está de acuerdo?

Henry se levantó de su asiento y comenzó a pasearse, su energía inquieta era palpable.

—Por supuesto que estoy de acuerdo —dijo con un suspiro, pasándose una mano por el cabello oscuro. Los mechones cayeron en desorden alrededor de su cuello, haciéndolo parecer aún más

indómito—. Es solo que...

—¿Solo qué, milord? —presionó Rose suavemente, sin perder de vista el destello de vulnerabilidad en su expresión.

Henry se detuvo frente al espejo sobre la chimenea, su reflejo sombrío. Los esfuerzos del día habían dejado su cabello desordenado, y la chaqueta áspera y gastada por el trabajo que llevaba solo añadía a la impresión de un hombre más adecuado para lo salvaje que para la sociedad educada. Sus labios se curvaron en una sonrisa amarga. El Buey de Oxford, lo habían llamado. ¿Qué dirían los invitados de su madre si lo vieran ahora? Se apartó del espejo con disgusto.

—Es solo que tanto usted como mi madre tienen razón —admitió al fin, bajando la mirada al suelo—. Me siento incómodo con los extraños, pero eso no significa que ella deba sufrir por mis defectos —levantó los ojos para encontrarse con los de Rose, algo crudo parpadeando en sus profundidades—. Por favor, asegúrele que quiero que invite a tantas personas como desee. Me las arreglaré.

Rose pudo ver el peso de su incomodidad, la sinceridad en sus palabras, y algo se ablandó dentro de ella. Pero su tarea no había terminado.

—Puedo decirle lo que usted desee, señor —respondió cuidadosamente—, pero dudo que sirva de mucho. A menos que su madre lo vea actuar verdaderamente como si estuviera cómodo con los invitados, es poco probable que invite a alguien en absoluto.

Henry frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir —dijo Rose, reuniendo cada onza de compostura—, que las palabras por sí solas no la convencerán. Si realmente desea tranquilizarla, necesitará mostrarle —de manera convincente— que no le importa tener una casa llena de invitados.

—¿Y cómo se supone que voy a lograr eso? —exigió, con frustración burbujeando en su voz. Se maldijo a sí mismo por ser la razón por la que su madre había estado sin compañía durante tanto tiempo.

Rose se ocupó rellenando sus tazas, su corazón se encogió al ver el tumulto interno nublando los ojos de él. Fuera lo que fuese lo que causaba su recelo hacia la gente, se dio cuenta de que no era un mero capricho. La tentación de abandonar su plan y ofrecerle consuelo en su lugar surgió dentro de ella, pero no podía soportar la idea de decepcionar a la condesa. Continuó, forzándose a mantener la compostura mientras le entregaba su té.

—La señora Amberley llega dentro de una semana —comenzó con cautela—. Quizás mientras tanto, podría esforzarse más por socializar. Un paseo a caballo por el pueblo o invitar a algunos

amigos sería un buen comienzo. Tiene amigos, ¿verdad? —añadió apresuradamente, abriendo los ojos como si la posibilidad de que no los tuviera se le hubiera ocurrido por primera vez.

A pesar de su humor sombrío, Henry no pudo evitar sonreír ante su repentina preocupación. —No soy tan monstruo como para haber alejado a todo el mundo —le aseguró con sequedad—. Sebastian Westwood vive a poco más de un kilómetro de aquí. Está en Londres por el Parlamento, pero tengo varios buenos amigos.

Rose se relajó, aunque la tensión entre ellos seguía siendo palpable. —¿Y qué hay de sus vecinos? —insistió, esperando mantener la conversación en marcha. El pensamiento la golpeó inesperadamente: Si tan solo sonriera más, la casa estaría repleta de damas ansiosas, todas desesperadas por captar su atención.

Henry pensó en el vicario local y su esposa, sus invitados habituales cuando la formalidad lo dictaba. Era una opción, pero no una que lo llenara de entusiasmo. Aun así, si ayudaría a su madre, podría soportar su compañía de nuevo. —Quizás el vicario —reflexionó—. Y el terrateniente Seeley. Hay una sección de su tierra de la que he querido hablar—

—No —interrumpió Rose, negando firmemente con la cabeza—. Tomar el té es una ocasión social, milord. Si su madre sospecha que ha invitado al terrateniente para hablar de agricultura, estaremos de vuelta donde empezamos.

Apretó los dientes, sabiendo que ella tenía razón. —Muy bien, entonces. ¿A quién más sugiere?

—Necesitamos más de cuatro personas —respondió Rose con aire decidido, su mente trabajando a toda velocidad—. Y, por supuesto, necesitaremos damas y caballeros solteros para completar los números. ¿Conoce a algún candidato elegible?

Henry quería sugerir que abandonaran toda la farsa, pero veía que ya no había vuelta atrás. —Los Hartford tienen varias hijas —dijo al fin, con tono resignado—. Se supone que son despampanantes, y se quedaron en casa esta temporada debido al luto.

—¿Despampanantes, dice? —repitió Rose, tratando de ignorar la extraña punzada que la atravesó al pensar en esas supuestas "despampanantes" invadiendo Thornfield. Imaginó la casa repleta de mujeres elegantes y refinadas, todas compitiendo por la atención de Ashbourne, y una ola de algo agudo e indeseado se asentó en su pecho.

De repente se preguntó, ¿alguien la llamaría alguna vez despampanante? De alguna manera, lo dudaba. Su reputación de mujer testaruda la había seguido durante tanto tiempo que a menudo eclipsaba cualquier otra cosa. Y sin embargo, la idea la carcomía, a pesar de sí misma—¿pensaría alguna vez el conde en ella de esa manera?

La pregunta la golpeó como un mazazo, desestabilizándola hasta la médula. La mera posibilidad de que pudiera importarle su opinión la sacudió, y rápidamente enterró el pensamiento mientras volvía su mirada hacia él. Pero la respuesta persistía, burlándose de ella tanto como la tensión entre ellos.

—¿Quién más? —preguntó, con la voz demasiado alegre, desesperada por alejarse del peligroso camino que habían tomado sus pensamientos.

Henry estaba a punto de replicar que él no era precisamente una casamentera que llevara la cuenta de cada hombre elegible del condado, cuando de repente surgió un nombre.

—¡Nate! —exclamó, sus ojos verdes chispeando con una energía que hizo que Rose se detuviera, tomando nota del cambio en su expresión.

—¿Quién?

—El Honorable Nathaniel Langford, hijo menor del Conde de Eastwick —explicó Henry, empezando ya a disfrutar de la perspectiva de que su casa se llenara de invitados—. Está establecido en Derby cuando no está en Londres, y recuerdo que dijo que volvería temprano. Si ha regresado, estará más que encantado de asistir. De hecho, Nate siempre está rodeado de jóvenes ansiosos por seguirle. ¿Debo escribirle?

—Si fuera tan amable, milord —respondió Rose, aunque había una opresión en su pecho. No había anticipado su propia reacción ante la idea de que Thornfield fuera invadida por tales hombres. La mera idea de una casa llena de los amigos elegantes y libertinos de Nate Langford la inquietaba, aunque no podía entender muy bien por qué. El conde le dirigió una mirada curiosa, sintiendo que había algo más.

—¿Hay algo más, señorita Sheffield? —La aguda mirada de Henry no pasaba por alto mucho —. ¿Debo ocuparme también de los refrigerios?

Ella echó la cabeza hacia atrás, tratando de ocultar su creciente inquietud. —La condesa y yo nos ocuparemos de la comida —replicó con aspereza—. Todo lo que requerimos de usted es su presencia.

—Debe haber algo más —insistió Henry, sus ojos estrechándose ante su incomodidad—. Vamos, señorita Sheffield, suéltelo. Prometo no perder los estribos.

Rose dudó, pero la intensidad de su mirada hacía imposible retroceder. —Es... su ropa —soltó finalmente, su voz temblando ligeramente. Sus mejillas se sonrojaron por el calor de la vergüenza, pero ya no había vuelta atrás—. Me perdonará, espero, pero no pude evitar notar que usted...

—¿Que yo qué? —El tono de Henry se agudizó, el destello juguetón en sus ojos desapareciendo mientras dejaba su taza y cruzaba los brazos sobre su pecho. Su amplio pecho—. No se detenga ahora, señorita Sheffield. ¿Qué es lo que de mi guardarropa la deja tan sin palabras? ¿El color? ¿O quizás el corte?

Rose tragó saliva. —Es todo, si debe saberlo —espetó, decidiendo que el arrogante bruto no merecía su contención—. Lo primero que noté de usted fue lo mal que le quedaba la ropa, años fuera de moda. De hecho, lo único que posee que es remotamente apropiado es su atuendo de montar, ¡y difícilmente puede llevar eso para tomar el té!

Los ojos de Henry brillaron de furia, su postura volviéndose más rígida. —¿En serio? —Su voz era gélida—. Entonces quizás no esté tan al día como cree. Según el último número de Le Beau Monde, ¡llevar la ropa de montar en el salón está de moda!

Rose respondió sin pensar. —Quizás, ¡pero solo si las chaquetas están adecuadamente confeccionadas y no parecen a punto de reventar por las costuras!

Las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas, y mientras su mirada se demoraba en él, no pudo evitar notar cómo su abrigo se tensaba sobre la amplia extensión de su espalda y hombros. No era solo el corte de la tela, se dio cuenta. Era él, el tamaño crudo y poderoso de él. Sus brazos, gruesos de músculo por trabajar la tierra, llenaban las mangas de una manera que ninguna confección de moda podría contener. Había algo profundamente masculino en ello, un calor que hizo que su estómago revoloteara, y rápidamente apartó la mirada, reprendiéndose por una reacción tan poco femenina.

—Oh, cielos —susurró ella, sintiendo el peso de su irreflexión caer sobre ella—. Qué gata terrible debe pensar que soy. No quise... Lo siento, mi lord.

La ira de Henry se desvaneció al ver el remordimiento en sus ojos. —Soy yo quien debería disculparse —dijo en voz baja, con un tono suavizado—. Prometí que no me ofendería, y sin embargo aquí estoy, respondiéndole bruscamente cuando solo estaba dando la opinión que le pedí.

—Sí, pero fui innecesariamente cruel —admitió Rose, aún ardiendo de vergüenza—. Odio cuando la gente me critica, independientemente de si he pedido su opinión o no. Solo espero no haberlo herido más allá de la reparación.

Inclinó la cabeza, con una expresión tan contrita, tan sincera, que Henry no pudo evitar sonreír a pesar de sí mismo. —No estoy ofendido, señorita Sheffield —dijo, con las comisuras de los labios elevándose en una sonrisa reticente mientras alcanzaba su taza de té una vez más.

—Bien —suspiró ella, con un alivio palpable mientras dirigía su atención a su propio té.

Pasó un momento en silencio antes de que Henry se inclinara hacia adelante, con picardía bailando en sus ojos. —Entonces, ¿qué piensa hacer al respecto?

—¿Perdón?

—Mi guardarropa, señorita Sheffield —su tono era ahora completamente burlón, disfrutando de su mirada de confusión—. Después de esa crítica mordaz, solo puedo asumir que ha venido preparada con una solución.

Las mejillas de Rose se encendieron de nuevo, pero no iba a dejar que él tuviera la última palabra. —No precisamente, mi lord —balbuceó, su sonrojo profundizándose ante su expresión presumida—. Aunque iba a sugerir que le pidiera al señor Langford el nombre de su sastre. Si vive en Londres, seguramente sabrá qué está de moda.

Henry se rio, pensando en el guardarropa perfectamente confeccionado de Nate. —Oh sí, Nate es todo un dandy, pero difícilmente creo que un sastre de Londres nos sea de mucha utilidad aquí.

—Quizás no, pero seguramente conoce a alguien en Derby —dijo Rose, ansiosa por mantener la conversación en marcha—. Tendremos que actuar rápidamente si esperamos tenerlo apropiadamente vestido para la próxima semana.

Henry arqueó una ceja. —¿La próxima semana?

—Para el té —le recordó ella, su tono más autoritario ahora que estaban de vuelta en el tema—. Estaba pensando en el miércoles por la tarde, si le parece bien.

Él le dio una mirada burlonamente solemne. —¿Oh? ¿Realmente tengo voz en este asunto?

—Por supuesto —respondió ella con un tono de reproche, enfrentando su burla de frente—. Si el miércoles no le conviene, podemos cambiarlo al jueves.

Los labios de Henry se crisparon, pero mantuvo la compostura. —El miércoles está bien —dijo, con voz deliberadamente seria—. ¿Alguna hora en particular el miércoles, o simplemente debo esperar junto a la puerta por si se me necesita?

Rose le lanzó una mirada suspicaz pero no pudo evitar reírse. —A las dos —dijo con firmeza —. Y también agradecería que se pusiera a disposición las próximas tardes.

—¿A disposición? —Levantó una ceja—. ¿Para qué exactamente?

—Para sus pruebas, por supuesto —respondió ella, como si le hablara a un niño—. En el momento en que sepamos el nombre del sastre del señor Langford, planeo enviar por él de inmediato. Cuanto antes le prueben su nuevo guardarropa, mejor.

Capítulo Nueve

Dos días después, Rose trabajaba arduamente en el estudio que Lady Beatrice había destinado para su uso. La fiesta del té se había transformado de alguna manera en una fiesta de jardín, y la lista de invitados se había hinchado hasta incluir a casi treinta personas. Peor aún, no mostraba señales de detenerse. Había intentado mencionar sus preocupaciones, pero la mujer mayor simplemente las había descartado con una risa.

—¡Tonterías, niña! ¿Qué más da una persona más o menos? —había dicho Lady Beatrice, con un tono tan despreocupado como su sonrisa—. Como solía decir mi suegra, es mejor invitar a todos que arriesgarse a ofender a alguien. Tú solo ocúpate de todo, querida, y todo saldrá bien.

Rose no estaba tan segura. El optimismo de Lady Beatrice podría ser inquebrantable, pero Rose comenzaba a experimentar serias dudas sobre su capacidad para organizarlo todo a tiempo. El personal era maravilloso, afortunadamente, e incluso parecía acoger el desafío de preparar la casa. Hasta Lord Ashbourne estaba cooperando, a su manera. En lugar de perder el tiempo con una carta, había cabalgado hasta Derby para visitar a su amigo y había regresado no solo con el nombre del sastre del Sr. Langford, sino también con un nuevo ayuda de cámara, un hombre pequeño y de constitución delicada que respondía al nombre de Samuels. Samuels, anteriormente empleado por un reconocido dandi, había asegurado solemnemente a Rose que sería su misión personal "poner a su señoría a la altura".

El clima también estaba cooperando. Los días fríos y húmedos habían dado paso a una cálida luz solar y suaves brisas de verano, y el jardín era un tumulto de rosas y claveles. Mirando por la ventana las vibrantes flores, Rose tuvo que admitir que las cosas iban notablemente bien.

Excepto por una cosa. Y no tenía nada que ver con la casa, los invitados o incluso Lord Ashbourne.

Llevaba casi una quincena en Thornfield Manor y, aparte de algunos intercambios ásperos con el conde, había logrado comportarse con propiedad. Lady Beatrice la elogiaba sin cesar, e incluso la Sra. Lester, el ama de llaves, había comentado que nunca había visto a una joven más dulce. Pero la propiedad era algo con lo que Rose siempre había luchado. ¿Sería capaz de mantener su fachada cuidadosamente construida una vez que hubiera más gente alrededor? ¿O volvería a sus viejas costumbres, escandalizando a todos con su lengua rápida y su franqueza insoportable?

No es que tuviera la intención de portarse mal. Es solo que nunca había podido encajar en el molde que la sociedad exigía a una joven dama. Su padre la había criado como habría criado a un hijo, y no fue hasta finales de su adolescencia cuando se dio cuenta de que la mayoría de la gente encontraba su comportamiento inaceptable. Descubrir que era considerada una "extravagante" le había dolido y, en respuesta, se había comportado aún más escandalosamente, deleitándose en su bien merecida reputación.

Pero al final, había pagado el precio por su desafío. Las invitaciones habían escaseado en el último año y, con la excepción de Lady Catherine Clare y la nueva Duquesa de Tilton, no tenía verdaderas amigas. Incluso su padre se había vuelto contra ella, condenándola por los mismos rasgos que una vez había inculcado. Eso dolía más que nada. No podría soportarlo si lo mismo sucediera aquí.

Con la frente apoyada contra el frío cristal de la ventana, intentaba sacudirse su melancolía cuando un fuerte alboroto llamó su atención. Al principio, pensó que el ruido venía de fuera, pero luego se dio cuenta de que era de arriba. Frunciendo el ceño, se acercó a la puerta y se asomó al pasillo justo a tiempo para ver al sastre recién contratado por el conde bajando las escaleras apresuradamente, con el rostro reflejando indignación.

—¡Nunca he sido tan insultado! —bramaba, su voz resonando por toda la casa—. ¡Los lugareños tienen razón! ¡El hombre es un monstruo! ¡Un bárbaro! ¡Un filisteo! ¡No desperdiciaré mis talentos con semejante bruto!

A Rose le tomó menos de un segundo darse cuenta de lo que estaba sucediendo. Salió disparada, levantándose las faldas y corriendo tras él. —¡Monsieur! ¡Espere! ¡Por favor, no se vaya! —llamó, sin aliento.

Al pie de las escaleras, el sastre se volvió, con el rostro enrojecido de indignación. —¡He cosido para reyes! —declaró, agitando dramáticamente su cinta métrica hacia ella—. ¡Para emperadores! He sobrevivido a revoluciones, guerras y al *terrible* invierno de Londres, ¡pero no sobreviviré ni un momento más en presencia de ese hombre! Me voy. ¡No intente detenerme!

—¿Qué ha pasado? —Rose se apresuró a interceptarlo, forzándose a no reír ante la imagen del conde aterrorizando al pobre hombre—. Estoy segura de que todo es un malentendido...

—Yo te diré lo que ha pasado —llegó el bajo y furioso arrastre de palabras desde la escalera.

Rose miró hacia arriba. Allí estaba Henry, apoyado contra la barandilla, con los brazos cruzados sobre su amplio pecho y los ojos ardiendo. —Ese hombre quiere ponerme un corsé —dijo, las palabras goteando indignación.

—¡No es un corsé! —replicó el sastre, echando sus rizos con la gracia que una debutante podría envidiar—. Es un dispositivo... ¡de mi propio diseño!... para ocultar las imperfecciones de mis clientes.

Rose se mordió el labio para no reírse ante la imagen de Henry, imponente y ceñudo, siendo encorsetado. Corsé, en efecto.

—Él es demasiado... —El sastre gesticuló dramáticamente hacia su propio cuerpo delgado, buscando las palabras adecuadas—. ¡Demasiado masculino para llevar mis diseños! —Agitó las manos con frustración—. Su pecho es demasiado ancho... —se palmeó su propia caja torácica delgada— ...¡y sus brazos, demasiado grandes! —Hizo un gesto amplio hacia sus propios hombros estrechos—. Si tuviera que ajustarlo, ¡tendría que sacrificar las solapas! Y eso, mademoiselle —dijo con finalidad—, ¡me niego a hacerlo!

Rose se mordió el interior de la mejilla, luchando por contener la risa que amenazaba con burbujear. —Ya veo —logró decir, con la voz temblando mientras luchaba por mantener la compostura. Justo entonces, Ashbourne descendió las escaleras, su expresión tormentosa, y rápidamente se dio cuenta de que su estado de ánimo coincidía con el del sastre. Claramente, era necesario un compromiso si tenía alguna esperanza de salvar la situación, así que se forzó a pensar lógicamente.

—¿Quizás podría diseñar otra chaqueta para su señoría? —Ofreció al iracundo sastre una sonrisa esperanzada, tratando de mediar la paz—. Una con... solapas más estrechas, o...

—¡Mis chaquetas son reconocidas por sus solapas! —interrumpió el sastre, erizado de indignación—. ¡Alterarlas aunque sea un centímetro sería una profanación! No lo haré.

—Tal vez una versión modificada de su... dispositivo —sugirió Rose, su tono más desesperado mientras rezaba para que Ashbourne no estallara ante la idea.

—¡No voy a usar un corsé como una vieja bruja! —espetó él, cruzando los brazos en señal de desafío. Su camisa de lino blanco se estiró ajustada sobre su pecho, atrayendo la atención de ella hacia la anchura de sus hombros... y el rubor en sus mejillas.

—¿Lo ves? —el sastre prácticamente exigió, gesticulando salvajemente con su cinta métrica como si fuera una bandera de batalla—. ¡Ese hombre no tiene sentido de la moda! ¡Un imbécil! —Resopló, volviéndose hacia la puerta—. ¡Me lavo las manos de él y de esta casa!

—¡Espere, monsieur! ¿Qué hay del guardarropa del conde? —La voz de Rose se elevó con desesperación—. Estamos organizando una fiesta en el jardín en unos días. ¿Qué haremos con la ropa?

El sastre se detuvo solo lo suficiente para ofrecerle una sonrisa condescendiente. —Tal vez, mademoiselle, ya que parece tan empeñada en instruirme sobre cómo cortar mis chaquetas, ¿debería diseñarlas usted misma? —Arrojó la cinta métrica a sus pies con un gesto despectivo—. Necesitará esto. —Con eso, salió airadamente, con su nariz puntiaguda en alto, dejando solo el aroma de su indignación tras de sí.

—De toda la imprudencia... —Ashbourne comenzó a avanzar, con la mandíbula apretada como si estuviera listo para estrangular al hombre. Rose rápidamente extendió la mano, sus dedos agarrando su manga. El firme músculo debajo la sorprendió, pero se concentró en calmarlo.

—No importa, mi lord —suspiró, con resignación en su voz—. No tiene sentido tratar de detenerlo. Ya se ha ido.

—¿Detenerlo? —Ashbourne repitió incrédulamente, lanzándole una mirada penetrante—. No iba a detenerlo. Iba a ayudarlo en su camino, preferiblemente con mi bota en su trasero. Si alguna vez vuelve a pisar Thornfield Manor, ¡haré que le disparen!

Rose no pudo evitar compartir su sentimiento, aunque se sintió obligada a aventurar una suave reprimenda. —No debería ser tan duro con el pobre hombre, mi lord —comenzó con un tono firme, aunque su resolución vaciló—. Solo estaba tratando de cumplir con su deber, y...

Su voz flaqueó, y la risa que había estado conteniendo finalmente se liberó. —¿Corsés? —logró decir entre risitas, sus ojos brillando mientras lo miraba.

—Estaban cosidos en el frente de la chaqueta —respondió Ashbourne, sus labios contrayéndose en una sonrisa—. Ingenioso, debo concederle eso, pero malditamente incómodo. Cuando me puse esa cosa miserable, apenas podía respirar. —Dio un paso más cerca, sus ojos bailando con picardía mientras añadía provocativamente—: Ahora entiendo lo que ustedes, pobres damas, soportan en nombre de la moda. Tienen mi eterna simpatía.

El tono cálido de su voz, combinado con el brillo burlón en sus ojos, envió una oleada de conciencia a través de ella. Sus dedos, aún descansando contra el firme músculo de su brazo, de repente se sentían demasiado familiares, demasiado íntimos. Él estaba parado tan cerca ahora que

podía sentir su calor, su aliento una suave caricia contra su mejilla. Su corazón dio un latido inesperado.

Rápidamente, dejó caer su mano y dio un discreto paso atrás, poniendo algo de distancia muy necesaria entre ellos.

—Bueno, parece que estamos justo donde empezamos —dijo Rose, manteniendo su tono ligero a pesar del torbellino que giraba dentro de ella—. La fiesta en el jardín es en menos de una semana, y no tienes una camisa decente a tu nombre.

Henry le dio una mirada pensativa, notando el encantador rubor en sus mejillas y la forma en que sus ojos se negaban a encontrarse directamente con los suyos. Sabía que debería seguir su ejemplo y disculparse, pero se encontró extrañamente reacio a alejarse. Estando tan cerca, podía captar el suave aroma de su perfume, algo delicado y dulce. Se permitió la indulgencia de inhalarlo antes de retroceder a regañadientes.

—Vamos, estás siendo irrazonablemente dura con mi guardarropa —bromeó, igualando su tono—. Las cosas no son tan sombrías como eso.

—Casi —replicó ella, dándole una mirada considerada como si solo ahora notara que estaba en mangas de camisa—. Aunque, esa camisa que llevas parece lo suficientemente adecuada.

—Entonces la usaré y nada más —dijo, con un brillo de picardía en los ojos—. Quizás establezca una nueva moda entre los caballeros.

El color en sus mejillas se intensificó, una reacción que tanto la frustró como la desconcertó. —¡Una moda corta, si las damas tienen algo que decir al respecto! —espetó, furiosa consigo misma por verse tan afectada por su atrevimiento—. ¡La idea de un caballero sin ropa en el salón es insoportable!

—¿Sin ropa, señorita Sheffield? —repitió Henry, sus ojos abriéndose con fingida incredulidad —. Me sorprende. Simplemente sugería ir sin mi chaqueta. ¿Qué pensaste que quería decir? — Entregó la pregunta con tal inocente paciencia que Rose no pudo evitar reír suavemente.

—¡Bribón! —lo acusó, la dura palabra suavizada por la sonrisa en sus labios—. Hablo en serio, ¿sabes? Necesitas ropa nueva.

—No veo por qué —dijo, tomando su brazo y guiándola suavemente hacia el salón—. Tengo un armario lleno de ropa que no he usado en años. ¿No servirán?

—Solo si deseas que te tomen por un excéntrico —respondió Rose, sacudiendo la cabeza—. Bueno, supongo que no tenemos elección. Tendrán que bastar hasta que podamos encontrarte otro sastre.

—Si es como el último, puedes ahorrarte el esfuerzo. Me niego a tener otro petimetre revoloteando a mi alrededor.

—¿Qué sugieres que hagamos, entonces? —preguntó Rose, su irritación filtrándose en su voz. Tanto ella como Lady Beatrice se habían esforzado mucho por el bien del conde, y parecía que lo mínimo que podía hacer era poner algo de empeño en su apariencia.

La brusquedad de su tono llamó la atención de Henry, sus cejas arqueándose con sorpresa. Estaba a punto de sugerir enviar a buscar otro sastre de Derby, incluso ofreciendo pagar el doble por un trabajo urgente, pero ahora... estaba condenado si sugería algo en absoluto. En su lugar, se recostó casualmente contra la chimenea, su actitud deliberadamente indiferente mientras le daba una mirada fría.

—No tengo la más mínima idea, señorita Sheffield —dijo arrastrando las palabras, devolviendo el desafío hábilmente a ella—. ¿Qué sugiere usted?

Sus manos se cerraron a sus costados, y Rose se sintió salvajemente tentada de decirle que podía tomar sus malditas chaquetas y dárselas de comer a los cerdos. Las palabras flotaban en sus labios, listas para salir disparadas, pero las contuvo con un esfuerzo hercúleo. Sus días de decir lo que le placía habían quedado atrás, se recordó severamente. Independientemente de la tentación, controlaría su lengua.

Muy bien, pensó, su pie marcando un ritmo impaciente mientras consideraba el asunto del guardarropa del conde. ¿Qué haría ella? La fiesta en el jardín se acercaba, y un abrigo de día y pantalones apropiados eran claramente la prioridad más urgente. Todo lo demás podía esperar. Sopesando sus opciones, llegó a lo que creía ser la mejor solución para todos los involucrados.

—Sugiero que hagamos que Samuels revise su guardarropa y elija los artículos menos ofensivos —dijo lentamente, hablando en voz alta mientras armaba el plan—. Luego podemos hacer que la modista de su madre realice las alteraciones necesarias para ponerlos al día con la moda actual. —Cruzando los brazos, le dio una mirada que lo desafiaba a objetar—. ¿Qué dice, mi lord?

Su ingenio impresionó a Henry más de lo que le gustaba admitir, pero de ninguna manera iba a dejarle saber eso. En su lugar, fingió considerar la idea, su boca torciéndose en un ceño pensativo mientras la miraba con exagerada deliberación.

—No estoy seguro de que me guste esa idea más de lo que me gustó tener a ese petimetre francés revoloteando a mi alrededor —dijo finalmente, encogiéndose de hombros con despreocupación—. Tendrás que pensar en otra cosa.

Rose, que había esperado que aceptara su idea con la debida gratitud, frunció el ceño molesta. —¿Por qué debería? —exigió—. Es la solución perfecta, y lo sabes.

Él decidió concederle eso, aunque aún no había terminado de jugar con ella. —No voy a permitir que una costurera medio tonta me tome las medidas —declaró, cruzando los brazos mientras le lanzaba su mirada más fría. Esa mirada había hecho temblar a hombres adultos, pero secretamente le complacía ver que no tenía ningún efecto visible en ella. Si acaso, parecía como si quisiera golpearlo en la cabeza con otro calentador de cama.

—Bien —espetó ella, con la paciencia agotándose—. Quizás Samuels...

—No —la interrumpió, disfrutando demasiado—. Es lo suficientemente competente, pero aun así me recuerda demasiado a Monsieur André.

Rose le lanzó una mirada que destilaba desdén. —¿Entonces a quién sugieres, milord? ¿Williams? —La idea del estirado mayordomo realizando tal tarea casi hizo reír a Henry en voz alta, pero mantuvo su expresión perfectamente neutral.

Ya la había provocado lo suficiente, y estaba a punto de aceptar cuando notó que ella aún sostenía la cinta métrica que el sastre le había arrojado. Una idea floreció en su mente, perversa e irresistible. Levantó la mirada para encontrarse con la de ella y le dedicó una sonrisa lenta y deliberada.

—Si estás tan decidida a vestirme como un pisaverde melindroso —dijo arrastrando las palabras, con la voz cargada de desafío—, entonces puedes hacer tú los honores.

Para su inmensa diversión, Rose se tornó de un profundo tono rosado. —¡Lord Ashbourne!

—¿Te opones?

—¡Por supuesto que me opongo! —balbuceó ella, con los ojos muy abiertos—. ¡Es la sugerencia más impropia que he escuchado jamás!

—Y tú, naturalmente, nunca soñarías con hacer nada impropio —replicó él, asintiendo como si estuviera de acuerdo—. Muy bien, señorita Sheffield. Como no deseo hacerte sonrojar, olvidaremos que esta conversación alguna vez tuvo lugar. Si me disculpas, volveré a mi habitación. —Se apartó de la repisa de la chimenea como si tuviera la intención de marcharse.

—¿Pero qué hay de tu guardarropa? —preguntó ella, mordiéndose el labio, con su sospecha evidente.

—¿Qué pasa con él? —Se encogió de hombros con una indiferencia exasperante—. No soy yo quien lo encuentra tan objetable. Si no estás dispuesta a remediar la situación, entonces no hay nada más que decir.

Los dedos de Rose se apretaron alrededor de la pluma. —Tu... tu pecho —murmuró, evitando sus ojos. Esto estaba resultando aún más difícil de lo que había anticipado, y estaba fuertemente tentada a admitir la derrota. Solo el saber que tal cobardía seguramente lo deleitaría le impidió hacer precisamente eso, y mentalmente enderezó su columna mientras se volvía para enfrentarlo.

Tomando una profunda respiración, se acercó una vez más, el calor de su cuerpo haciendo que su piel hormigueara mientras envolvía la cinta alrededor de su amplio pecho. Sus músculos se movieron bajo su toque, y ella podía sentir la profunda subida y bajada de su respiración. Obligándose a concentrarse, Rose se mordió con fuerza el labio inferior, sus pensamientos peligrosamente cerca de divagar. Cómo sería, se preguntó, si esos brazos la rodearan, si sus manos...

Cortó el pensamiento en seco, horrorizada por su propia imaginación. Con un movimiento rápido, tiró de la cinta y anotó apresuradamente la medida, sus dedos temblando.

—Ahí tienes —dijo, empujando el papel hacia él, con la voz tensa—. Puedes presentar esto a la modista.

—¿Ya hemos terminado tan pronto? —Su voz era burlona, y cuando sus dedos rozaron los de ella al tomar el papel, el contacto le envió una descarga inesperada—. ¿Qué hay del resto de mi atuendo? Como ya has señalado, difícilmente puedo hacer mi debut en sociedad vestido solo con una camisa.

Ella sabía exactamente lo que estaba insinuando. —Estoy segura de que tu ayuda de cámara es mucho más capaz de terminar la tarea, milord —logró decir, con la voz temblorosa a pesar de su intento de compostura.

—Más capaz, quizás —dijo él arrastrando las palabras, su mirada demorándose en ella con esa mezcla exasperante de burla y algo mucho más peligroso—, pero dudo que lo disfrutara tanto como yo.

Sus mejillas se encendieron, el calor recorriendo su cuerpo. Ya no podía fingir que solo era irritación lo que sentía. La idea de terminar las medidas, de tocarlo de nuevo, de sentir su piel cálida bajo sus manos, era demasiado. Era peligroso, y era emocionante.

—Vete al diablo —murmuró, arrojándole la cinta mientras retrocedía, desesperada por escapar. Su rica risa la siguió, llenando la habitación, y su pulso se aceleró mientras huía.

Pero mientras Rose se apresuraba por el pasillo, no pudo ignorar la forma en que su corazón retumbaba en su pecho, ni la comprensión de que no era la ira lo que la impulsaba. Estaba huyendo por la innegable atracción que sentía hacia él, un deseo tan feroz que la asustaba. E

incluso mientras juraba hacerle pagar por su burla, una parte de ella se preguntaba... ¿y si la besara?

El pensamiento la dejó sin aliento, sus pasos tambaleándose mientras luchaba por apartarlo. Rose presionó una mano contra su mejilla acalorada, sintiéndose más inquieta que nunca.

¿Qué demonios le estaba pasando?

El día de la fiesta en el jardín amaneció fresco y gris, la alegre promesa de sol enterrada bajo espesas nubes que insinuaban lluvia. Rose estaba de pie en la puerta, mirando hacia el jardín con una expresión tan tormentosa como el clima. El personal había pasado todo el día anterior arreglando mesas y sillas, y la idea de que sus esfuerzos pudieran ser en vano era suficiente para hacer que apretara los puños. Aun así, apartó su decepción y comenzó a trazar planes alternativos en caso de que ocurriera lo peor. Quizás podrían trasladar las festividades al invernadero...

Detrás de ella, el suave sonido de ruedas chirriando por el suelo anunció la llegada de Lady Beatrice. La condesa entró en la habitación con su habitual aire de enérgico mando.

—¡No me digas que está lloviendo! —exclamó Lady Beatrice, despidiendo al lacayo con un gesto brusco.

—Aún no —respondió Rose, apartándose de la ventana—. Pero es probable que lo haga antes de que termine la tarde.

Lady Beatrice soltó un bufido indignado. —Honestamente, a menudo tenemos buen tiempo en esta época del año. Esto es enteramente tu culpa.

—¿Mi culpa? —Rose se volvió, arqueando las cejas ante la acusación.

—Ciertamente. Si hubieras invitado al vicario, como Henry sugirió, esto nunca habría sucedido. Nunca es bueno insultar a Dios, ¿sabes?

Rose no pudo evitar la risa que borboteó. —Fuiste tú quien dijo que el hombre era un aburrido sin paliativos —señaló, hundiéndose en la silla de su escritorio—. Para tu información, milady, sí invité al vicario. Él y su esposa estarán aquí, junto con el resto de tus vecinos.

—Humph. Así que nos predicarán hasta la muerte y nos mojaremos —refunfuñó Lady Beatrice, tamborileando con los dedos sobre el brazo de su silla—. Debo decir que esto es irritante. Nada está saliendo como yo esperaba.

Las palabras afiladas la hirieron, y Rose alzó la vista de la lista de invitados con sorpresa. Había trabajado incansablemente para asegurarse de que todo saliera bien, y pensaba que los preparativos estaban progresando bastante bien.

La condesa, notando su expresión, suspiró. —Oh, querida. No quise sonar tan crítica —ofreció, suavizando su tono—. Has hecho un trabajo espléndido, mi niña. Estoy segura de que será un

éxito. No es la fiesta en sí lo que me preocupa. Es Henry.

Al mencionar su nombre, el estómago de Rose se retorció. Había estado haciendo todo lo posible por evitarlo desde el *incidente de la medición*, pero cuando se cruzaban, lo recibía con la más gélida cortesía que podía reunir. Él, por su parte, parecía infinitamente divertido por sus esfuerzos—tanto que a menudo había deseado borrarle de una bofetada esa insufrible sonrisa de la cara.

Arrogante diablo, se enfureció internamente. ¿Qué le había hecho pensar alguna vez que era frío? Era una bestia burlona y provocadora, y estaba decidida a vengarse. Ahora, si tan solo pudiera decidir cómo.

Irguiéndose, forzó su expresión a una de educada curiosidad. —¿Qué pasa con su señoría? ¿Hay algún problema con su vestuario?

—No, gracias al cielo —Lady Beatrice exhaló con alivio—. Su nuevo ayuda de cámara ha hecho maravillas con esas horribles chaquetas viejas. Henry no se ha visto tan presentable en años —Dudó, sus dedos jugueteando con el delicado encaje de su muñeca—. No, no es su ropa lo que me preocupa. Es el hombre dentro de ella.

Rose parpadeó, desconcertada. A pesar de su actual irritación con él, admiraba a Lord Ashbourne más de lo que quería admitir. Era difícil imaginar algo que pudiera preocuparlo realmente.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, inclinándose hacia adelante.

Lady Beatrice suspiró, su voz suavizándose mientras su mirada se volvía distante. —No conoces a Henry tan bien como yo. No está ni de lejos tan tranquilo con esta fiesta como pretende.

—Sé que aceptó para complacerte —respondió Rose lentamente, recordando cuán reticente había estado el conde inicialmente con la idea—. Pero ha sido muy útil desde entonces. Vaya, fue su sugerencia usar las pequeñas carpas para proteger la comida del calor y los insectos.

—Oh, cumplirá con su deber —dijo Lady Beatrice con una risa sin humor—. Igual que su padre. Pero eso no significa que esté esperando esta tarde con otra cosa que no sea pavor.

Rose frunció el ceño. —¿Por qué? —insistió. Sabía que la fiesta podría ser tediosa para un hombre mundano como Ashbourne, pero algo en el tono de Lady Beatrice sugería que había más que simple aburrimiento.

La condesa dudó, retorciendo sus dedos. —Nunca hablamos de ello —comenzó con cautela—, pero Henry se esconde aquí por una razón. Hay una... tragedia en su pasado. Se enfurecería si supiera que te lo conté, pero creo que mereces entender.

Rose se preparó, lista para escuchar sobre algún terrible escándalo. ¿Un duelo, quizás? Podía imaginar fácilmente al conde, frío e imperturbable, enfrentándose a un oponente con una pistola en la mano. ¿O tal vez una aventura? Sí, eso parecía probable. Se había vuelto loco por una mujer casada, y todo había terminado en ruina...

La voz de Lady Beatrice interrumpió su ensoñación. —Ocurrió el año en que cumplió veintiún años. Su padre y yo insistimos en que viniera a Londres para la temporada.

Las cejas de Rose se fruncieron. Había visto de primera mano cuán cumplidor podía ser Lord Ashbourne, y parecía extraño que hubiera resistido tal invitación. —¿Podría haberse divertido demasiado como para irse? —sugirió, recordando su confianza en situaciones sociales.

La condesa soltó una suave risa. —¡Todo lo contrario! Mientras estaba en Oxford, Henry era terriblemente estudioso. Prefería sus estudios a las juergas... muy diferente a su padre, debo añadir.

Rose se estremeció, recordando el día en las ruinas romanas cuando el conde había demostrado su experiencia académica. —¿Pero lo convencieron de ir a Londres?

Lady Beatrice asintió, su expresión volviéndose más sombría. —Sí. Pero fue un desastre.

Rose levantó la cabeza de golpe. —¿Un desastre?

—Su tamaño, querida —explicó la condesa—. Siempre ha sido mucho más alto y ancho que otros hombres. Y cuando entraba en una habitación, todos se quedaban mirando. Lo hacía terriblemente inseguro.

El corazón de Rose se retorció. Nunca lo había considerado otra cosa que confiado, casi hasta el punto de la arrogancia. La idea de que se sintiera incómodo o fuera de lugar era difícil de conciliar con el hombre que conocía. —Es difícil imaginarlo inseguro —dijo suavemente.

—Ahora, sí. ¿Pero en ese entonces? —Lady Beatrice negó con la cabeza—. Le afectaba mucho. Se retiró de la sociedad, rechazó invitaciones. Y justo cuando pensé que las cosas no podían empeorar, la conoció a ella.

Rose se puso rígida. —¿A ella?

—La señorita Carla Witherspoon, sobrina del Conde de Lindsey —escupió Lady Beatrice, su rostro arrugado por la furia recordada—. Era la sensación de Londres. Rubia, menuda, con rostro de ángel. Todos los hombres elegibles de la ciudad la querían. Incluyendo a Henry. Le propuso matrimonio.

El corazón de Rose dio un vuelco ante la idea. —Pero... ¿ella lo rechazó?

—Oh, hizo más que rechazarlo —dijo Lady Beatrice, su voz temblando de ira—. Se rio de él. Lo llamó... —Se interrumpió, visiblemente agitada—. Ni siquiera puedo decirlo. Incluso después

de todos estos años.

Rose la miró fijamente. —¿Cómo lo llamó?

Los labios de Lady Beatrice se apretaron, sus ojos brillando. —Lo llamó... el Buey de Oxford.

Capítulo Diez

¿El qué?

—El Buey de Oxford —repitió Lady Beatrice, con un tono cortante de indignación—. Esa pequeña víbora lo llamó así después de que tropezara y rompiera una mesa en Almack's. Aunque no fue su culpa, entiéndase —añadió rápidamente—. Otro hombre lo hizo tropezar, alegando que fue un accidente, pero el pobre Henry cargó con la culpa.

El estómago de Rose se retorció.

—Eso es horrible —murmuró, comprendiendo ahora por qué los comentarios del conde sobre las mujeres de la sociedad estaban teñidos de amargura. No era de extrañar que mantuviera al mundo a distancia. Se le ocurrió una idea y no pudo evitar preguntar—: ¿Qué fue de la señorita Witherspoon?

La expresión de Lady Beatrice se oscureció con un resoplido altivo.

—Se casó con el Marqués de Dumfries —dijo, destilando desdén en cada palabra—. Era lo suficientemente mayor como para ser su padre, pero el oro compensa muchas deficiencias, ¿no es así? Ahora que por fin ha estirado la pata, he oído que está a la caza de un nuevo título. Se rumorea que podría honrarnos con su presencia este verano. Ruego que no sea así. Ya será bastante difícil mantener a Henry a bordo con nuestros planes, pero si se entera de que esa mujer está cerca...

—No hace falta que me diga lo que eso significaría —concluyó Rose, imaginando fácilmente al conde retirándose a su solitaria melancolía—. Aun así, me pregunto si no sería mejor advertirle. Después de todo, hombre prevenido vale por dos.

Los ojos de Lady Beatrice se entrecerraron.

—Si Henry llega a oler que ella está en las cercanías, se enterrará en esta finca como un tejón. Prométeme que no dirás ni una palabra al respecto.

Rose dudó. Lo último que quería era desafiar a Lady Beatrice, pero engañar al conde le parecía incorrecto. Henry no apreciaría que lo mantuvieran en la ignorancia, y solo podía imaginar su ira si descubría la verdad más tarde. Pero alterarlo innecesariamente parecía igualmente cruel.

—Está bien —dijo, asintiendo con reluctancia—. Pero si Lady Dumfries viene, insisto en que se le informe a su señoría. Merece saberlo.

La condesa abrió la boca para discutir, pero la cerró de nuevo con un gesto pensativo.

—Como desees, querida. Ahora que hemos resuelto ese asunto, hay algo más de lo que quería hablar.

La curiosidad de Rose se despertó.

—¿De qué se trata, señora?

Lady Beatrice enderezó los hombros, su tono volviéndose resuelto.

—He decidido que en lugar de presentarte como mi dama de compañía, te presentaré como mi *invitada*. Es más o menos la verdad, si lo piensas bien. Charlotte escribió para decir que eras bienvenida aquí.

Rose hizo una mueca, recordando la mordaz carta de su tía abuela de hace dos días. Si se debía creer la diatriba de tres páginas, la anciana estaba lejos de estar divertida por el incidente en la posada. Había informado a Lady Beatrice que si quería "a la pequeña marimacho" bajo su techo, era bienvenida a tenerla. Pero la posdata había sido lo que más le había dolido: hasta que Rose aprendiera a comportarse como una dama apropiada, no sería bienvenida de vuelta al seno de su familia.

—Eso es muy generoso de su parte —dijo Rose, sonriendo a pesar del dolor que el recuerdo le provocaba—. Pero no me importa ser conocida como su dama de compañía. Después de todo, es por eso que Lord Ashbourne me trajo aquí.

—Puede que a ti no te importe, pero a *mí* sí —replicó Lady Beatrice con sorprendente vehemencia—. La gente trata a las damas de compañía y a los parientes pobres como si fueran invisibles, y no permitiré que nadie en esta casa te menosprecie. Créeme —añadió sombríamente —, conozco muy bien el escozor de tales desaires.

Rose alzó una ceja, intrigada.

—¿Ah, sí?

Lady Beatrice hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—Es una vieja historia, niña, y no vale la pena contarla ahora. Quizás algún día, cuando tengamos más tiempo. Por ahora, creo que me retiraré a mi habitación para una siesta.

Rose se levantó inmediatamente para ayudar.

—¿Quiere que la lleve hasta las escaleras?

—Si lo deseas —respondió la condesa, acomodándose en su silla y cubriendo sus piernas con el delantal de cuero—. Será más rápido que llamar al lacayo.

—Siempre me he preguntado por qué no usa una silla de ruedas —reflexionó Rose, guiando la silla por la puerta con facilidad—. Son más pequeñas y no necesitaría que nadie la empujara.

Lady Beatrice la sorprendió al admitir:

—Lo he pensado. Pero no quería ofender a los sirvientes.

—¿Ofenderlos? —Rose miró hacia abajo, desconcertada—. ¿Cómo ofendería eso a alguien?

La condesa suspiró, con voz baja.

—Cuando tuve esa ridícula caída, se preocuparon tanto. No podían hacer lo suficiente por mí, y si tan solo intentaba ayudarme a mí misma, parecían devastados. —Hizo una pausa, y Rose pudo escuchar la frustración detrás de sus palabras—. Si hubiera sabido que toda la casa se sumiría en tal caos por un tonto error, nunca habría... —Se interrumpió abruptamente.

—¿Nunca qué?

—Nunca habría intentado saltar esa maldita valla. —Lady Beatrice rio levemente, desechando el momento—. El orgullo, ¿sabes? Pudo más que yo, y en mi caso, vino antes de la caída.

Llegaron a las escaleras, donde el lacayo, John, apareció como si hubiera sido convocado.

—¡Ah, ahí está John! —exclamó Lady Beatrice, haciéndole señas para que se acercara.

—¿Necesitará algo más, Lady Ashbourne? —preguntó Rose, dando un paso atrás mientras el robusto lacayo levantaba suavemente a la condesa de su silla.

—¡Cielos, no! —Lady Beatrice sonrió cálidamente—. Solo intenta relajarte, querida. Reza para que la fiesta no termine en desastre; es todo lo que cualquiera de nosotros puede hacer.

—Si su señoría tuviera la amabilidad de no moverse, tendré esto atado en un momento —suplicó Samuels, balanceándose de puntillas mientras daba los toques finales a la corbata de Henry—. Solo necesita un tirón más y... ¡ahí está! ¡Perfección!

Henry permaneció quieto, sintiéndose absurdamente fuera de lugar en todo ese alboroto. Nunca había disfrutado de tanta formalidad, la manera en que todos lo trataban como una figura de porcelana para ser pulida y perfeccionada. Siempre se había sentido más cómodo en la silla de montar, lejos de las interminables exigencias de la sociedad. Aun así, Rose estaría allí, y por alguna razón, la idea de que ella lo viera hoy —viéndolo así— hacía que toda la farsa fuera menos insoportable.

Se volvió hacia el espejo, preparándose para la decepción, pero parpadeó gratamente sorprendido. La corbata era elegante, las líneas limpias y nítidas. No tan sofocante como las

monstruosidades que había usado en su juventud. Su reflejo no era exactamente el «Buey de Oxford» que temía ver.

Su mente divagó, sin querer, hacia la forma en que Rose lo había mirado últimamente. No con el desdén que esperaba. No con mera curiosidad. Había algo más en sus ojos, algo que tiraba de esa parte de él que hacía tiempo creía dormida.

—¿Todo es de su agrado, mi lord? —preguntó Samuels, interrumpiendo sus pensamientos.

—Está... bien —murmuró Henry, sorprendido por su propia calma. ¿Realmente estaba a punto de soportar toda una tarde de charlas triviales y cortesías? El pensamiento debería haber sido insoportable. Pero Rose estaría allí, se recordó de nuevo, como si eso de alguna manera lo hiciera valer la pena.

—Estaba preocupado por las solapas —continuó el ayuda de cámara—. Pero le quedan mucho mejor al amplio pecho de su señoría que los cortes más anchos.

Los labios de Henry se curvaron ante el cumplido, pero sus pensamientos no estaban en las solapas. Estaban de vuelta con Rose. Ella tenía una forma de mirarlo que lo hacía sentir expuesto y demasiado consciente de su propio cuerpo. Frunció el ceño al espejo, frustrado por su propia insensatez. ¿Por qué importaba lo que ella pensara? No era más que una invitada. Una distracción, en el mejor de los casos. Pero aun así, esa distracción se había metido bajo su piel.

—¿Está usted completamente seguro de que los caballeros llevan los pantalones tan ajustados? —preguntó, tirando de la tela que se aferraba a sus muslos. La sensación del material le recordaba la forma en que la mirada de Rose se había detenido en él —ya fuera por exasperación o algo más, no podía decirlo. Pero había estado allí, ¿no? ¿Ese destello de interés? O quizás se lo estaba imaginando.

Samuels suspiró, como si explicar tales cosas fuera una tarea ardua.

—Cuanto más ajustado el corte, más favorecedora la silueta —dijo—. Se ve muy apuesto, mi lord. Las damas se desmayarán.

Henry gruñó.

—Esperemos que no. Odiaría pensar que todo este esfuerzo fue en vano.

Bajó las escaleras, sus pasos más pesados de lo habitual mientras se preparaba para la farsa de la tarde. Sabía cómo iría esto: charlas vacías, sonrisas corteses. Todo mientras intentaba fingir que no era demasiado consciente de una mujer en particular.

Pero cuando entró en el vestíbulo, la casa estaba en caos.

Encontró a Rose de pie cerca de la carpa de refrigerios, con la espalda recta, sus manos gesticulando con toda la confianza de un oficial al mando. Estaba en su elemento, organizando el

caos con facilidad. Una parte de él la admiraba por ello —la forma en que parecía navegar incluso las tareas más exigentes sin vacilar. Pero era la manera en que lo miraba, tan inquebrantable, tan audaz, lo que realmente lo intrigaba.

—¿Qué demonios está pasando? —exigió, aunque su irritación estaba más dirigida a la forma en que ella lo inquietaba que al cambio de planes.

—Como estaba planeado, mi lord. Pero parece que el clima tiene otras ideas. —Su voz era suave, calmada, incluso burlona. Se volvió para mirarlo, sus ojos encendidos con esa chispa que siempre lo tomaba desprevenido. ¿Cómo era que ella nunca parecía intimidada por él? Otras mujeres temblaban en su presencia, pero ella no.

Apretó los dientes.

—¿No debería esperar a que caiga la lluvia antes de admitir la derrota?

Los cielos respondieron con un destello de relámpago y un trueno. Rose no se jactó, pero el brillo en sus ojos hablaba por sí solo. Cruzó los brazos, y Henry no pudo evitar notar lo serena que se veía, incluso en medio del caos.

—¿Nubes inofensivas? —repitió ella, su voz engañosamente dulce.

Los labios de Henry se crisparon, la tensión desvaneciéndose.

—Muy bien, señora. Me rindo. —Le hizo una reverencia, y a pesar de sus mejores esfuerzos, no pudo evitar admirar la forma en que ella lo manejaba. Nadie lo había superado así. Era a la vez irritante y embriagador.

Mientras caminaban hacia la casa, se encontró volviendo a pensar en ella una y otra vez. ¿Qué era lo que tenía Rose Sheffield que lo inquietaba tanto? ¿Era la forma en que nunca retrocedía ante un desafío? ¿O era el hecho de que, en su presencia, siempre era agudamente consciente del hombre que era —del hombre que quería ser? No estaba seguro, pero fuera lo que fuese, lo tenía en vilo.

—Lleva una chaqueta nueva —soltó ella, y luego inmediatamente se sonrojó. Su franqueza siempre lo tomaba desprevenido, pero esto —su repentina vergüenza— le hizo sonreír. Ah, así que sí se fija en mí.

—Una de las viejas —dijo, restando importancia al cumplido, aunque estaba absurdamente complacido por ello—. ¿Le gusta?

La forma en que lo miró —sus ojos llenos de aprecio— le oprimió el pecho.

—Se ve maravillosa —admitió ella, su voz suavizándose de una manera que lo hacía sentir... visto. No como el conde, no como el «Buey de Oxford», sino como un hombre.

Y eso, más que nada, le hizo querer acortar la distancia entre ellos.

—¿Puedo decir que usted también se ve bastante deslumbrante? —murmuró, bajando la voz. Las palabras se le escaparon antes de que pudiera detenerlas—. Ese vestido le sienta bien.

El rubor en sus mejillas se intensificó, y Henry contuvo la respiración. Era hermosa, y por primera vez, se permitió verla realmente —no como un desafío, no como una espina en su costado, sino como una mujer. Una mujer que encontraba demasiado tentadora para su propio bien.

Antes de que pudiera decir más, ella aceleró el paso, dejándolo para que recogiera sus pensamientos. Pero estos ya estaban fuera de control. Estaba en problemas, se dio cuenta, viéndola caminar delante de él. En graves problemas.

Y por una vez, a Henry Ashbourne no le importaba.

—¡Oh, mire! —interrumpió Rose, acelerando el paso mientras señalaba hacia la entrada—. Williams nos está mirando con mala cara. Sus invitados deben estar llegando, y no estamos allí para recibirlos. Pensará que soy terriblemente negligente en mis deberes.

Henry siguió su mirada, y un repentino temor helado se apoderó de él. La corbata que le había quedado perfectamente momentos antes ahora se sentía como un lazo que se apretaba alrededor de su garganta. Su pulso se aceleró ante la idea de soportar una tarde de sonrisas forzadas y presentaciones afectadas. Casi podía oír las voces monótonas, las interminables preguntas sobre su finca y, lo peor de todo, los intentos apenas disimulados de las madres por empujar a sus hijas casaderas hacia él.

Capítulo Once

Henry sintió un fuerte y dulce impulso de montar su caballo y cabalgar lejos, muy lejos Pero lo reprimió, recordándose a sí mismo que era un Ashbourne. Y los Ashbourne no huían. Su padre una vez se había enfrentado al fuego de los cañones; Henry ciertamente podía soportar una bandada de mujeres chismosas. Apretando los dientes, enderezó los hombros y permitió que su mano se apretara, casi involuntariamente, en el codo de Rose como si se anclara a ella antes de enfrentar la tormenta inminente.

Rose le lanzó una mirada, su piel hormigueando donde los dedos de él la sujetaban. Ahí estaba de nuevo, esa atracción innegable, una sensación que enviaba ondas de conciencia a través de ella cada vez que estaban cerca. No debería sentirse así, no por alguien tan insoportablemente arrogante como Lord Ashbourne, pero ahí estaban, caminando lado a lado hacia la refriega.

Inhaló, sus sentidos agudizándose con el sutil aroma a sándalo y especias que se aferraba a él, una fragancia tan enloquecedoramente embriagadora como el hombre mismo. Y él la había *mirado*, realmente la había mirado antes, cuando ella había elogiado su apariencia. El recuerdo de ese momento, de la forma en que sus ojos se habían suavizado por un segundo, la dejó inquieta. No tenía por qué pensar en él de esa manera, pero su corazón traicionaba su razón a cada paso.

—Así que usted es la señorita Sheffield —la voz de una mujer mayor cortó sus pensamientos como un cuchillo, y Rose se volvió para encontrarse bajo el escrutinio de los ojos azul pálido de la señora Fenswick. La mujer la miró de arriba abajo, con los labios apretados—. No puedo decir que haya oído hablar de usted antes. ¿Está en sociedad?

—No, señora Fenswick, no lo estoy —respondió Rose, logrando mantener un tono educado aunque deseaba que la entrometida vieja se marchara. Ya había sido acorralada por la suegra del terrateniente durante lo que pareció una eternidad, y su paciencia pendía de un hilo. Un minuto

más de esto, y se vería obligada a hacer algo drástico, como bañarse en ponche con la excusa de irse.

La señora Fenswick resopló, un sonido tan condescendiente como su mirada.

—Eso pensé —tomó un ruidoso sorbo de ponche—. Al principio, sospeché que podría ser otra de las acompañantes de Lady Beatrice, pero ella me aseguró que está aquí como su invitada. Curioso, debo decir. ¿Cómo llegaron a conocerse?

Rose luchó contra el impulso de sonreír con suficiencia. Le gustaría decirle la verdad a la vieja arpía, cómo había conocido al conde golpeándolo en la cabeza con un calentador de cama, pero sospechaba que la revelación enviaría a la señora Fenswick a un desmayo, solo para reanimarse y chismorrear por todo el condado antes del anochecer.

—Su señoría es una vieja amiga de mi tía abuela, la condesa de Waverly —dijo en cambio Rose, levantando la barbilla con un aire de superioridad—. ¿Tal vez haya oído hablar de ella?

Las papadas de la señora Fenswick temblaron, su rostro enrojeciéndose de manera moteada.

—Creo que es posible que haya oído hablar de ella —murmuró, apartando la mirada con incomodidad.

Rose reprimió una sonrisa de triunfo. Había pasado suficiente tiempo lidiando con las víboras de la sociedad para saber cómo manejar a una. Y ahora, si tan solo pudiera escapar de esta horrible conversación antes de que la mujer se recuperara.

—Veo a mi vecina, la señora Fashingham, allí —dijo la señora Fenswick, animándose mientras su mirada se posaba en una mujer vestida con un llamativo conjunto de seda púrpura y dorada—. Si me disculpa, señorita Sheffield, creo que iré a intercambiar unas palabras con ella.

—Oh, ¿debe irse tan pronto? Qué trágico —arrulló Rose, incapaz de resistir una pequeña pulla.

La señora Fenswick le lanzó una mirada afilada, pero con una despedida murmurada, se alejó tambaleándose hacia su próxima víctima. Rose exhaló aliviada, hundiéndose en su silla con una sonrisa satisfecha.

Paz. Por fin.

Su mirada vagó por la habitación, absorbiendo la escena. Todo iba espléndidamente, para su sorpresa. La lluvia había comenzado poco después de que llegara el último invitado, pero la decisión de trasladar la fiesta al interior había resultado sabia. Los invitados se mezclaban alegremente, charlando y bebiendo ponche, sus ánimos no se veían afectados por el cambio de planes. Aparte de algunas debutantes haciendo pucheros que evidentemente habían esperado lucir sus nuevos sombreros, todos parecían contentos.

Todos, excepto Henry.

Sus ojos lo buscaron instintivamente, y allí estaba él, con aspecto de preferir estar en cualquier otro lugar menos aquí. Sus anchos hombros estaban rígidos, su mandíbula apretada de esa manera severa suya, pero debajo de la tensión, ella percibía algo más. Era un hombre fuera de lugar, un hombre que no encajaba del todo en el mundo de las fiestas de té y la charla trivial. Pero más que eso, era un hombre que hacía que su corazón hiciera cosas ridículas, como saltarse un latido cuando sus ojos se encontraban.

Como si sintiera su mirada, Henry miró en su dirección, sus ojos encontrándose a través de la habitación. Por un momento, el ruido y el bullicio de la fiesta se desvanecieron en el fondo. Todo lo que podía oír era el leve palpitar de su pulso, y todo lo que podía ver era el destello de algo peligroso en sus ojos, algo que hizo que su estómago diera un vuelco de una manera que no tenía nada que ver con los nervios.

¿Qué me estás haciendo?, se preguntó Rose, su corazón tropezando consigo mismo.

Y entonces la expresión de Henry cambió, un destello de algo que no pudo identificar cruzó su rostro antes de que él compusiera sus rasgos en esa máscara familiar e ilegible. Rompió su mirada y se volvió hacia el grupo de caballeros que habían estado intentando entablar conversación con él.

Rose soltó un aliento que no se había dado cuenta de que estaba conteniendo.

¿Qué fue eso? Había esperado sentir alivio ante su retirada, pero en su lugar, una extraña sensación de anhelo se apoderó de ella. Era inquietante, esta atracción entre ellos, como la tensión cambiante de una tormenta formándose en el horizonte. Y cuanto más tiempo pasaban juntos, más difícil era ignorar la forma en que él la hacía sentir, como si estuviera tambaleándose al borde de algo que no podía definir del todo.

Siempre se había enorgullecido de estar en control, de manejar sus sentimientos, sus circunstancias. Pero Henry Ashbourne era una complicación que no había previsto, y lo peor era... que no estaba segura de querer resistirse a él.

Al otro lado de la habitación, Henry no podía sacudirse la sensación de la mirada de Rose persistiendo sobre él. Era como una atadura, atrayéndolo, a pesar de sus mejores esfuerzos por mantenerse distante. Cada vez que intentaba sacarla de su mente, ella estaba allí: brillante, desafiante, hermosa. Y lo estaba volviendo loco.

¿Qué tenía ella que lo ponía tan al límite? Era diferente a cualquier persona que hubiera conocido, tan mordaz y audaz sin titubeos. Y sin embargo, debajo de ese exterior espinoso, él había vislumbrado algo más suave, algo vulnerable.

Maldita sea, maldijo interiormente. No tenía tiempo para estos sentimientos, y sin embargo... ahí estaban, royéndolo, haciéndolo doler de maneras que hacía mucho tiempo había olvidado.

Rose entrecerró los ojos. Era como si el conde estuviera tratando deliberadamente de alejar a la gente. Pero ¿por qué demonios haría eso? Podía ser encantador cuando quería —ella lo sabía muy bien. Sus intercambios a menudo estaban salpicados de comentarios ingeniosos, y su conducta en el salón cuando ella le tomó las medidas para aquella maldita camisa había rayado en el coqueteo descarado. Si podía actuar así con ella, razonó con un gesto decidido, seguramente podría reunir un encanto similar para sus invitados.

Con la mente hecha, se levantó de su asiento y se dirigió hacia él, con determinación en cada paso. Su cautela se desvaneció en el momento en que ella se acercó, y el barniz helado en sus ojos se suavizó.

—Todo parece ir bastante bien, señorita Sheffield —dijo, con un frío gesto de reconocimiento —. Si hay algo en lo que pueda ser de ayuda, por favor házmelo saber.

Rose luchó contra el impulso de poner los ojos en blanco. ¿Ayuda? El hombre no se había mezclado con un solo invitado desde que comenzó la fiesta, ¿y tenía la audacia de preguntar si podía ser de ayuda? Si cualquier otra persona hubiera hecho tal oferta, la habría acusado de sarcasmo. En cambio, tomó un respiro calmante, forzando su tono a permanecer civil a pesar de su creciente frustración.

—Si su señoría realmente desea ser de utilidad —respondió, con un tono demasiado dulce—, entonces quizás podría dejar de actuar como una armadura que se ha extraviado del salón principal y empezar a comportarse como un anfitrión.

Su expresión agradable vaciló, sus facciones endureciéndose de esa manera familiar y obstinada. —No sé a qué se refiere, señora —dijo, con voz cortante, la furia hirviendo detrás de su fachada fría—. He sido el anfitrión perfecto. ¿Acaso no saludé a cada invitado?

—Sí, con todo el entusiasmo de un hombre enfrentando su propia ejecución —le espetó, levantando el mentón en desafío—. Has evitado a cada invitado desde entonces, y las pocas almas valientes que se te acercaron... bueno, ¡las enviaste corriendo! ¿Es de extrañar que te miren como si fueras una especie de ogro?

Sus ojos se oscurecieron, su postura volviéndose aún más rígida. —Si esperas que haga cabriolas como algún bufón de la corte, entonces estás gravemente equivocada.

Rose reprimió una sonrisa burlona, su irritación transformándose en algo peligrosamente cercano a la diversión. La imagen de él saltando por ahí en calzones ajustados, tratando de

encantar a las damas, era casi demasiado para soportar. Pero mantuvo la compostura, cruzando los brazos y manteniéndose firme.

—Lo que espero, señor —dijo, su tono tomando el filo familiar que usaba cuando discutía con su padre—, es que cumpla con su deber. Puede empezar hablando con esa joven de allí. —Asintió hacia una joven modestamente vestida sentada sola en el extremo opuesto de la habitación.

La mandíbula de Henry se tensó, un destello de molestia en sus ojos. Miró a la delicada rubia, inmediatamente incómodo. —Parece que se desmayaría si un hombre siquiera respirara en su dirección —murmuró, recordando su último encuentro con una joven tímida.

—Entonces no respires demasiado fuerte —bromeó Rose, dándole un empujón significativo—. Ahora ve. Ya has perdido suficiente tiempo.

Con un suspiro resignado, Henry se enderezó y cruzó la habitación, Rose a su lado, guiándolo como si lo llevara a su perdición. Cuando llegaron a la señorita Felton, la joven parpadeó hacia ellos, sus grandes ojos marrón aterciopelado abiertos de sorpresa.

—Buenas tardes, señorita Felton —dijo Rose cálidamente, ofreciendo a la joven una sonrisa—. Creo que ya conoce a nuestro anfitrión, Lord Ashbourne. Le estaba comentando a su señoría que usted es de Bath, y él estaba comentando sobre las numerosas ruinas romanas en la zona. Las antigüedades romanas son algo así como un pasatiempo para su señoría —añadió, esperando inyectar algo de vida en la conversación.

La señorita Felton parpadeó de nuevo, claramente sobresaltada. —¿Lo son? —repitió, mirando a Henry con timidez—. También son un interés mío. Encontramos una estatua romana en nuestro pasto, ¿sabe?

La curiosidad de Henry se despertó de inmediato. —¿De verdad? —Su voz se calentó ligeramente mientras la miraba—. ¿Qué dios?

—Creemos que es una representación del emperador Claudio —dijo la señorita Felton, su tranquilo comportamiento de repente animado—. La estatua lleva una corona de hojas de olivo, lo que sugiere una figura real, y el rostro tiene un gran parecido con las imágenes en monedas encontradas en la zona.

Rose observó con satisfacción cómo la tensión de Henry se aliviaba, su interés claramente capturado. Por fin, pensó. Si tan solo pudiera mantener esto, quizás los otros invitados verían al hombre que ella vislumbraba detrás de los ceños fruncidos y los silencios melancólicos.

—¿Cuánto tiempo lleva interesada en las antigüedades, señorita Felton? —preguntó Rose, notando con placer que varios otros invitados estaban lanzando miradas intrigadas en su

dirección. Si tan solo pudiera mantener al conde hablando, estaba segura de que otros se unirían.

—Oh, por varios años —respondió la señorita Felton con una suave risa—. Era la pasión de mi abuelo, y cuando falleció, me dejó su colección.

—Yo también colecciono monedas y artefactos romanos —dijo Henry, su tono perdiendo su filo anterior—. Quizás más tarde podría mostrárselos, si le gustaría.

Antes de que la señorita Felton pudiera responder, Rose aprovechó la oportunidad. —¡Qué idea tan maravillosa! —exclamó—. Estoy segura de que al señor Paulson también le gustaría verlos, ¿no es así, señor? —Hizo un gesto hacia el corintio de cabello oscuro que se había acercado para unirse a ellos.

—En efecto, me gustaría —acordó el señor Paulson, dando a Henry una mirada burlona—. No tenía idea de que estuvieras interesado en tales cosas, viejo amigo —dijo arrastrando las palabras —. ¡Por lo que cuenta Langford, tus pasiones se limitan a las ovejas y la avena!

Henry refunfuñó, aún molesto por la ausencia de Nathanial. —No me menciones a ese sinvergüenza. El miserable juró que estaría aquí, solo para enviar sus disculpas en el último minuto.

—Su hermano lo llamó a casa en Buckinghamshire. El pobre Nate no tuvo opción —dijo el señor Paulson encogiéndose de hombros—. Así es la vida del hijo menor, siempre a disposición del heredero.

A medida que la conversación continuaba, más invitados gravitaban hacia el grupo, y pronto el salón estaba lleno de animada charla. Satisfecha de que su trabajo estaba hecho por el momento, Rose se excusó silenciosamente, dejando a Henry para que se las arreglara solo entre la multitud.

Una vez segura de que el conde se estaba manteniendo por sí mismo, se deslizó hacia Lady Beatrice, que estaba cómodamente instalada en un rincón de la habitación, rodeada por un grupo de matronas. Cuando Rose tomó asiento a su lado, la condesa levantó su taza de té en un saludo burlón.

—Bien hecho, querida —murmuró Lady Beatrice, sus ojos brillando con aprobación—. ¡Nunca pensé que vería el día en que mi hijo de cuello rígido realmente pareciera estar disfrutando!

—Requirió un poco de estímulo —respondió Rose modestamente, aunque estaba innegablemente complacida. Miró al otro lado de la habitación, donde Henry estaba enfrascado en una animada discusión. Ya no se parecía a la figura fría y distante que había sido antes, aunque todavía llevaba ese aire peligroso que aceleraba su pulso.

Justo cuando empezaba a relajarse, notó algo —un breve destello de incomodidad en la expresión de Henry mientras la señorita Felton le hablaba. Su rostro se endureció, y dio un paso

atrás, retirándose a esa fría e impenetrable coraza suya. La pobre chica pareció completamente desconcertada antes de darse la vuelta y alejarse apresuradamente, con las faldas en la mano, como si huyera de un dragón.

La satisfacción de Rose se evaporó. ¿Qué demonios había dicho él? Apenas logró mantener la compostura mientras se apresuraba de vuelta hacia él, con el corazón palpitándole de frustración.

—Te dejo solo quince minutos —murmuró, mirándolo con enojo— ¡y vuelves a las andadas! ¿Qué le dijiste a la señorita Felton para que huyera así?

Sus ojos se oscurecieron, pero permaneció tan rígido como siempre.

—No dije nada impropio —respondió entre dientes—. Ella huyó por su propia voluntad.

—No seas absurdo —espetó Rose, con su irritación desbordándose—. Por el amor de Dios, ¿podrías simplemente...? —Se detuvo a mitad de la frase, entrecerrando los ojos—. Espera. ¿Por qué estás parado así? Pareces una estatua de mármol.

Los labios de Henry se apretaron en una fina línea.

—Porque, señora —dijo con una formalidad helada—, acabo de rasgarme los pantalones.

Capítulo Doce

Rose apenas podía creer lo que oía. Su primer instinto fue reírse, ¿cómo no hacerlo? Pero una mirada al rostro del conde, una máscara de mortificación, le indicó que sería un terrible error. Por muy divertida que le pareciera la situación, era evidente que él no compartía su diversión.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, mordiéndose el labio, decidida a mantener la compostura.

Henry mantuvo la mirada fija en la pared opuesta, con la mandíbula apretada en ese gesto obstinado tan suyo.

—Le dije a ese idiota de ayuda de cámara que las malditas cosas estaban demasiado apretadas —murmuró, con las mejillas enrojeciendo hasta alcanzar un tono carmesí intenso—. Pero insistió en que era lo último en moda.

La boca de Rose se crispó, con la mandíbula dolorida por el esfuerzo de contener una sonrisa.

—Y así es —logró decir, aunque su tono delataba su lucha—. Sin embargo, quizás sea mejor que te saquemos de aquí y te pongamos algo... menos a la moda.

Su mirada se clavó en la de ella, afilada por la sospecha.

—¿Te estás riendo de mí? —exigió saber, con su indignación burbujeando justo bajo la superficie.

—Estoy haciendo un gran esfuerzo por no hacerlo —respondió Rose, desplegando su abanico de seda pintada con destreza practicada para ocultar su sonrisa—. Ahora calla y déjame pensar.

Reflexionó por un momento, estrujándose el cerebro en busca de una solución lógica y digna para este predicamento tan poco digno. Desafortunadamente, no se le ocurrió ninguna gran idea. El único recuerdo que surgió fue un incidente bastante desafortunado de su infancia, que involucraba una fiesta de té, una serpiente y la ira de su tía.

Su hermana había invitado a unas damas vecinas a tomar el té, y Rose, siendo joven e inquieta, había metido de contrabando una pequeña serpiente de jardín en el bolsillo de su delantal. Naturalmente, la serpiente escapó en el peor momento posible: justo sobre los dedos de los pies de la esposa del terrateniente. El caos subsiguiente fue espectacular: las mujeres chillaron, las faldas volaron y la fiesta del té se disolvió en un alboroto. Su tía había jurado no volver nunca más, y Rose había pasado el resto del mes castigada en su habitación.

El pensamiento la hizo sonreír a pesar de sí misma. ¿Qué pasaría si una serpiente se soltara en esta habitación? Casi podía verlo: las mujeres huyendo, los hombres gritando y, en medio del caos, Henry escabulléndose sin ser notado para cambiarse.

Era, por supuesto, totalmente ridículo. Infantil. Imposible. Para empezar, no tenía una serpiente. Y difícilmente podría disculparse para ir a buscar una.

—¿Por qué te quedas ahí parada como una tonta? —gruñó Henry, sus oscuras cejas encontrándose sobre el puente de la nariz mientras la fulminaba con la mirada—. ¡Haz algo!

Rose le lanzó una mirada molesta. Su desesperación era palpable, pero eso no excusaba su tono autoritario.

—Estoy intentando pensar en una solución, milord —le informó fríamente—. Pero la única idea que se me ha ocurrido seguramente causará una escena espantosa.

—Posiblemente no tan espantosa como la que causaré yo si tengo que salir de este rincón —murmuró, su expresión volviéndose más desesperada por momentos.

Ella lo miró a él y luego a la sala abarrotada, con la mente dando vueltas.

—Si su señoría está seguro...

—Mientras no implique prender fuego a las cortinas, puedes hacer lo que te plazca —espetó, preparándose como si fuera a la batalla—. ¡Pero date prisa!

Rose suspiró, resignada a su descabellado plan.

—Muy bien, si eso es lo que deseas.

Se alejó de su lado y se dirigió directamente hacia la señora Darlington, que estaba en el centro de atención con sus hijas, todas felizmente ajenas al predicamento del conde. Rose se inclinó, su voz un susurro conspiratorio mientras se acercaba a la hija mayor.

—Hay una serpiente —murmuró.

La chica jadeó, con los ojos abiertos de horror.

—¿Una serpiente? ¿Aquí?

Rose contuvo una risa al ver su cara horrorizada.

—Una pequeñita —le aseguró, ofreciendo una sonrisa conciliadora—. Creo que puede haberse deslizado bajo el sofá...

No pudo ni terminar antes de que la chica se pusiera de pie de un salto con un grito, empujando el sofá hacia atrás en su prisa. Sus hermanas la siguieron, con las faldas escandalosamente levantadas mientras huían de la habitación, chillando como banshees.

Su madre, al ver a sus hijas en tal estado pero completamente ignorante de la causa, dejó escapar un gemido propio, llevándose las manos al pecho dramáticamente antes de desmayarse —con bastante arte— en la silla más cercana. Su actuación fue tan impresionante que varias otras damas se unieron, los gritos se elevaron en el aire mientras corrían hacia las puertas en un remolino de seda y encaje.

En cuestión de segundos, lo que había sido una fiesta de té perfectamente elegante descendió al caos, con mujeres gritando y hombres corriendo para calmarlas. Una escena, sin duda. Y una que Rose sabía que proporcionaría deliciosos chismes durante años.

Se permitió un breve momento de satisfacción mientras observaba el caos desarrollarse, antes de volver a mirar a Henry.

—Ahora es tu oportunidad —murmuró entre dientes, encontrando sus ojos al otro lado de la habitación.

Por un segundo, sus miradas se cruzaron, y a pesar de lo absurdo de la situación, había algo eléctrico en el aire entre ellos: un entendimiento silencioso, un desafío tácito.

Los labios de Henry se crisparon muy ligeramente, un destello de apreciación reticente brillando en sus ojos. Luego, con un brusco asentimiento, se escabulló de la habitación, desapareciendo en la confusión como una sombra.

—¡Nunca en mi vida me había sentido tan avergonzada! —se lamentó Lady Beatrice treinta minutos después, con la cabeza entre las manos mientras contemplaba el salón desordenado—. De verdad, Rose, ¿cómo has podido?

—¡Pero mi señora, como ya le he explicado! —exclamó Rose, genuinamente herida por las duras palabras de la condesa—. ¡La situación era desesperada y tuve que actuar! ¿Qué otra opción tenía?

—¿Una serpiente? —gimió la condesa, levantando las manos con dramática desesperación—. ¡Pasarán semanas, semanas, antes de que pueda volver a levantar la cabeza en la iglesia! Me consideraré afortunada si alguno de mis vecinos se digna a notarme. ¡Estamos arruinados!

Henry, que había estado apoyado despreocupadamente contra la chimenea, se enderezó, su expresión oscureciéndose mientras estudiaba a su madre.

—Vamos, mamá, seguramente estás exagerando la situación más allá de lo razonable —dijo con frialdad—. Nadie resultó herido, y en cuanto a que alguien se atreva a desairarte, lo dudo sinceramente. Eres la Condesa de Ashbourne. Me aseguraré de que cualquiera que te menosprecie se arrepienta.

Lady Beatrice dirigió su mirada penetrante hacia su hijo.

—¡Como si fueran los hombres los que me preocupan!

—Si alguien se enfrenta a la amenaza de ser desairada, soy yo —dijo Rose en voz baja, sintiéndose culpable por causar tanta tensión. Odiaba ser la fuente de discordia, especialmente entre madre e hijo; le traía dolorosos recuerdos de las disputas con su propio padre, y se estremeció interiormente ante la comparación.

—Tonterías —Henry le lanzó una mirada severa, como desafiándola a discutir—. Nadie en esta casa será desairado por nadie, y menos tú. Me aseguraré de ello.

—¿Y cómo, dime, lograrás eso? —exigió Lady Beatrice.

—Mañana iré al pueblo y haré una visita al vicario —respondió con decisión, ignorando la mirada de asombro que le dirigió su madre—. Y visitaré al terrateniente y a los Darlington, solo para asegurarme de que la señora Darlington se ha recuperado de su ataque de vapores.

—¿Lo harás? —Los ojos de la condesa se abrieron de par en par, claramente incrédula—. ¿Visitas sociales?

—Se sabe que salgo de la finca de vez en cuando, madre —respondió Henry, con un atisbo de sonrisa burlona tirando de sus labios mientras su mirada se desviaba hacia Rose—. A pesar de lo que algunos puedan pensar, difícilmente soy un ermitaño. Saldré después del almuerzo.

La condesa, momentáneamente sin palabras, finalmente asintió.

—Un plan excelente —murmuró—. Pero no vayas demasiado temprano. Incluso en Derbyshire, los Darlington mantienen horarios de ciudad. Y naturalmente, la señorita Sheffield te acompañará.

Rose se sobresaltó sorprendida.

—¿Yo, mi señora?

—Por supuesto. Yo no puedo ir con él —dijo Lady Beatrice con lógica impaciente—. Y sería impropio que él visitara a damas solteras sin una mujer que le brinde... respetabilidad. Mabel los acompañará también. Como ahora eres una invitada en nuestra casa, debemos tener todo el cuidado para proteger tu reputación.

Todo sonaba absurdo para Rose, pero asintió en deferencia al superior conocimiento de la condesa en tales asuntos.

—Como desee, Lady Ashbourne —De repente sintió un abrumador deseo de retirarse; sus emociones aún estaban alteradas por los eventos de la tarde, y la idea de un baño caliente y una habitación tranquila parecía maravillosamente tentadora. Aun así, hizo una reverencia cortés tanto a la condesa como a su hijo taciturno—. Si me disculpan, creo que me retiraré por esta noche.

Intentó mantener su rostro impasible mientras se encontraba con la mirada vigilante de Henry. Había algo en la forma en que la miraba que le enviaba un escalofrío inquietante por la espalda. Tragó saliva, su voz firme pero su pulso acelerado.

—¿A qué hora le gustaría partir mañana, mi lord?

Tardó tanto en responder que Rose casi repitió la pregunta.

—Las dos en punto estará bien —dijo finalmente, su voz pensativa mientras sus ojos se demoraban en ella—. Mientras tanto, enviaré notas para asegurarme de que nos esperen. Preferiría no llegar sin anunciarnos.

Rose asintió en acuerdo, luego se giró para irse, sorprendida cuando Henry se alejó de la chimenea para unirse a ella en la puerta.

—Me gustaría hablar contigo, si no te importa —dijo, en un tono bajo, mientras abría la puerta con una mano y colocaba la otra ligeramente en su codo, guiándola hacia el pasillo. Su toque era cálido, firme, y le envió un escalofrío por el brazo.

Una vez en el pasillo, miró alrededor para asegurarse de que estaban solos, y luego se volvió hacia ella, su mirada intensa.

—No he tenido la oportunidad de agradecerte adecuadamente por lo de antes —comenzó, su voz más áspera de lo habitual mientras tomaba sus manos entre las suyas—. No sé qué habría hecho sin tu... solución creativa. Fue notablemente efectiva.

El corazón de Rose dio un vuelco cuando sus manos acunaron las de ella, cálidas y sólidas. No era ingenua; no era la primera vez que un caballero le tomaba la mano. Pero la forma en que los dedos de Henry se curvaban alrededor de los suyos, la forma en que su toque se sentía tan... íntimo, tan correcto, la desconcertaba. Su pulso latía salvajemente, y tuvo que reunir cada onza de compostura para hablar.

—Usted dijo que podía hacer lo que quisiera, siempre que no prendiera fuego a las cortinas —bromeó ligeramente, aunque su voz temblaba un poco.

Los bordes de su boca se curvaron en una sonrisa irónica, del tipo que hacía que su estómago revoloteara.

—Así lo dije —murmuró, su pulgar trazando suavemente el dorso de su mano—. Ahora me pregunto si un pequeño incendio habría sido menos peligroso que esa serpiente imaginaria. Nunca he visto una habitación despejarse tan rápidamente.

A pesar de sus emociones conflictivas, Rose no pudo evitar sonreír.

—Fue bastante impresionante, ¿no es cierto? El vicario fue uno de los primeros en huir; prácticamente atropelló a las jóvenes damas en su camino hacia la puerta.

La risa de Henry fue baja, sus ojos verdes brillantes de diversión.

—Uno pensaría que un hombre de Dios mostraría más coraje al enfrentarse a una serpiente.

Mientras hablaba, su mano se movió lentamente hacia su mejilla, sus dedos rozando la delicada piel de su mandíbula antes de colocar un mechón suelto detrás de su oreja. El toque fue tan suave, tan tierno, que Rose contuvo la respiración. Su piel ardía donde sus dedos se demoraban, y su corazón latía tan fuerte que estaba segura de que él podía oírlo.

Sus ojos se oscurecieron mientras la miraba, su atención pasando de sus ojos a sus labios, demorándose allí por un instante demasiado largo. El aire entre ellos crepitaba con una tensión no expresada, el espacio entre ellos cargado, vivo con algo peligroso y embriagador.

La respiración de Rose se entrecortó, su cuerpo traicionándola mientras sentía una atracción vertiginosa hacia él. Podía sentir el calor de su cuerpo tan cerca del suyo, el aroma a sándalo y especias envolviéndola como un hechizo. Sus labios se separaron, pero no salió ningún sonido; no podía pensar, no podía respirar.

Sin romper el contacto visual, Henry levantó la mano de Rose hasta sus labios, su mirada fija en la de ella mientras presionaba un beso lento y deliberado en sus nudillos. La sensación de sus labios —cálidos, suaves, persistentes— envió un escalofrío que recorrió todo su cuerpo. Cada nervio en su ser pareció cobrar vida, su piel vibrando de conciencia.

—Gracias, Rose —susurró él, con la voz ronca de emoción mientras sostenía la mano de ella contra sus labios por un momento más—. Estoy en deuda contigo.

La mente de Rose era un torbellino, sus pensamientos un remolino caótico de deseo, confusión y algo mucho más peligroso. Sabía que debía responder, decir algo, pero por más que lo intentara, no podía formar las palabras. Su cuerpo se sentía como si estuviera en llamas, su corazón latiendo tan fuerte que dolía.

Finalmente, su orgullo surgió, rompiendo la niebla. Logró esbozar una sonrisa educada, aunque su corazón aún latía aceleradamente. Liberando su mano, dio un paso atrás, creando distancia entre ellos.

—No hay de qué, mi lord —dijo ella, con voz fría y compuesta, aunque se sentía como una mentira—. Pero ahora, si me disculpa... estoy bastante cansada. Buenas noches.

Sin esperar una respuesta, se dio la vuelta y huyó, sintiendo la mirada de él seguirla mientras se apresuraba por el pasillo. Su pecho se agitaba con el esfuerzo de respirar, su mano aún hormigueando por la sensación de sus labios. ¿Qué acababa de suceder?

Al doblar la esquina, supo una cosa con certeza: Henry Ashbourne era mucho más peligroso de lo que jamás había imaginado.

Capítulo Trece

Henry pasó la mañana siguiente atendiendo su finca, flexionando sus músculos mientras trabajaba, pero su mente estaba lejos de la tarea en cuestión. No podía sacudirse la sensación corrosiva en su pecho, ni los eventos de la noche anterior. Su promesa de visitar a los Darlington se cernía sobre él como una nube oscura, y ya se estaba arrepintiendo del impulso de haber aceptado. La idea de estar nuevamente en un salón lleno de mujeres chismosas era insoportable, pero atado por el honor, no podía pensar en una forma elegante de retractarse. Estaba atrapado.

Y lo peor de todo era que todo era culpa de Rose.

Arrojó un fardo de heno desde el desván con un gruñido, el esfuerzo físico haciendo poco para aliviar su creciente resentimiento. Si ella no hubiera insistido en pasearlo como un caballero apropiado, nada de esto estaría sucediendo. Él había estado perfectamente contento con la forma en que estaban las cosas antes de su llegada, con su aislamiento y sus rutinas. Y ahora, aquí estaba, enredado en compromisos sociales que no deseaba. Todo por culpa de ella.

Pero incluso mientras estos pensamientos indignos hervían, una punzada aguda de culpa atravesó su enojo. En el fondo, sabía que no era culpa de Rose. Él se había dejado llevar. Y si alguien merecía la culpa, era él. Debería haber sabido que el "Buey de Oxford" —como lo habían apodado con tanto desdén— no podría pasar ni siquiera por el más simple de los eventos sin hacer el ridículo. Quizás "asno" habría sido un apodo más apropiado, reflexionó amargamente mientras levantaba otro fardo. Aunque supuso que eso carecía del panache de "Buey".

—¡Cuidado ahora! ¡Fíjese dónde está arrojando esos fardos! —vino un grito indignado desde abajo.

Henry miró hacia abajo para ver a McNeil, uno de sus mozos de cuadra, mirándolo con enojo.

—Sí, estoy aquí abajo, milord —continuó el hombre mayor, su tono teñido con una sorprendente falta de respeto—. ¡Aunque es probable que me aplaste con ese último!

—Mis disculpas, McNeil —gritó Henry, limpiándose la frente con la manga, su brazo manchado de sudor—. No estaba tan atento como debería haber estado.

—Tal vez deberíamos cambiar de lugar, entonces —refunfuñó McNeil, sacudiendo la cabeza —. Un hombre que no puede mantener su mente en su trabajo no debería estar arrojando fardos de heno desde el desván.

Henry no podía discutir con eso. La verdad picaba un poco, pero era merecida. Había trabajado duro para ganarse el respeto de sus hombres, y no iba a ponerlo en peligro dejando que su temperamento lo dominara. Con otro gesto de disculpa, volvió al trabajo, esta vez con mayor cuidado, aunque su mente seguía en otra parte.

Después de arrojar el último fardo, descendió y comenzó a limpiar los establos, el trabajo duro y repetitivo ayudando a despejar su mente. Si tan solo la vida fuera tan simple como limpiar un establo. Suciedad, sudor, orden —todo tenía sentido aquí. Pero, ¿la sociedad? Las complejidades de las gracias sociales y los chismes susurrados lo desconcertaban, al igual que la forma en que Rose se había adaptado a todo, navegando cada habitación con una gracia que no podía dejar de admirar. Y, maldita sea, la forma en que lo había mirado anoche cuando le besó la mano...

Su pulso se aceleró ante el recuerdo. La suavidad de su piel bajo sus labios. La forma en que su respiración se había detenido, la forma en que se había congelado por un momento, como si el aire entre ellos hubiera chispeado con algo que ninguno de los dos podía negar. Y sus rizos, esos mechones oscuros y salvajes que siempre parecían escapar de cualquier artilugio que usara para domarlos... Había querido tocarlos, empujar uno detrás de su oreja y sentir los sedosos mechones deslizarse entre sus dedos.

—Buenos días.

La voz lo sacó de sus pensamientos. Levantó la vista, sobresaltado, para encontrar a Rose parada en la puerta del granero, sus ojos color miel muy abiertos mientras se posaban en su pecho desnudo. Por un segundo, ninguno de los dos se movió.

El corazón de Henry dio un fuerte golpe contra sus costillas mientras dejaba la pala a un lado, alcanzando la camisa que había descartado antes. —Buenos días, señora —dijo, tirando de la tela áspera sobre su cabeza, tratando de sonar lo más indiferente posible, aunque el repentino rubor en las mejillas de Rose no pasó desapercibido—. ¿Hay algo que pueda hacer por usted?

Rose tragó saliva, su mirada persistiendo en los músculos de su pecho, que brillaban con sudor. Su garganta se movió, y por un momento, pareció luchar por encontrar su voz. —Lady

Beatrice... me pidió que lo buscara para que volviera a la casa —finalmente balbuceó, sus mejillas volviéndose más rosadas por segundos—. Está preocupada de que llegue tarde si no nos apresuramos.

—Eso es muy amable de parte de mi madre —respondió Henry, agarrando su chaqueta del gancho junto a la puerta—. Pero innecesario. Estaba a punto de terminar por hoy. —Podía decir por la forma en que la mirada de Rose se dirigía al suelo que estaba profundamente turbada, pero decidió no comentar. Si se disculpaba, solo llamaría más la atención sobre el hecho de que lo había visto medio vestido, y lo último que necesitaban era más vergüenza.

Salieron del granero en silencio, Rose caminando rígidamente delante de él, con la barbilla levantada en un intento de recuperar la compostura. Pero la postura rígida de sus hombros la delataba. Claramente estaba inquieta.

Después de varios momentos tensos, Henry decidió romper el silencio. Alargó su zancada hasta que caminaba junto a ella. —¿Y cómo pasó su mañana? —preguntó en lo que esperaba fuera un tono casual—. Confío en que usted y mi madre se han mantenido ocupadas.

—En efecto, lo hemos estado —respondió Rose, con las manos entrelazadas frente a ella. Todavía se negaba a mirarlo—. Terminamos toda la correspondencia y revisamos los menús para la próxima quincena.

—Ah. Confío en que recordó decirle a la cocinera que no prepare más ostras —bromeó Henry, decidido a ponerla a gusto—. No puedo imaginar qué la poseyó para servirlas la semana pasada. Debe saber a estas alturas que no soporto los mariscos.

—Hablaré con ella —murmuró Rose, todavía mirando fijamente hacia adelante.

La paciencia de Henry se agotó. Se detuvo abruptamente y extendió la mano, sujetándola suavemente pero con firmeza por el brazo. —Maldita sea, Rose —gruñó, deteniéndola—. ¿Quieres dejar de actuar tan... remilgada? Lamento que me hayas visto sin camisa, pero siempre me la quito cuando trabajo con el heno. ¿Cómo iba a saber que estarías en los establos?

Sus ojos brillaron, y ella liberó su codo bruscamente, mirándolo con ojos entrecerrados. —¡No estoy actuando de forma remilgada! —replicó—. Y en cuanto a estar en los establos, ya te lo dije: tu madre me envió a buscarte.

—No me importa por qué estabas allí —replicó él, con la voz tensa por la frustración—. Solo digo que no pretendía escandalizarte.

Rose apretó los labios en una fina línea y cruzó los brazos sobre el pecho, con la mandíbula tensa.

—No me escandalicé... precisamente —dijo, suavizando el tono mientras le ofrecía una sonrisa tentativa—. Digamos simplemente que cuanto menos se hable del asunto, mejor.

Henry apretó la mandíbula, sintiendo la necesidad de discutir crecer dentro de él, pero la reprimió. Como caballero, no tenía más remedio que respetar su petición.

—De acuerdo —dijo, aunque no estaba conforme—. No diremos nada más al respecto.

Reanudaron la marcha, con la tensión entre ellos aún palpable, pero esta vez fue Rose quien rompió el silencio.

—Debo decir que estoy deseando ver más del campo hoy —comentó, con la voz cuidadosamente compuesta—. ¿Es tan hermoso como dicen?

Los labios de Henry se curvaron en una leve sonrisa, mientras la culpa le aguijoneaba. Debería haber pensado en ofrecerle un recorrido por la zona antes.

—Mejor —dijo, sintiendo un repentino impulso de compensar su anterior negligencia—. Quizás, si tenemos tiempo, podría llevarte a Derby para ver la catedral —ofreció—. Es bastante grandiosa, rivaliza con la Catedral de Canterbury en mi opinión.

—Hablas como un verdadero hombre de Derbyshire —bromeó Rose, y los hombros de Henry se relajaron al oír su voz. Ahí estaba: el jugueteo verbal al que se había acostumbrado tanto con ella. No le gustaba esta tensión entre ellos. Le hacía sentir... incómodo.

—¿Y por qué no debería sentirme orgulloso de mi condado? —respondió, aunque su corazón se hundió al acercarse a la casa. Su paseo había sido demasiado breve y, a pesar de su reticencia inicial, ahora se encontraba deseando poder seguir caminando. La perspectiva de pasar la tarde en casa de los Darlington ya no parecía tan insoportable.

Pero al mirar de reojo a Rose, con sus rizos oscuros y salvajes atrapando la luz de la mañana, sus pensamientos volvieron a la noche anterior. Recordó la suavidad de su mano en la suya, la forma en que lo había mirado con una mezcla de sorpresa y algo más, algo que había encendido una llama dentro de él.

Sí, la tarde podría resultar bastante interesante, en efecto.

Rose y Henry, con Mabel a cuestas, partieron para su viaje de buen humor. La finca de los Darlington se encontraba entre Thornfield Manor y Derby, y llegaron en menos de media hora. Rose no se sorprendió al encontrar a toda la familia Darlington reunida en el salón, esperando ansiosamente su llegada. La señora Darlington, al parecer, se había recuperado completamente de sus dramáticos nervios, y aunque su saludo a Rose fue cordial, carecía de la calidez con la que dio la bienvenida al conde.

—¡Querido Lord Ashbourne! —exclamó la señora Darlington, extendiendo su mano hacia Henry para que la besara—. ¡Qué delicia verlo de nuevo! Y dígame, ¿cómo está su querida madre esta mañana?

—Está bien, señora —respondió Henry, con un brillo travieso en los ojos que hizo que Rose luchara por reprimir una sonrisa. Era evidente que estaba haciendo todo lo posible por no reírse del efusivo saludo de la mujer—. Me aseguraré de mencionarle que preguntó por ella.

—Iba a visitarla yo misma —continuó la señora Darlington con su manera excesivamente dulce—. Tengo tantas preguntas que hacerle. ¡Vaya, hay fiestas que planear y ropa que considerar! ¡Cielos, tendremos un verano muy alegre! Mis niñas y yo estamos muy emocionadas, ¿verdad, queridas? —Hizo un gesto hacia sus hijas, que estaban sentadas en el sofá opuesto, con perfectos rizos rubios enmarcando sus rostros de porcelana.

—Sí, mamá —corearon, batiendo sus pestañas al unísono hacia Henry, ofreciéndole sus mejores sonrisas con hoyuelos.

—Naturalmente —resopló la señora Darlington, finalmente reconociendo a Rose—, uno espera que la casa esté libre de reptiles antes de que comiencen las festividades.

Rose, que había empezado a aburrirse con la tediosa conversación, alzó una ceja ante el desaire evidente.

—Oh, no hay necesidad de temer por eso, señora Darlington —dijo, con una sonrisa dulce y engañosa curvando sus labios—. He hecho construir una nueva jaula para Lenny, y le aseguro que no volverá a escapar. El pobre estaba bastante alterado por toda la emoción. He estado calmándolo.

Un silencio atónito cayó sobre la habitación mientras la familia Darlington intercambiaba miradas horrorizadas.

—¿Tiene usted... una serpiente de mascota? —preguntó la señora Darlington, con la voz temblando tanto que Rose se preguntó si estaba a punto de desmayarse dramáticamente de nuevo.

—Solo una pequeña culebra de jardín —respondió Rose, disfrutando mucho más de lo que debería—. Es bastante colorida. Lord Ashbourne me la regaló —añadió, con un destello de picardía iluminando sus ojos mientras involucraba a Henry en la escandalosa historia. Para su deleite, Henry tomó las riendas de inmediato, con expresión completamente seria mientras aceptaba una taza de té de la visiblemente conmocionada señora Darlington.

—Leí un artículo fascinante en una de mis revistas agrícolas que sugería que las serpientes son mucho mejores que los gatos para mantener a raya a los ratones —dijo Henry con suavidad,

llevándose la taza de té a los labios con elegante facilidad—. Ha funcionado asombrosamente bien en los establos, así que decidí probarlas en la casa. No hemos oído ni un solo chillido en semanas.

—¿Serpientes? —finalmente habló el señor Darlington, con su rostro redondo pensativo—. Vale la pena intentarlo, supongo. La semana pasada, la cocinera se quejaba de alimañas en la despensa...

—¡Edgar!

—¡Papá!

El coro de voces femeninas horrorizadas ahogó el resto de las reflexiones del señor Darlington. El resto de la visita se llevó a cabo con un aire de rígida cortesía, y al final, los Darlington parecían casi aliviados de librarse de su ilustre invitado y su escandalosa acompañante.

Mientras se alejaban por el camino hacia su siguiente parada, Henry ya no pudo contener más su risa.

—Eres una absoluta amenaza —rió, manejando las riendas de su ligero vehículo con evidente placer. Había prescindido del carruaje más elaborado en favor de algo más sencillo, prefiriendo la libertad de conducir él mismo.

—Serpientes en la casa —continuó, sacudiendo la cabeza en fingida desesperación—. Solo puedo imaginar lo rápido que se extenderá ese pequeño cuento. Pronto, todo el vecindario estará convencido de que Thornfield Manor está infestado de víboras.

—Mejor estar infestados de serpientes que admitir ratones en la despensa —replicó Rose con suficiencia, saboreando el caos que había causado. Después de tantos meses cuidando cada una de sus palabras, se sentía deliciosamente liberador volver a ser su antiguo yo travieso. Quizás, reflexionó, se permitiría hacer uno o dos comentarios escandalosos cada semana. Había olvidado lo emocionante que podía ser.

—Eso es cierto —acordó Henry con una sonrisa—. ¿Viste la cara de nuestra anfitriona cuando su marido dejó escapar lo de las alimañas? Me atrevo a decir que le dio una buena reprimenda en cuanto nos fuimos.

—Oh, estoy segura de ello —respondió Rose, recordando las miradas fulminantes que la señora Darlington había lanzado a su desdichado marido—. También noté que nadie se atrevió a tocar los pasteles o los sándwiches después. Ah, bueno —añadió, batiendo las pestañas en una perfecta imitación de las señoritas Darlington—. Quizás los ratones los disfruten.

Su visita a la casa del vicario resultó mucho menos memorable. Rose se comportó de la mejor manera posible, soportando una larga y tediosa charla sobre los sagrados deberes de un anfitrión

y una anfitriona, todo mientras se tragaba a duras penas una taza de té aguado. Henry, para su gran disgusto, se vio obligado a prometer que asistiría a los servicios con más regularidad. Al salir, Rose no pudo resistirse a burlarse de él por su aparente abandono del deber hacia su alma inmortal.

—Nunca digas que he estado viviendo con un ateo —bromeó, riendo mientras la expresión de Henry se tornaba obstinada—. ¡Debería darte vergüenza, señor! ¿No tienes ningún respeto por el decoro?

—No soy un ateo —protestó él, apartando la vista del camino para lanzarle una mirada indignada—. Y usted, señora, es la última persona que debería hablar de decoro. No se ha comportado con un ápice de él desde el momento en que nos conocimos.

—¿Y tienes el descaro de acusarme de contar embustes? —Rose rió, demasiado animada como para ofenderse. Volviéndose hacia Mabel, que había permanecido callada durante sus intercambios, añadió juguetonamente—: Mabel, dile a este sinvergüenza que he sido el ejemplo perfecto del decoro femenino. ¿No es así?

Mabel, con su típica franqueza, se encogió de hombros sin comprometerse. —No iría tan lejos como para decir eso —comentó secamente—, pero no has intentado aplastarle el cráneo de nuevo, así que te concedo eso.

—¿Lo ves? —Rose se volvió hacia Henry, adoptando una expresión remilgada mientras cruzaba las manos pulcramente sobre su regazo—. He sido la viva imagen de la sensatez y la moderación. Harías bien en seguir mi ejemplo, señor.

Henry dejó escapar una suave risita, su mirada se suavizó mientras se demoraba en ella un momento más de lo necesario. —Si siguiera su ejemplo, señora, mi reputación sería peor de lo que ya es —dijo, aunque el tono burlón de su voz le indicó que no estaba del todo amargado.

El corazón de Rose dio un extraño vuelco al oír su risa, y tuvo que apartar la mirada para recuperar la compostura. Había algo desarmante en la forma en que la había mirado justo ahora, algo que hacía que su pulso se acelerara y sus pensamientos giraran de una manera que no habían hecho antes. Pero rápidamente enterró esa sensación, concentrándose en su próxima parada.

—Ahora —continuó Henry, sacudiendo la cabeza en una advertencia fingida—, procura mantener a raya esa lengua desenfrenada tuya por el resto del día. Preferiría no escandalizar a todos los hogares del vecindario en una sola tarde.

Dos días después, Rose estaba sentada en su habitación, repasando las últimas de sus listas. Todos los invitados habían enviado sus aceptaciones, y en menos de una semana, Thornfield estaría repleto de visitantes. La condesa había prometido que se contrataría personal adicional, y

ya se estaban haciendo los arreglos para traer los mejores alimentos de Londres. Lady Beatrice había dejado la planificación de los eventos enteramente a discreción de Rose, un gesto de confianza que debería haberla llenado de orgullo.

Sin embargo, en lugar de satisfacción, Rose solo sentía una punzante sensación de vergüenza.

La condesa seguía insistiendo en el secreto, lo que significaba que Lord Ashbourne permanecía completamente ajeno a la inminente invasión de su hogar. El peso del engaño pesaba sobre Rose cada vez más con cada día que pasaba. Odiaba la idea de romper su promesa a Lady Beatrice, pero la idea de seguir engañando a Henry —Henry— le pesaba mucho más. Él tenía derecho a saber lo que estaba ocurriendo bajo su propio techo, y la culpa de ocultarle un asunto tan importante la carcomía. Había tomado una decisión: le diría la verdad. Aunque eso significara enfrentarse a su ira, no podía permitir que esta farsa continuara.

Tomada esa decisión, el resto de la tarde transcurrió rápidamente. Además de los habituales tés, partidas de cartas y paseos al aire libre, Rose había ideado un plan para finalizar la fiesta con un gran baile. Pero no cualquier baile, sino un baile de disfraces. La idea le había venido en un destello de inspiración, y de inmediato se había puesto a esbozar temas e imaginar los espléndidos trajes. Nunca había asistido a un baile de máscaras, pero la mera idea la emocionaba. Los invitados estarían encantados, y estaba segura de que sería el tema de conversación del condado durante meses.

Sin embargo, el asunto de los disfraces era más complicado. Decidió buscar el consejo de Lady Beatrice, ya que la mujer mayor seguramente tendría algunas ideas. Rose estaba tan preocupada con los detalles de su plan que apenas se dio cuenta cuando llegó a las habitaciones de la condesa, entrando sin anunciarse.

—Mi señora, me preguntaba si podría hablar con usted —comenzó Rose distraídamente, mirando sus bocetos—. He tenido la idea más maravillosa para el baile...

Se interrumpió a mitad de la frase, levantando la mirada de sus notas. Sus ojos se fijaron en Lady Beatrice, y los papeles se le escaparon de las manos, revoloteando hasta el suelo.

—¡Lady Ashbourne! —exclamó Rose, con la voz apenas por encima de un susurro—. ¡Puede caminar!

Capítulo Catorce

Lady Beatrice se dio la vuelta, su expresión pasando de la sorpresa a la resignación al ver a Rose de pie en la puerta. —Vaya por Dios —suspiró, dejando la figura de porcelana que sostenía—, parece que me has descubierto.

—Yo... no lo entiendo —murmuró Rose, adentrándose en la habitación con la mirada fija en la imagen imposible de la condesa de pie frente a la chimenea—. Henry... Lord Ashbourne me dijo que habías quedado paralizada por la caída.

—Y así fue —respondió Lady Beatrice con calma, cruzando la habitación con pasos lentos y medidos para tomar las manos de Rose—. Pero si me das un momento, te prometo que te lo explicaré todo.

—Puedes caminar —repitió Rose, con la voz temblorosa mientras luchaba por asimilar lo que estaba viendo. Su conmoción se desvanecía, pero en su lugar comenzaba a surgir una sensación de profunda inquietud. Recordó la expresión dolida de Henry, la culpa que había cargado cuando le había confiado la condición de su madre. La comprensión de cuánto había sufrido por algo que ya no era cierto le oprimió el corazón.

Lady Beatrice apretó las manos de Rose como si percibiera su angustia. —Suena cruel, lo sé —admitió, con voz suave pero firme—. Pero te aseguro, Rose, que tengo mis razones. Por favor, siéntate conmigo y te lo contaré todo.

Todavía aturdida, Rose se dejó guiar hasta un asiento. Su mirada no se apartó de la condesa, buscando alguna explicación, alguna verdad que pudiera dar sentido a este engaño. Lady Beatrice alisó sus faldas y bajó la mirada a su regazo, como si reuniera fuerzas para comenzar.

—Cuando ocurrió el accidente, realmente quedé paralizada —comenzó, con voz queda pero firme—. No podía mover las piernas, y los médicos no nos ofrecían ninguna esperanza. Estaba segura de que pasaría el resto de mi vida en esa maldita silla. —Hizo una pausa, sus dedos

temblando ligeramente sobre su regazo—. Entonces, poco a poco, empecé a recuperar la sensibilidad. Al principio no me atrevía a creerlo, pero conforme pasaban las semanas, se hizo evidente que me estaba recuperando. No puedo expresarte cuán agradecida, cuán aliviada me sentí.

—Puedo entenderlo —dijo Rose con suavidad, extendiendo la mano para cubrir la de la condesa con la suya. Su mente no dejaba de pensar en Henry y en cómo se había atormentado creyendo que era responsable de la condición de su madre. ¿Cómo podía ocultarle esto?

Beatrice asintió de forma entrecortada, bajando la mirada. —Yo... sabía que él se culpaba por lo sucedido —dijo en voz baja, levantando los ojos para encontrarse con los de Rose—. Iba a decirle que podía caminar de nuevo, pero... ¡Oh, esto va a sonar terrible!

—¿Qué es lo que va a sonar terrible? —preguntó Rose, su preocupación aumentando mientras la condesa se cubría el rostro con las manos.

—Me di cuenta de que si Henry pensaba que aún estaba lesionada, estaría más dispuesto a casarse —confesó Beatrice, con el tono de una pecadora admitiendo un crimen terrible. Bajó las manos y miró a Rose con ojos suplicantes—. Debes pensar que soy horrible, ¿verdad?

—No sé qué pensar —respondió Rose, demasiado aturdida para ser otra cosa que completamente honesta. Nunca había oído hablar de un acto tan calculado en su vida. Una parte de ella estaba horrorizada por el engaño de la condesa, pero otra parte —aunque a regañadientes — admiraba su astucia.

—Sí piensas que soy horrible —sollozó Lady Beatrice, sus ojos verdes llenos de lágrimas—. Y no puedo culparte. Eres tan honesta, tan directa. Sé que nunca soñarías con hacer algo tan maquiavélico.

Rose vaciló, pensando en las veces que había usado pequeños engaños para evitar las órdenes de su padre. No era nada de esta magnitud, pero aun así... —No diría eso —murmuró, apartando la mirada.

—Nunca tuve la intención de que el engaño durara tanto —continuó Beatrice con voz débil—. Pero las semanas se convirtieron en meses, y los meses de alguna manera se extendieron a un año. Quedé atrapada en esa silla por mis propias mentiras, tan seguramente como si hubiera estado realmente paralizada. No sabía cómo terminarlo. Estaba desesperada hasta que llegaste tú.

—¿Yo? —Rose se sorprendió—. ¿Qué quieres decir? ¿Qué tiene que ver mi llegada con todo esto?

—Por primera vez desde el accidente, ese hijo obstinado mío accedió a participar en sociedad —explicó la condesa—. Oh, sé que fue solo una tarde —añadió rápidamente cuando Rose abrió

la boca para hablar—, y sí, terminó desastrosamente. Pero lo importante es que se involucró. Antes de ti, temía que nunca se casara. Pero cuando lo vi riendo y hablando con la señorita Felton... volví a tener esperanza.

El recuerdo de la fácil conversación de Henry con la señorita Felton causó una extraña punzada en el pecho de Rose, y se removió incómoda en su asiento. *¿Por qué debería molestarme eso?* Apartó el pensamiento, centrándose en el asunto en cuestión. —Puede ser, mi señora, pero no puede continuar con esta farsa. Es demasiado cruel, especialmente para él.

Lady Beatrice la miró con una mezcla de desesperación y culpa. —No puedo simplemente acercarme a él y confesarlo todo. Nunca me lo perdonaría. Lo arruinaría todo.

Rose simpatizaba con el miedo de la condesa, imaginando cómo podría reaccionar Henry ante tal revelación. El pensamiento le hizo sentir un nudo en el estómago. Aun así, no podía permitir que siguiera culpándose por algo que no era su culpa.

Una mentira que dura tanto tiempo solo puede causar más dolor. Golpeó el suelo con el pie, pensativa, tratando de encontrar una manera de equilibrar la compasión con la honestidad. Finalmente, tomó una decisión.

—Un mes —dijo con firmeza, su mirada fija en la de Lady Beatrice—. Te daré un mes para revelar la verdad, o me veré obligada a contárselo yo misma a Lord Ashbourne.

Lady Beatrice parecía querer discutir, pero ante la expresión determinada en el rostro de Rose, dejó escapar un suspiro de derrota. —Está bien —dijo, hundiendo los hombros—. Si insistes.

—Insisto —respondió Rose, con voz firme. La culpa que la había estado carcomiendo comenzó a aliviarse ligeramente, aunque permaneció un nudo de ansiedad—. Puedes empezar usando una silla de ruedas normal. Te dará más movilidad y ayudará a que tu recuperación parezca gradual y creíble.

La condesa hizo un puchero, claramente reacia. —¿Quieres decir que no se me permite una recuperación milagrosa? Qué lástima. Eso habría dado a nuestros invitados algo de qué cotillear durante años.

Rose resistió el impulso de poner los ojos en blanco.

—Y otra cosa —añadió, ignorando el sarcasmo de la condesa—. Nunca estuve de acuerdo con su decisión de mantener a su señoría en la oscuridad sobre nuestros invitados. Quiero su permiso para contarle sobre la fiesta.

—¡Contarle! —exclamó Lady Beatrice, con voz indignada—. Pero...

—Es eso o contarle sobre esto —dijo Rose con calma, cruzando los brazos sobre el pecho y sosteniendo la mirada de la condesa—. Tú eliges.

Los labios de Beatrice se fruncieron en un puchero rebelde.

—Como quieras —refunfuñó, claramente descontenta—. Pero debo decir que estoy decepcionada contigo. Pensé que eras mi amiga.

—Lo soy —dijo Rose con firmeza—, pero también me considero amiga de tu hijo. Y los verdaderos amigos no se engañan entre sí.

—¿Ah, no? —respondió Lady Beatrice con una sonrisa astuta—. Si tú lo dices, querida. Si tú lo dices.

Cuando Rose salió de la habitación, su mente bullía con el peso de lo que acababa de suceder. ¿Cómo se había visto envuelta en este engaño? ¿Y cómo podría guardar el secreto de la condesa por mucho más tiempo? El pensamiento de Henry, tan agobiado por la culpa y el deber, le conmovió el corazón y sintió que su determinación se fortalecía.

Le daría tiempo a Lady Beatrice para que dijera la verdad, pero de una forma u otra, Henry tenía que saberlo.

Capítulo Quince

Después de regresar a sus habitaciones, Rose descubrió que estaba demasiado inquieta para reanudar su trabajo. El sol que se filtraba por las ventanas era una dulce tentación que la alejaba de la tarea en cuestión. Un paseo le sentaría bien, decidió, algo para despejar su mente. Llamó a su doncella y treinta minutos después, estaba montada en la yegua que el conde había elegido para ella, con la cálida brisa acariciando sus mejillas mientras cabalgaba sobre la rocosa colina. Detuvo la yegua con una risa jubilosa, su corazón henchido de placer al contemplar la escena pastoral que se extendía ante ella.

Los exuberantes campos verdes se extendían frente a ella, pulcramente cercados por muros de piedra gris, mientras un arroyo cristalino caía sobre rocas cubiertas de musgo, sus suaves murmullos el acompañamiento perfecto para su soledad. A lo lejos, podía ver las ruinas que Henry le había mostrado en su primer paseo juntos, y por impulso, decidió acercarse para verlas mejor. Acababa de empezar a bajar la empinada colina cuando oyó que alguien la llamaba por su nombre.

Al girar la cabeza, vio a Henry cabalgando hacia ella, su figura recortada contra el cielo brillante, su semental negro moviéndose con una gracia fluida que le robó el aliento.

—Buenas tardes, señorita Sheffield —la saludó, su semental encabritándose ligeramente cuando lo detuvo junto a ella—. Un día precioso, ¿verdad?

—Muy hermoso —respondió Rose, su pulso acelerándose ante su presencia—. Estaba trabajando arduamente en mi habitación cuando miré por la ventana y vi todo este glorioso sol. No pude permanecer dentro ni un momento más. —Si esas damas de sociedad pudieran verlo ahora, montado en ese poderoso caballo, con el pelo revuelto por el viento, lamentarían sus crueles palabras, pensó con una sonrisa.

Sus ojos verdes brillaron ante su respuesta, con una luz juguetona bailando en ellos. —¿Ha desertado de su puesto? —Sus labios se curvaron en una sonrisa lenta e íntima, de esas que le enviaban una cálida oleada de consciencia.

El corazón de Rose dio un revelador vuelco ante esa sonrisa. —Eso parece —dijo, incapaz de resistirse a bromear en respuesta—. ¿Me hará fusilar?

—Ese es el castigo habitual para la deserción —le recordó, su voz profundizándose con humor —. Pero como yo también he desertado de mi puesto, supongo que tendré que ser indulgente.

Ella batió las pestañas juguetonamente. —Su señoría es demasiado amable —murmuró, con un tono tan dulce que lo hizo reír.

Como por un acuerdo silencioso, espolearon sus caballos hacia adelante, cabalgando lado a lado en un cómodo silencio. La calidez de la tarde, el ritmo de los cascos de los caballos y la fácil camaradería entre ellos crearon un capullo de tranquilidad. Sin embargo, bajo todo ello, Rose era agudamente consciente de la presencia de Henry, de la fuerza en las líneas de su cuerpo, de la confianza firme con la que sostenía las riendas. Hacía que su pulso se acelerara de maneras que se negaba a reconocer.

—¿Adónde se dirigía cuando la vi por primera vez? —preguntó Henry después de un rato, su voz rompiendo el silencio—. ¿A algún lugar en particular, o simplemente dejaba que su caballo la llevara donde quisiera?

—Me dirigía a las ruinas romanas —respondió Rose, decidiendo que este era un buen momento para hablarle de los inminentes invitados—. Pensé que a nuestros visitantes les gustaría verlas, así que quería asegurarme de poder encontrarlas por mi cuenta.

Como era de esperar, él se aferró inmediatamente a sus palabras. —¿Qué visitantes?

—Los que llegarán la semana que viene —dijo, tratando de sonar despreocupada aunque su corazón martilleaba en su pecho—. Usted dijo que su madre podía invitar a algunos amigos a quedarse con ella, ¿recuerda?

—Soy muy consciente de eso —replicó, su sonrisa desvaneciéndose mientras sus labios se apretaban en una línea sombría—. Pero no tenía idea de que las cosas hubieran avanzado tanto. ¿Cuánto tiempo llevan usted y mi madre planeando esto?

—Desde el día que llegó la carta de Lady Amberley —confesó Rose, con la garganta apretada. ¿Por qué su habilidad para el engaño la había abandonado ahora, de todos los momentos? Solía mentir con facilidad, diciéndose a sí misma que era por un bien mayor. Pero ahora, frente a Henry, sus defensas habituales se desmoronaban, y el peso de su engaño la oprimía.

—¿Y nunca pensó en informarme de estos planes? —exigió, deteniendo su caballo, sus ojos verdes destellando de incredulidad—. ¿Usted y mi madre invitaron a huéspedes a mi casa sin siquiera pedirme permiso?

La dureza de sus palabras hizo que Rose levantara la barbilla. La culpa la carcomía, sí, pero se negaba a dejar que la interrogara como si fuera una criminal común. —Usted ya dio su permiso, milord —le recordó con tono cortante—. Y en cuanto a mantenerlo informado, no vimos necesidad de molestarlo con detalles insignificantes: qué comida servir, qué habitación asignar. Sin embargo, si lo prefiere, estaría más que encantada de dejarle todo el asunto a usted. Estoy segura de que lo haría mucho mejor. —Empezó a girar su caballo, con toda la intención de alejarse cabalgando, pero Henry anticipó su movimiento.

En un instante, su mano salió disparada, agarrando sus riendas, obligándola a quedarse. El roce de sus dedos sobre los de ella le envió una descarga de conciencia: caliente, eléctrica, innegable. La tensión entre ellos crepitaba como el aire antes de una tormenta.

—Rose —dijo suavemente, y la forma en que pronunció su nombre —baja, peligrosa, íntima— hizo que se le cortara la respiración. Su mirada se encontró con la de ella, la intensidad en sus ojos haciendo que su estómago revoloteara—. No me importa la comida ni las habitaciones. Pero ¿no cree que, como dueño de esta propiedad, tenía derecho a saber sobre una casa llena de invitados que caerían sobre mí?

Su voz era suave, pero el fuego que ardía justo bajo la superficie era inconfundible. El pulso de Rose se aceleró, su corazón latiendo en respuesta al calor no expresado en su mirada. Debería apartarse, romper la conexión, pero en su lugar, se encontró inclinándose hacia él, atrapada en la atracción magnética entre ellos.

—Yo... yo no pensé... —balbuceó ella, pero sus palabras flaquearon bajo el peso de su mirada. Su mano aún sostenía la de ella, y Rose era agudamente consciente de la fuerza de su agarre, del calor de su palma contra sus dedos enguantados. Era mareante, esta cercanía, y todos sus pensamientos lógicos se dispersaron como hojas al viento.

Los ojos de él se suavizaron por una fracción, y por un latido, la tensión entre ellos cambió, convirtiéndose en algo más cálido, algo infinitamente más peligroso. —Rose —murmuró de nuevo, esta vez más suave, su pulgar rozando ligeramente sus nudillos.

Su respiración se entrecortó. Su toque era tan simple, tan inocente—y sin embargo envió una oleada de sensaciones a través de su cuerpo. Su piel ardía bajo su mano, su corazón latía acelerado en su pecho, y todo en lo que podía pensar era en lo peligrosamente cerca que estaban, en lo fácil que sería cerrar la distancia por completo.

Pero en lugar de acercarla más, Henry la soltó, su mandíbula tensándose como si estuviera librando alguna batalla interna. —La próxima vez —dijo, con la voz tensa—, dímelo. No disfruto siendo tomado por sorpresa.

Rose asintió, incapaz de formar una respuesta coherente. Su mano podría haber soltado las riendas, pero el peso de su intercambio persistía, pesado y cargado de significado no expresado.

Tragó con dificultad, tratando de componerse. —Lo haré —logró decir, su voz apenas un susurro mientras giraba su caballo, huyendo de la tensión entre ellos antes de que la consumiera por completo.

Por primera vez desde su encuentro poco ortodoxo, Henry ya no parecía una amenaza para su bienestar, sino más bien un peligro para algo mucho más vulnerable—su corazón. Y eso, se dio cuenta con una sensación de hundimiento, era el sentimiento más inquietante de todos.

—Sabes —dijo él, con voz baja y suave—, tu temperamento es lamentablemente corto.

—Al igual que el tuyo, milord —replicó ella, su tono igualando el de él, con los ojos ligeramente entrecerrados.

Él la observó por un largo momento, el silencio espeso entre ellos. Finalmente, sus labios se crisparon, el hielo derritiéndose en sus ojos color joya. —Quizás —admitió al fin—, pero como he explicado antes, parece que me parezco a mi abuelo—la Bestia de Thornfield Manor.

Rose recordó la conversación sobre el retrato del formidable quinto Conde de Ashbourne y su temible reputación. Sus labios se curvaron en una sonrisa desafiante. —¿Entonces admites que tus acciones han sido bestiales? —se atrevió, rogando que tomara las palabras como la broma que pretendía, y no se enfureciera.

Para su alivio, una sonrisa reluctante tiró de su boca. —Debería haber sabido que era mejor no cruzar espadas verbales contigo —dijo, el profundo rumor de diversión en su voz haciendo que su corazón saltara—. Has demostrado ser una maestra del juego. Muy bien entonces—¿cuándo podemos esperar que desciendan sobre nosotros las hordas invasoras?

Su repentina aceptación de los inminentes invitados hizo que Rose parpadeara sorprendida. Le tomó un momento recuperarse, encontrar su voz. —Comenzarán a llegar al final de la próxima semana —respondió, repasando mentalmente los preparativos—. Y el resto seguirá la semana siguiente.

—¿El resto? —Sus cejas se fruncieron con desagrado, la idea de su finca invadida por extraños claramente inquietándolo—. ¿Cuántos invitados esperas exactamente?

—Quince —dijo ella tan despreocupadamente como pudo—. Sin contar a los sirvientes y asistentes, por supuesto.

—¿Quince? —Su ceño se profundizó, y su mandíbula se tensó en clara frustración—. ¿Quiénes son exactamente estas personas?

Rose recitó la lista de invitados lo mejor que pudo, observando cómo la expresión de Henry se oscurecía con cada nombre. Para cuando había terminado, su humor se había tornado decididamente sombrío.

—Ya veo —dijo lentamente mientras continuaban cabalgando—, así que por eso lo está haciendo.

—¿Por qué quién está haciendo qué? —Rose fingió inocencia, pero sabía que no lo engañaría por mucho tiempo.

—Vamos, Rose. —Rió suavemente, el sonido bajo y cansado—. No te queda bien hacerte la tonta. Sabes perfectamente que mi madre orquestó toda esta fiesta en la casa para juntarme con posibles novias.

Rose inclinó la cabeza, considerándolo. —Bueno, ¡por supuesto que lo hizo! Me dijiste hace semanas que estaba ansiosa por verte casado. ¿Qué más querrías que hiciera la pobre señora?

Su franqueza pareció sorprenderlo. —¿Permitirme elegir mi propia novia, a mi propio tiempo? —sugirió secamente, aunque hubo un destello de algo más oscuro bajo el humor en sus ojos.

—No seas ridículo. —Le lanzó una mirada desdeñosa—. Si se dejara a los hombres a su suerte, la institución del matrimonio habría expirado hace años. Tienes más de treinta años, milord. Ya es hora de que tomes una esposa.

Sus palabras tocaron una fibra sensible, y los pensamientos de Henry se desviaron hacia la mujer a quien una vez ofreció su título—la mujer que había rechazado no solo su título sino a él. El recuerdo, antes agudo y doloroso, se había atenuado con los años, pero ahora, sentía algo más. Alivio. La realización lo dejó inquieto, y en su confusión, optó por bromear con Rose en su lugar.

—¿Y qué hay de ti, Rose? —Su voz bajó, deliberadamente provocativa al usar su nombre de pila para desconcertarla—. Estás al final de tus veinte, ¿no es así? ¿No deberías estar tomando un marido a estas alturas?

—¡Tengo solo veinticinco años! —replicó ella, con las mejillas sonrojadas—. Y en cuanto a tomar un marido, ¿por qué demonios querría hacer algo tan descabellado? Los maridos no son más que una molestia para una mujer inteligente como yo. Incluso si fuera tan tonta como para querer uno, ¿qué hombre querría atarse a una ratona de biblioteca mandona y de rostro común?

Su vehemente autodesprecio lo tomó por sorpresa. —No eres en absoluto común —dijo, su voz baja con un toque de enojo. ¿Cómo podía verse a sí misma en términos tan insultantes?

—No estamos hablando de mí —espetó Rose, claramente desconcertada por su propio arrebato —. Estamos hablando de ti. Eres el Conde de Ashbourne, y es tu deber casarte y producir un heredero. Si tu madre debe recurrir a maquinaciones para verte casado, es solo porque has sido tan negligente en atender el asunto tú mismo.

Habían llegado a las ruinas. Sin decir una palabra, Henry desmontó, la tensión entre ellos era palpable. Se acercó a ella, sus manos alcanzando su cintura con facilidad, bajándola como si no pesara nada. El calor de su contacto persistió mientras la guiaba hacia la capilla en ruinas, y Rose, inquieta por el repentino cambio en el ambiente, se sentó en una de las piedras caídas. Henry se paró frente a ella, apoyando una bota en la piedra a su lado, su mirada distante mientras contemplaba el horizonte.

—Sé que debería tomar esposa —dijo, su tono cargado de resignación—. Y mejor que nadie, sé dónde radica mi deber. Pero saber lo que uno debe hacer y actuar en consecuencia no siempre es lo mismo.

Rose vio las sombras en su expresión, la silenciosa angustia que marcaba las líneas de su rostro. Su corazón se compadecía por él, y debatió si decirle o no que conocía su pasado. Después de varios segundos de lucha interna, habló.

—Tu madre me contó sobre Lady Dumfries —dijo suavemente, mordiéndose el labio cuando lo vio estremecerse al oír el nombre—. Y aunque es lamentable que tu primer amor resultara ser una coqueta sin corazón, no debes permitir que su recuerdo dicte el resto de tu vida. Hay muchas otras mujeres en el mundo que considerarían un honor ser tu esposa.

—¿Las hay? —Sus labios se torcieron en una sonrisa amarga—. Si tales mujeres existen, ciertamente se han tomado su tiempo en hacerse notar.

El primer instinto de Rose fue consolarlo, pero sabía que él lo vería como lástima, una emoción que sin duda aborrecería. —¿Qué puedes esperar, escondiéndote aquí en Thornfield? —replicó, con tono áspero—. Tu madre me dice que han pasado años desde que asististe siquiera a una simple reunión.

—¿Te contó lo que pasó la última vez que asistí a uno de esos malditos eventos? —Su voz se tensó con emoción reprimida—. Le pedí a dos damas que se pararan conmigo para un cuadrille. Dos. Y ambas se desmayaron.

Rose pensó en lo imponente que podía ser Henry, especialmente con esa expresión severa suya, pero eso difícilmente excusaba los desmayos de esas tontas chiquillas. —Bueno, entonces —dijo, con tono ligero y burlón—, todo lo que puedo decir es que obviamente le pediste a las

damas equivocadas. ¿Puedes imaginar a la señorita Felton o a mí comportándonos de una manera tan singularmente tonta?

Su postura se tensó, y se irguió en toda su altura, sus ojos oscuros e indescifrables mientras se clavaban en los de ella. Su voz era baja, desafiante. —¿Estás diciendo que bailarías conmigo? — Su mirada la sostuvo, firme e inquebrantable, como si la desafiara a negarlo.

La pregunta inesperada la desconcertó. Por un instante, consideró reírse de ello, pero algo en su expresión, en la intensidad de su enfoque, la detuvo en seco. Tragó saliva, con nervios revoloteando inesperadamente. —Por supuesto que lo haría —dijo, aunque se le escapó una risa nerviosa. Su mente vagó hacia los años que había pasado en Richmond, sentada con las viudas, mirando a los bailarines con anhelo mientras fingía no importarle.

—Muy bien, entonces.

—¿Muy bien? —Parpadeó confundida—. ¿Muy bien qué?

—Muy bien —repitió, su voz tranquila sin ocultar la silenciosa exigencia debajo—. Asistiré a la próxima reunión, pero solo con una condición: debes estar allí, y debes bailar conmigo.

Se le cortó la respiración, su estómago dando un extraño y emocionado vuelco. La pura audacia de su petición la dejó muda de asombro. De no ser por la seriedad en su mirada, podría haberse echado a reír en voz alta. En cambio, se encontró atrapada entre la incredulidad y la tensión nerviosa. —Mi señor —comenzó, con voz titubeante mientras sus nervios la traicionaban —, soy la acompañante de tu madre...

—No, no lo eres —interrumpió suavemente, acercándose más. Su voz, baja y autoritaria, dejaba poco espacio para discusión—. Eres una invitada aquí, Rose, y nadie pensará que es extraño si te pido que bailes. Todo lo contrario, de hecho. ¿Qué clase de anfitrión sería si no me parara contigo?

Su respiración se entrecortó por la forma en que dijo su nombre, suave y posesivo, como si su título se hubiera desvanecido en el aire. Su lógica era sólida, y ella sabía muy bien que habría más escándalo si la desairara en la reunión que si bailara con ella. Aun así, algo en ella se resistía a la idea.

—Sí, supongo que es cierto —logró decir, su voz un poco sin aliento—. Pero aun así preferiría que le pidieras a una de las otras damas. La señorita Felton, tal vez, o una de las señoritas Darlington. Y, por supuesto, una vez que lleguen los invitados de tu madre, tendrás un sinfín de mujeres para elegir como pareja. —Su voz se apagó cuando un pensamiento repentino la golpeó, y volvió su mirada hacia él, la sospecha deslizándose en sus ojos—. Espera un momento... ¿Bailas, mi señor?

Su mandíbula se tensó, y ella notó el más leve apretón de sus puños a los costados. —Sí, bailo.

Ella no estaba dispuesta a dejarlo escapar tan fácilmente. —¿Qué hay del vals? —presionó, su voz teñida de picardía.

Él frunció el ceño, claramente desconcertado por su línea de preguntas. —¿Qué pasa con eso?

Ella dio un suspiro exagerado, cruzando los brazos sobre su pecho como si se dirigiera a un niño obstinado. —¿Bailas el vals?

Su ceño se profundizó. —No estaba de moda cuando estuve en Londres —admitió rígidamente —. Me temo que no lo hago. Pero dudo que sea un problema en la reunión. Derby no es Londres, y tal comportamiento escandaloso es mal visto aquí. Me sorprendería si el maestro de ceremonias permite un solo vals, si es que lo hace.

—Quizás —dijo Rose, con una mirada pensativa cruzando su rostro mientras recordaba el alboroto la primera vez que se bailó el vals en Richmond—. Pero los invitados de tu madre serán bastante más cosmopolitas, sospecho. Esperarán que se toque el vals en el baile de disfraces.

Henry abrió la boca para preguntar de qué baile de disfraces hablaba, pero la pregunta murió en sus labios cuando se le ocurrió un plan mucho más delicioso. Una lenta y maliciosa sonrisa curvó sus labios, y cruzó los brazos, inclinándose lo suficiente para que su voz bajara a un tono aterciopelado. —No veo gran dificultad —dijo, cada palabra una promesa sensual—. Si quieres que baile el vals, entonces simplemente tendrás que enseñarme.

El estallido de color que inundó las mejillas de Rose fue una visión que lo deleitó sin fin. —¡No puedo enseñarte a bailar el vals! —protestó, acalorada, su mano volando a su garganta.

—¿Por qué no? —Su sonrisa se ensanchó, su diversión inconfundible—. ¿Estás diciendo que no bailas el vals?

—¡Por supuesto que sí! —balbuceó ella, con el corazón palpitándole en el pecho—. Es decir, he aprendido el baile... pero nunca lo he interpretado realmente.

Él asintió satisfecho, como si eso zanjara el asunto.

—Entonces aprenderemos juntos —su mirada nunca se apartó de la de ella, y la intensidad de esta hizo que su estómago diera un vuelco una vez más—. ¿Cuándo te gustaría empezar?

Su boca se abrió para protestar más, pero cuando la realización de su derrota se hundió, solo pudo mirarlo boquiabierta con una frustración impotente. La había superado por completo en la maniobra.

—Estás disfrutando esto, ¿verdad? —murmuró, mirándolo con el ceño fruncido, su tono teñido de admiración reacia.

Su sonrisa se tornó diabólica.

—Aún no, querida —dijo, bajando la voz a un ronroneo bajo y juguetón—. Pero lo haré.

Capítulo Dieciséis

Durante los días siguientes, Rose se encontró en un torbellino de actividad, corriendo por Thornfield para asegurarse de que todo estuviera listo para la llegada de los invitados. Las habitaciones fueron limpiadas, se colocaron sábanas frescas y los últimos detalles de los planes de entretenimiento estaban tomando forma. Se organizaron picnics, excursiones a Derby para ver al famoso ministro y, por supuesto, innumerables juegos de cartas y fiestas de baile para mantener entretenidos a sus visitantes. Rose estaba decidida a que ninguno de ellos tuviera la oportunidad de aburrirse.

Después de mucha discusión con la condesa, habían decidido organizar un baile de disfraces, un lujo poco común en estos días, como había señalado Lady Beatrice. Su novedad lo convertiría en el tema de conversación del vecindario durante meses. Se habían enviado invitaciones informando a los invitados de la necesidad de disfraces, y se había enviado a uno de los lacayos a Derby para asegurarse de que hubiera suficientes disfraces disponibles para aquellos que no hubieran traído los suyos.

El día antes de que llegaran los primeros invitados, Rose estaba en la bodega, completando un último inventario. Ella y el mayordomo habían seleccionado varias botellas de oporto y brandy para la ocasión, pero Rose quería asegurarse de que también hubiera vinos más ligeros y jerez disponibles para las damas. Estaba examinando una botella de jerez español cuando oyó pasos y la voz de Henry llamándola por su nombre.

Levantó la mirada y, un momento después, él bajó ruidosamente por las escaleras, con una expresión entre impaciente y divertida.

—Aquí estás —dijo, con las manos firmemente plantadas en las caderas mientras la observaba —. ¿Qué demonios estás haciendo aquí abajo? Te he estado buscando por todas partes.

Rose le entregó la botella al silencioso mayordomo y se sacudió las manos.

—William y yo nos estamos asegurando de que la bodega esté adecuadamente abastecida —Alzó una ceja ante la repentina aparición de Henry—. ¿Ocurre algo malo?

Rezó para que no hubiera venido a preguntar por la misteriosa falta de recuperación de su madre. Hasta ahora, Lady Beatrice no había mostrado ninguna inclinación a comenzar su "milagrosa mejoría", y Rose empezaba a preguntarse si la condesa la desenmascararía.

—Olvida eso ahora —Henry ignoró completamente su pregunta y, antes de que ella pudiera objetar, extendió la mano para agarrar la suya—. Quiero que vengas conmigo.

Tomada por sorpresa, Rose se dejó llevar escaleras arriba, con las faldas recogidas en una mano mientras intentaba mantener el ritmo de sus largas zancadas.

—¿Adónde vamos?

—Al salón de baile —respondió por encima del hombro, con un tono exasperantemente críptico—. Hay algo que quiero mostrarte.

Su mente inmediatamente saltó a la lámpara de araña. *Oh, cielos*, pensó miserablemente. No había tenido tiempo de limpiarla todavía. Pero no era la lámpara de araña lo que la esperaba. En su lugar, cuando entraron en el salón de baile, la mirada de Rose se posó en una mujer pequeña y con gafas sentada al pianoforte.

—Esta —anunció Henry con una sonrisa pícara— es la señorita Brickley. Enseña música en uno de los seminarios de señoritas locales, y ha accedido amablemente a tocar para nosotros —Hizo una pausa, volviéndose hacia la señorita Brickley con una cálida sonrisa que hizo que la anciana se sonrojara como una debutante—. ¿No es así, señorita Brickley?

—Oh, sí, mi lord —tartamudeó, visiblemente nerviosa—. Estaré encantada de ayudar.

—Bien —Henry se volvió hacia Rose, su sonrisa se ensanchó y sus ojos brillaron con picardía —. Ahora, como he mencionado, nunca he bailado realmente el vals. Pero no soy tan salvaje como para desconocerlo por completo —Sin previo aviso, deslizó un brazo alrededor de su cintura, atrayéndola firmemente hacia él—. ¿Es esto correcto?

Las mejillas de Rose se encendieron al sentir su fuerte pecho presionado contra ella.

—Yo... sí, mi lord —logró tartamudear—, aunque quizás no tan apretado.

—¿Está mejor así? —preguntó, aflojando su agarre muy ligeramente.

Ella dio un paso atrás, aliviada de tener un poco más de espacio entre ellos.

—Sí, mi lord.

Si notó la calidad sin aliento de su voz, fue demasiado caballero para comentarlo. En su lugar, tomó su mano derecha en la suya, sus dedos se curvaron alrededor de los de ella con una intimidad que hizo que su pulso se acelerara.

—Y si no recuerdo mal —murmuró, su aliento agitando el cabello en la parte superior de su cabeza—, debo sostener tu mano así, ¿verdad?

Rose trató de ignorar la sensación de aleteo en su pecho, diciéndose firmemente que él solo estaba tratando de ponerla nerviosa y que no le daría la satisfacción de saber que lo estaba logrando. Tomando una respiración profunda para calmarse, se volvió hacia la señorita Brickley, que los observaba con interés no disimulado.

—Si pudiera empezar a tocar, señorita Brickley, comenzaremos.

Volviéndose hacia Henry, mantuvo su voz firme.

—Escucha la música —instruyó, con la mirada fija en un punto seguro justo más allá de su hombro—. Si alguna vez has bailado un minué, reconocerás la cadencia. ¿Puedes oírla?

Él escuchó atentamente, sus ojos se estrecharon ligeramente mientras la melodía llenaba la habitación.

—Creo que sí —respondió—. Mis tutores siempre afirmaron que tenía inclinación musical. Debería ser capaz de hacerte girar por la pista sin avergonzarnos a ambos.

Rose ignoró el tono burlón en su voz y se concentró en el frente de su camisa.

—Lo importante que hay que recordar —continuó— es que tu pareja buscará tu guía. Ella seguirá tu liderazgo, y es esencial que aprendas a señalar tus intenciones sin hablar.

—¿Y cómo hago eso? —preguntó, su tono dejando claro que encontraba todo esto divertido.

Rechinando los dientes de frustración, Rose deseó —no por primera vez— que no estuvieran en presencia de una tercera persona. Si la señorita Brickley no estuviera observando tan ávidamente, habría encontrado alguna manera de hacerle pagar por su insolencia. En su lugar, se forzó a sonreír dulcemente.

—Le das un ligero apretón, mi lord —respondió, clavando sus dedos en el hombro de él con más fuerza de la necesaria—. Así.

Si esperaba hacerlo estremecer, se llevó una decepción. Ni siquiera parpadeó, aunque el brillo travieso en sus ojos se hizo más pronunciado.

—Déjame asegurarme de que le he entendido correctamente, señora. Cuando deseo que mi pareja gire, hago... ¿esto? —Su mano se deslizó hacia adelante, su agarre apretándose lo suficiente para recordarle su fuerza.

Rose contuvo la respiración, pero se negó a darle la satisfacción de saber que la había desconcertado.

—Sí —masculló, mirándole fijamente mientras concedía una derrota temporal—. Eso es correcto, mi lord. ¿Empezamos? Un, dos, tres... un, dos, tres...

Para su sorpresa, Henry demostró ser un excelente alumno. Después de algunos tropiezos, captó el ritmo y comenzó a guiarla sin esfuerzo por la pista de baile. Para la tercera vuelta, Rose se encontró riendo a pesar de sí misma, olvidando la tensión anterior en el puro disfrute del momento.

—¡Bien hecho, señor! —exclamó, con los ojos brillantes mientras le sonreía—. Y yo que pensaba que habías dicho que no bailabas el vals.

—No creía que lo hiciera —respondió él, sus labios curvándose en una sonrisa que hizo que su corazón saltara. Por un momento, el tiempo pareció ralentizarse. Era agudamente consciente del calor de su aliento en su piel, el latido constante de su corazón contra el suyo. Sus ojos, de un verde esmeralda profundo, sostenían los de ella con una intensidad que aceleró su pulso.

Sus dedos se apretaron en el hombro de él, y por un breve y vertiginoso momento, olvidó dónde estaban. La cabeza de Henry se inclinó hacia la suya, su mirada oscureciéndose con algo que ella no estaba segura de estar lista para nombrar.

—¡Aquí estáis! —Una voz rompió el frágil momento, y se separaron de un salto cuando Lady Beatrice entró en la habitación en una silla de ruedas completamente nueva.

Henry se recuperó primero, aunque Rose aún podía sentir el calor de su mirada persistiendo sobre ella. Se volvió hacia su madre, su tono una mezcla de preocupación e irritación.

—¿Qué haces en ese artilugio? —exigió—. ¿Dónde está tu otra silla?

Lady Beatrice lo desestimó con un gesto despectivo.

—¿Esa monstruosidad? Está donde debe estar. Esas cosas —dio unas palmaditas a los reposabrazos de su nueva silla— son para ancianas. ¿Crees que quiero que nuestros invitados piensen que tengo un pie en la tumba?

—Ciertamente no, pero...

—Bien —le interrumpió, con un tono que no admitía discusión. Se volvió hacia Rose con una sonrisa—. Aquí estás, querida. Lady Amberley llegará en breve, y me pediste que te recordara que querías cambiarte a algo más apropiado.

Rose no había hecho tal petición, pero agradeció la excusa para irse.

—Gracias, mi lady. Iré a cambiarme de inmediato —Se volvió hacia Henry, forzándose a encontrar su mirada—. ¿Se unirá a nosotros, señor?

Los ojos de Henry permanecieron indescifrables, aunque su mandíbula se tensó mientras estudiaba su rostro.

—No me lo perdería por nada —respondió, su voz ronca con emoción apenas contenida.

Rose asintió bruscamente, luego se dio la vuelta y huyó del salón de baile, su corazón latiendo como si todos los sabuesos del infierno la persiguieran.

Capítulo Diecisiete

Lord y Lady Langwick, acompañados por su hija Lady Margaret, fueron de los primeros invitados en llegar. La marquesa y la condesa eran viejas amigas, y se saludaron como hermanas largamente separadas. Las dos damas se retiraron rápidamente a un rincón alejado del salón para renovar su amistad. Como Henry había sido llamado por una emergencia, le tocó a Rose entretener al marqués y a su hermosa hija.

Lord Langwick aceptó la ausencia del conde con un murmullo y un encogimiento de hombros, pero Lady Margaret fue mucho más vocal en su descontento.

—Debo decir que estoy bastante decepcionada —suspiró Margaret, con su boca de Cupido formando un bonito puchero mientras aceptaba el vaso de limonada que Rose le entregaba—. He oído tanto sobre su señoría, y realmente estaba ansiosa por conocerlo.

—Lord Ashbourne debería estar en casa pronto —dijo Rose educadamente, aunque no podía entender qué era lo que le molestaba de la vivaz morena—. Uno de los arrendatarios fue pisoteado por un caballo, y ha ido a ver cómo está.

Lady Margaret, aparentemente desinteresada en la explicación, continuó con su cháchara.

—Todas mis amigas están positivamente muertas de envidia. No ha estado en la ciudad durante años, y circulan las historias más deliciosas sobre él.

Se inclinó ligeramente, con los ojos brillantes de picardía.

—Dígame, señorita Sheffield, ¿es el conde realmente tan salvaje como dicen?

Los dedos de Rose se apretaron alrededor de su vaso, y por un momento, se sintió tentada de derramar su contenido sobre el hermoso vestido de Lady Margaret.

—Lord Ashbourne no es ni un poco salvaje —respondió, dejando la limonada con más fuerza de la necesaria—. Puede que no sea un petimetre de la ciudad, pero difícilmente es un bárbaro.

De hecho —Rose le lanzó una mirada penetrante a Margaret—, es un excelente bailarín. Nunca he bailado un vals con un hombre ni la mitad de grácil.

Margaret parpadeó, claramente desconcertada.

—Pero ¿cómo puede ser eso? —preguntó con el tono de una niña que descubre que no existe Papá Noel—. Una oye...

—Una oye muchas tonterías —interrumpió Rose, con la paciencia agotándose—. Eso no significa que una deba creerlas. Su señoría es su anfitrión, Lady Margaret, y estoy segura de que usted es demasiado dama como para participar en chismes ociosos sobre él.

Las mejillas de Margaret se volvieron tan rosadas como su vestido de muselina con volantes, y dejó su vaso con un golpe petulante.

—Si fuera tan amable de pedirle a uno de los sirvientes que me muestre mi habitación —resopló, con un tono tan frío como pudo reunir—, creo que me retiraré. Tengo un dolor de cabeza terrible.

Rose llamó a la doncella con el mismo aire de cortesía forzada, pero en el momento en que Margaret salió airada de la habitación, otro carruaje llegó al frente de la casa. Pronto, Rose se encontró nuevamente entreteniendo a un grupo de debutantes risueñas y con los ojos muy abiertos. Para cuando hubo acompañado a la última de ellas a sus habitaciones, todas firmemente puestas en su lugar, su paciencia comenzaba a deshilacharse por los bordes.

—Por Dios, Lady Ashbourne —suspiró en el momento en que se quedó a solas con la condesa —, ¿qué demonios escribió en esas cartas? Parecen ver a su hijo como si fuera una exhibición en la Casa Real de Fieras.

Los labios de Lady Beatrice se crisparon con diversión.

—Bueno, querida, Henry solo tiene que culparse a sí mismo —se reclinó en su nueva silla de ruedas, claramente complacida consigo misma—. Él es quien eligió darle la espalda a la sociedad, así que no podemos culparlas por formarse sus propias opiniones. Además, a las jóvenes les gusta un poco de misterio en un hombre. Los hace parecer mucho más atractivos de lo que realmente son.

—Un paso más allá de una jaula, diría yo —murmuró Rose, recordando la forma en que una joven dama, la señorita Ann Deveau, había temblado de horror delicioso ante la idea de conocer al Conde Negro.

—Tonterías, niña —replicó Lady Beatrice despreocupadamente—. Le prestas demasiada atención a las habladurías ociosas de la sociedad. Si estas muchachas bostezaran al mencionar el nombre de Henry, entonces tendríamos motivos de preocupación. Tal como está...

Se encogió de hombros con delicadeza.

Rose se mordió la lengua pero decidió tener una conversación tranquila con Henry antes de que las cosas se salieran de control. Si estas jóvenes empezaban a desmayarse o a actuar como si esperaran ser violadas en el momento en que lo conocieran, dudaba que alguna vez pudiera convencerlo de aventurarse de nuevo en la sociedad. Sin duda, se retiraría a uno de sus silencios melancólicos, y toda la reunión sería un desastre.

Se le pasó por la mente que tal resultado podría ser ventajoso para ella, pero lo apartó despiadadamente. El propósito de esta reunión era ayudar a Henry a reestablecerse en la sociedad, y estaba decidida a llevarlo a cabo. La única dificultad sería convencerlo de no perder los estribos la primera vez que una de estas jóvenes lo llamara "el Conde Negro" a la cara.

Pero ¿cómo? La pregunta ocupó su mente mientras se preparaba para la siguiente ola de visitantes.

Sus hombros estaban encorvados por el cansancio mientras Henry se abría paso por el pasillo trasero desde las cocinas. Había sido un día infernal, y anhelaba la privacidad de su habitación y unas horas de bendito silencio. Desafortunadamente, con la casa repleta de invitados, tal lujo tendría que esperar. Justo cuando maldecía su falta de soledad, una puerta se abrió delante de él y una mujer salió, casi chocando con él. Abrió la boca para ofrecer una disculpa automática, solo para darse cuenta de que era Rose.

—Ten cuidado, señora —bromeó, extendiendo instintivamente la mano para estabilizarla—. Esto es una pista de carreras, ¿sabes?

—¡Henry! Quiero decir... ¡Lord Ashbourne! —exclamó ella, pero el sonido de su nombre en sus labios le agradó más de lo que quería admitir.

—Y es una suerte para ti también —continuó, sin hacer ningún esfuerzo por apartarse y dejarla pasar—. Si hubiera sido uno de nuestros invitados, podrías haberlo hecho caer. Por una vez, parece que mi tamaño tiene sus ventajas.

Ella sonrió débilmente, pero en lugar de responder con su habitual réplica aguda, puso una mano en su brazo.

—¿Está todo bien? —Sus ojos brumosos escrutaron su rostro con preocupación—. ¿Cómo está el hombre que resultó herido?

En lugar de protegerla de la cruda realidad, Henry respondió con honestidad, sabiendo que ella apreciaría la verdad.

—Afortunadamente, se recuperará, pero pasarán meses antes de que pueda volver a caminar —suspiró, sintiendo que parte de la tensión abandonaba su cuerpo ante el reconfortante calor de su

toque. La mañana había sido brutal, pasada sujetando al hombre mientras le enyesaban la pierna destrozada. El recuerdo de los gemidos agonizantes del hombre aún resonaba en su mente. Apartó la escena macabra y se permitió contemplar el aspecto de Rose.

Ella había dejado de lado su habitual atuendo sencillo hacía algunas semanas, pero esta era la primera vez que la veía vestida de manera tan elegante. El vestido de muselina amarilla a rayas le sentaba bien, y le pareció completamente encantador.

—¿Cómo va todo por aquí? ¿Han llegado los invitados? —Su mirada se detuvo en un mechón suelto que se había escapado de su moño, y resistió el impulso de volver a colocarlo en su lugar.

Como si de repente fuera consciente de las conveniencias, Rose retiró la mano de su brazo, retrocediendo rápidamente.

—Me alegro de que hayas mencionado a los invitados. Creo que debo advertirte.

—¿Advertirme? —Alzó una ceja, confundido—. ¿De qué demonios estás hablando?

Ella dudó tanto tiempo que se preguntó si habría decidido no responder. Justo cuando estaba a punto de insistir en una explicación, ella soltó una risa nerviosa.

—Parece que el clero tenía razón, milord: leer a Byron tiene un efecto de lo más lamentable en la mente femenina.

Henry entrecerró los ojos con sospecha.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir —dijo ella con ligereza, aunque él pudo oír la nota burlona debajo—, que tú, señor, has sido considerado por nuestras invitadas más jóvenes como el epítome de uno de los héroes taciurnos de Byron.

—¿Qué?

Ella se rio, aún evitando su mirada.

—Debes saber que las damas te consideran un señor oscuro y misterioso. Para ellas, eres material de leyenda, y están completamente asombradas contigo. Pensé que te gustaría saberlo.

Henry sintió que el calor le subía a las mejillas. Temía que lo miraran como si fuera una especie de rareza, pero lo último que esperaba era que lo vieran como una figura romántica. La idea era tan absurda que una sonrisa reticente tiró de las comisuras de su boca.

—¿Byron? —repitió, con los labios temblando mientras la miraba.

—Sin duda. Los poemas épicos de su señoría están de moda entre las jóvenes damas en estos días —dijo, levantando los ojos para encontrarse con los suyos—. Si quieres mi opinión, ya están medio enamoradas de ti. Tu madre me dice que no hay nada como una reputación oscura y

misteriosa para hacer que una dama se desmaye. Puede que necesitemos pedir una caja entera de sales aromáticas si planeas sobrevivir a la próxima quincena.

Henry se rio de la imagen, levantándole el ánimo por primera vez en todo el día. De repente, la perspectiva de que Thornfield fuera invadido por invitados no parecía tan sombría. Ni siquiera se había dado cuenta de que habían empezado a caminar juntos por el pasillo, con su mano apoyada ligeramente en el brazo de ella mientras se dirigían hacia la parte delantera de la casa.

En honor a la primera noche de los invitados en Thornfield, se había invitado a cenar a varios miembros de la nobleza local. Rose se sintió aliviada al ver que la señorita Felton había aceptado su invitación. La joven lucía encantadora con un modesto vestido de satén topacio, sus largos rizos recogidos hacia atrás. Se acercó a Rose con una sonrisa agradecida.

—Señorita Sheffield —saludó la señorita Felton, lanzando una mirada melancólica hacia Lady Margaret, que llevaba un impresionante vestido de seda blanca adornado con capullos de rosa rosa—. Me temo que puedo estar un poco desaliñada.

Rose siguió su mirada, notando cómo la vivaz morena, Lady Margaret, coqueteaba descaradamente con Henry. Él, para disgusto de Rose, parecía estar resistiendo admirablemente las atenciones de la joven dama.

—Aún es joven, así que debemos perdonar sus excesos —respondió Rose en voz baja, para que su conversación no fuera escuchada—. Solo me sorprende que su madre le haya permitido llevar algo tan... extravagante.

La mirada de la señorita Felton se dirigió a la marquesa, que estaba sentada a la izquierda de Henry.

—Yo no —murmuró, y luego se cubrió rápidamente la boca, con los ojos muy abiertos por el horror—. No puedo creer que haya dicho eso. ¡Qué horrible por mi parte! —Sus mejillas se sonrojaron de vergüenza.

—Bah —respondió Rose con brusquedad, sintiéndose como una pecadora de corazón negro por corromper la naturaleza gentil de la señorita Felton—. Si hubieras oído cómo ella y su hija estaban chismorreando antes, no te sentirías tan culpable. Además —añadió, echando un vistazo al elaborado vestido de Lady Margaret—, no es menos que la verdad.

—¿De qué estáis cuchicheando vosotras dos? —La voz de Lady Beatrice interrumpió su conversación, con una expresión de curiosidad—. Habéis estado sentadas con las cabezas juntas toda la noche.

—Estábamos discutiendo sobre ruinas romanas, milady —mintió Rose con facilidad, sin perder el ritmo—. La señorita Felton me estaba contando que hay varias en la zona que podrían

interesar a nuestros invitados.

—Deben referirse a la base del ministro y la torre vieja —añadió suavemente Nathan Langford, sentado cerca, ofreciendo una sonrisa alentadora a ambas damas—. Se dice que forman parte de la Principia.

—¿Principia? —preguntó Rose, agradecida por la oportuna intervención. Había conocido al señor Langford esa misma noche y lo encontró bastante encantador. A pesar de su apariencia pulida, era notablemente accesible, y entendía por qué Henry le tenía aprecio.

—El cuartel general de la guarnición —explicó—. Derby fue una vez la capital militar de la Britania romana.

Sus ojos color avellana se posaron brevemente en la señorita Felton, quien sonrió con modestia.

—No tenía idea de que estuviera interesada en la historia romana, señorita Felton.

—Hay mucho sobre mí, señor, que usted no sabe —respondió la señorita Felton con una sonrisa tranquila, casi burlona—. Pero sí, es uno de mis intereses. ¿Creo que también es un tema de interés para usted, milord? —Se volvió ligeramente, dirigiendo su pregunta a Henry, que se había movido para pararse junto a Langford.

—De hecho, lo es —respondió Henry con una sonrisa.

—Quizás podríamos ir todos a caballo a la ciudad mañana y visitar estas ruinas —sugirió Lady Langwick, su voz llevando un tono de desaprobación mientras miraba a su hija, claramente molesta porque Margaret estaba permitiendo que otra joven dama atrajera tanta atención masculina—. Mi hija es igualmente aficionada a las ruinas, ¿no es así, querida?

Margaret, rápida en responder a la sutil indicación de su madre, puso una brillante sonrisa.

—Oh, sí, me encantan.

—¿Están embrujadas? —llamó la señorita Dorth desde su lugar a mitad de la mesa, con voz ansiosa—. ¡Me encantan las buenas ruinas! Una de mis novelas favoritas estaba ambientada en una capilla en ruinas embrujada por el espíritu más terrible. ¡Declaro que apenas pude terminarla!

Henry se rio ante la idea, sacudiendo la cabeza.

—En cuanto a los espíritus, señora, no puedo decirlo. Pero las ruinas son bastante espectaculares. Si todos están de acuerdo, estoy seguro de que podemos organizar algo.

La excursión propuesta se convirtió en el tema principal de conversación durante el resto de la comida, y para cuando las damas se levantaron para dejar a los caballeros con su oporto, todos estaban de un humor inesperadamente cordial. Las damas se retiraron al salón para chismorrear,

y cuando los caballeros finalmente se unieron a ellas, era evidente que los viajes del día habían pasado factura a los invitados. Se decidió que esa noche no habría partidas de cartas, y la reunión pronto se disolvió.

La señorita Felton y su prima, que actuaba como su carabina, también se prepararon para marcharse. Se produjo una pequeña batalla de voluntades cuando el señor Langford insistió en escoltarlas.

—Es usted muy amable, señor —dijo la señorita Felton con rigidez, su voz traicionando la fría cortesía de sus palabras—, pero le aseguro que no es necesario. La señora Thorne y yo conseguimos llegar hasta aquí sin ser atacadas, y cabe suponer que podremos hacer el viaje de vuelta con la misma seguridad.

—Quizás sea yo quien necesite protección de usted —respondió el señor Langford con una sonrisa, sus ojos brillando con perezosa provocación—. Además, como ambos viajamos por el mismo camino, tiene sentido que vayamos juntos. A menos, claro está, que usted se oponga a mi compañía —Alzó una ceja burlona.

Ante el desafío directo, la señorita Felton no tuvo más remedio que acceder. Después de despedirse de su anfitrión y de Rose con una cortesía educada, aunque algo rígida, partió en un revoloteo de faldas de satén. Rose la vio marcharse, perpleja por el comportamiento de la joven normalmente bien educada. Sin embargo, con el terrateniente y la familia Darlington también despidiéndose, no hubo tiempo para detenerse en el asunto.

Una vez a solas, Lady Beatrice se desplomó en su silla con un suspiro de alivio.

—¡Gracias a los cielos que ha terminado! —Lady Beatrice se abanicó vigorosamente—. No puedo imaginar qué me poseyó para invitar a tanta gente aquí, ¡y esto es solo la mitad de ellos!

—¿Está bien, madre? —preguntó Henry, entrecerrando los ojos con preocupación mientras la estudiaba detenidamente.

—¡Por supuesto que lo estoy! —replicó ella, irguiéndose con un toque de indignación—. ¡No soy tan vieja como para que una simple cena me lleve a la tumba! Ahora, ¿realmente planeas ir a Derby mañana, o era todo palabrería para complacer a las damas?

Él parecía estar reprimiendo una risa. —Tenía la intención de hacer un viaje a Derby, aunque no necesariamente mañana.

—¿Y por qué no mañana?

—¿No fue ese impertinente Franklin quien dijo: "Nunca dejes para mañana lo que puedas hacer hoy"? Si es lo suficientemente bueno para un americano, seguramente lo es para ti.

Henry se rio y aceptó su derrota con una reverencia de buen humor. —Como digas, madre. Veré qué puedo hacer.

—Bien —Se volvió hacia Rose, con un brillo travieso en los ojos—. ¿Y tú irás con ellos?

—Pensé que podría —respondió Rose, su sonrisa ensanchándose al ver a Henry tan fácilmente manejado por su madre—. Pero si se me necesita aquí...

—¡Tonterías! —interrumpió Lady Beatrice antes de que pudiera terminar—. Esa es precisamente la razón por la que debes ir. Has estado trabajando como una troyana esta última semana, y un poco de ejercicio es justo lo que necesitas para devolver el color a tus mejillas. Además —añadió con una mirada astuta—, puedes dar un buen ejemplo a las damas más jóvenes.

—La señorita Sheffield es nuestra invitada, madre —intervino Henry en un tono ligeramente reprobatorio—. No parece apropiado esperar que se gane el pan. Estoy seguro de que Lady Langwick y las otras mamás proporcionarán una supervisión adecuada.

Lady Beatrice alzó la mirada al cielo en una exagerada exasperación. —Como desees, querido. Estoy segura de que tú sabes mejor.

Pasaron la siguiente hora charlando despreocupadamente, con Lady Beatrice manteniéndolos a ambos entretenidos mientras diseccionaba despiadadamente a los invitados de la noche y sus numerosas locuras. Incluso Henry se unió, sus observaciones secas y cansadas haciendo que Rose estallara en risas encantadas.

Pero a medida que avanzaba la noche y Lady Beatrice se excusó, la conversación entre Rose y Henry se volvió más tranquila, más íntima. El tiempo pareció deslizarse sin ser notado. Rose solo comenzó a sentir su paso cuando Henry la sorprendió inclinándose hacia adelante, capturando su mano en la suya. El calor de su toque era eléctrico, y sintió un repentino e inusual ardor florecer en su pecho.

—Desearía que me hicieras el honor de dirigirte a mí por mi nombre de pila —dijo él, su voz profunda y seria mientras sus ojos se encontraban con los de ella. El peso de su mirada la mantenía cautiva.

El corazón de Rose dio un salto ante sus palabras, su pulso acelerándose al sentir las manos de él acunando las suyas. —Yo... me gustaría eso —murmuró, sintiendo el suave ardor de su nombre en sus labios—. Henry —El sonido se sentía extraño pero emocionante—. Y te doy permiso para usar mi nombre de pila también... si lo deseas.

Sus labios se curvaron en una sonrisa lenta e íntima. —Lo deseo —dijo suavemente, dando un suave apretón a su mano antes de reclinarse en su silla, aunque sus ojos nunca dejaron su rostro

—. Ahora que estamos en términos tan íntimos —continuó, su tono más ligero—, quizás me dirás de qué estaban realmente hablando tú y la señorita Felton durante la cena.

Rose parpadeó, tomada por sorpresa. —¿Perdón?

—No intentes alimentarme con esas tonterías sobre ruinas romanas y Derby —Su sonrisa se ensanchó al ver su mirada incrédula—. Vi tu cara, Rose. No estaban discutiendo nada tan mundano como antigüedades.

Rose se sorprendió de lo bien que la había leído. Él era más agudo de lo que le había dado crédito, y la realización la inquietó e intrigó a la vez. Le lanzó una mirada juguetona pero resentida desde debajo de sus pestañas.

—En realidad, mi lord —enfatizó deliberadamente su título, haciéndole saber que no estaba del todo lista para bajar la guardia—, estábamos discutiendo algo incluso más prosaico que las antigüedades.

Él alzó una ceja. —¿Y qué podría haber sido eso?

—Moda —respondió ella con una media verdad, su tono dulce pero afilado—. La señorita Felton temía que su vestido fuera inadecuado para la ocasión, y yo la estaba tranquilizando. ¿Eso satisface tu curiosidad, Henry?

Él mantuvo su mirada, una sonrisa burlona tirando de sus labios. —Por el momento —concedió, aunque sus pensamientos estaban lejos de estar resueltos. Se preguntó qué haría ella si besara ese puchero desafiante de sus labios. El pensamiento lo había estado atormentando durante días, y de repente, supo que no podía pasar otro momento sin descubrir la respuesta por sí mismo.

Dejando de lado cada pizca de precaución que había cultivado cuidadosamente a lo largo de los años, Henry se inclinó hacia adelante. Sus manos se cerraron alrededor de las de ella, atrayéndola más cerca mientras se ponía de pie, tirando de ella suave pero inexorablemente con él.

—¡Henry! —Las manos de Rose volaron a sus anchos hombros, sus ojos abiertos de sorpresa —. ¿Qué estás haciendo?

—¿Qué crees que estoy haciendo? —Su voz era baja, divertida, pero sus ojos verdes se habían oscurecido con una intensidad que hizo que su pulso se acelerara—. Rose, no puedes ser tan inocente.

Ella lo miró fijamente, con una tormenta de emociones agitándose en su interior. Los brazos de él la rodeaban ahora, firmes y posesivos, y su corazón latía aceleradamente, no por miedo, sino por algo mucho más peligroso. ¿Acaso podría ser deseo? Sus rodillas se sentían débiles, y su

confusión solo se profundizó cuando presionó una mano contra el pecho de él en un intento fútil de apartarlo.

—Si estás intentando intimidarme para que confiese algo —comenzó ella, con voz temblorosa—, puedes pensarlo de nuevo.

—No estoy intentando intimidarte —murmuró él, con sus labios tan cerca de su oído que ella podía sentir el calor de su aliento—. Estoy intentando besarte.

Y entonces, sin darle oportunidad de responder, inclinó la cabeza y reclamó sus labios.

El primer roce de su boca contra la de ella fue suave, tentativo, pero envió una oleada de calor a través de su cuerpo que la dejó temblando. Era todo lo que había imaginado que sería —dulce, insoportablemente dulce— y aún mucho más. Las manos de él se apretaron alrededor de su cintura, atrayéndola más cerca, y por un momento, el mundo se desvaneció, dejando solo el calor de su cuerpo, la presión de sus labios y la vertiginosa necesidad que crecía entre ellos.

Para Henry, el beso era todo lo que había anhelado. La había deseado desde el momento en que ella irrumpió en su vida, de pie sobre él con ese ridículo calentador de cama en la mano. Había sido una tentación desde el principio, y ahora, con su suave cuerpo presionado contra el suyo y sus labios cediendo a los de él, sabía que nunca podría dejarla ir. El sabor de ella era embriagador, una promesa de placeres por venir, y gimió internamente mientras el deseo lo invadía. Quería profundizar el beso, reclamarla completamente, pero su honor lo contuvo. Ella merecía algo mejor que ser arrebatada en una sala de estar.

Con esfuerzo, se obligó a retroceder, aunque casi lo mató hacerlo.

—He estado deseando hacer eso desde que te vi por primera vez —susurró, apartando un rizo rebelde de su frente—. Eres... una tentación imposible, mi dulce.

Las mejillas de Rose se encendieron ante sus palabras, y se encontró incapaz de mirarlo a los ojos. Debería abofetearlo, lo sabía. Una dama apropiada lo haría. Pero su corazón aún latía aceleradamente, su cabeza dando vueltas por la intensidad de su beso, y estaba demasiado desorientada para siquiera pensar en alejarse. Peor aún, se dio cuenta, era que no quería alejarse.

—Yo...

—No. —Su voz era suave pero firme mientras apoyaba su pulgar en la mandíbula de ella, inclinando su rostro hacia arriba para encontrarse con su mirada—. Sé que esto no debería haber sucedido —admitió, su pulgar trazando lentos círculos sobre su piel acalorada—. Pero no fingiré arrepentirme. Y espero que tú tampoco te arrepientas. ¿Lo haces?

Conmovida por la vulnerabilidad en sus palabras, Rose colocó su mano sobre la de él, presionándola contra su mejilla. —No me arrepiento de nada —susurró, su voz suave pero

segura.

—Bien. —Exhaló, sus ojos oscureciéndose una vez más mientras su pulgar se deslizaba sobre sus labios—. No podría soportarlo si lo hicieras.

Antes de que ella pudiera responder, él inclinó la cabeza de nuevo, robándole otro beso rápido y ardiente que la dejó sin aliento. Luego, con lo que pareció un esfuerzo hercúleo, dio un paso atrás, sus manos apretadas a los costados como si quisiera evitar alcanzarla de nuevo.

—Quizás —dijo con voz ronca—, sería mejor si nos despidiéramos. —Sus ojos se demoraron en ella, ardiendo con deseo no expresado, antes de que finalmente se obligara a mirar hacia otro lado—. Entonces... ¿nos acompañarás a Derby mañana?

A Rose le tomó un momento procesar sus palabras, su mente aún nublada por el calor de su beso. —Yo... estaba planeando hacerlo, sí —balbuceó, rogando que no le pidiera quedarse atrás. Tenía que verlo de nuevo, incluso si significaba estar rodeada de una docena de otras personas.

Él asintió bruscamente, su voz aún áspera por la pasión apenas contenida. —Entonces te veré mañana.

—Buenas noches, Henry —susurró ella, su corazón aún acelerado mientras él se daba la vuelta y se alejaba, dejándola de pie en medio de la habitación, sintiéndose como si el suelo se hubiera movido bajo sus pies.

Rose pasó una noche inquieta reviviendo el beso, sus pensamientos girando sin cesar entre el recuerdo de los labios de Henry sobre los suyos y la forma en que su fuerte y musculoso cuerpo se había presionado tan íntimamente contra ella. Se estremeció al recordar la embriagadora mezcla de deseo y miedo que casi la había abrumado. Gracias al cielo que él había sido lo suficientemente noble como para terminar el abrazo cuando lo hizo, reflexionó, volteándose sobre su espalda con un profundo suspiro. El mero pensamiento de lo que podría haber sucedido si no hubiera mostrado tal moderación la hizo estremecerse.

No es que nunca la hubieran besado antes, se tranquilizó, frunciendo el ceño al techo. No era una descarada, pero tampoco era completamente inocente. Había habido algunos besos robados durante su juventud, pero ninguno de ellos la había hecho olvidarse de sí misma tan completamente. Henry había despertado algo dentro de ella que la asustaba tanto como la excitaba: una pasión implacable que nunca había conocido. Temía haber estado a punto de ofrecerle no solo su cuerpo, sino también su corazón.

Cuando finalmente despertó a la mañana siguiente, Rose tenía los ojos nublados y estaba tensa, su sueño había sido demasiado escaso y demasiado lleno del vívido recuerdo de su beso. Se mantuvo oculta en su estudio durante la mayor parte de la mañana, fingiendo trabajar en los

arreglos finales para el baile de disfraces. Maggie le informó que Henry había realizado sus deberes matutinos habituales y esperaba regresar al mediodía. La noticia le permitió exhalar un pequeño suspiro de alivio. Tal vez para entonces, podría controlar sus emociones y enfrentarlo con alguna apariencia de calma.

Partieron hacia Derby después del almuerzo, viajando en tres carruajes separados. En honor a la ocasión, Rose llevaba uno de sus vestidos nuevos: una atractiva muselina color cereza, con un sombrero de paja adornado con una cinta a juego posado pulcramente sobre sus rizos. Una sombrilla a rayas y un par de mitones de ganchillo completaban el conjunto. Se sentía lo suficientemente confiada para mantenerse a la altura de las bellezas bien vestidas. Que le importara tanto su apariencia la dejó sintiéndose levemente avergonzada, pero al menos finalmente se estaba comportando como una dama. Su padre, pensó con una sonrisa sombría, sin duda estaría gratificado.

En Derby, se encontraron con la señorita Felton y el señor Langford en la catedral, donde admiraron las elevadas vidrieras. Pero Rose, siempre observadora, notó que la señorita Felton parecía algo inquieta. Aprovechando la oportunidad para una palabra en privado, la apartó suavemente.

—¿Está todo bien, señorita Felton? —preguntó Rose, su voz suave con preocupación mientras estudiaba las mejillas sonrojadas de la otra mujer.

La señorita Felton vaciló, su mirada desviándose nerviosamente hacia el señor Langford. —Lamento ser una compañía tan pobre —confesó, el color en sus mejillas intensificándose—. Pero ese hombre miserable me ha estado molestando toda la mañana, ¡y juro que he llegado al límite de mi paciencia!

Rose parpadeó, sorprendida por la vehemencia en su voz. —¿En serio? —Miró agudamente al señor Langford, entrecerrando los ojos—. ¿Ha estado haciendo avances indebidos? Si es así, estoy segura de que Lord Ashbourne no tendría reparos en hablar con él.

Los ojos de la señorita Felton se agrandaron alarmados, su mano voló a su boca.

—¡Oh, no! ¡No es eso en absoluto! —Su rubor se intensificó mientras miraba de reojo al señor Langford—. Es simplemente que él insiste en creer que encuentro sus atenciones halagadoras cuando, en realidad, ¡es insoportable! ¡Me sigue como un perro y no puedo librarme de él!

Rose arqueó una ceja, reprimiendo una sonrisa. Había algo en el tono de la señorita Felton —algo justo debajo de la superficie— que no coincidía del todo con la indignación en sus palabras.

—¿Estás segura de que es solo su persistencia lo que te molesta? —preguntó, con voz suavemente burlona—. Me parece que podría haber algo más que eso.

La señorita Felton se mordió el labio, luciendo nerviosa.

—Yo... él es... Supongo que puede ser encantador cuando se lo propone —admitió a regañadientes, levantando el mentón en desafío a sus propios sentimientos—. Pero ¡es irritante! Parece que disfruta provocándome.

La sonrisa de Rose se hizo más profunda.

—Tal vez esa es su forma de mostrar afecto —sugirió—. Los hombres a menudo hacen las cosas más extrañas cuando están interesados.

El rubor de la señorita Felton volvió con toda su fuerza, y desvió la mirada, claramente inquieta.

—Si ese es el caso, entonces desearía que mostrara su interés de una manera menos exasperante.

—Si te causa más problemas —dijo Rose, incapaz de resistir su diversión—, no dudes en decírselo a su señoría. Pronto pondrá en su lugar al señor Langford. Aunque —añadió con una risita—, sospecho que puede que realmente no quieras que lo haga.

Los ojos de la señorita Felton se agrandaron de nuevo, pero esta vez hubo un destello de algo más que irritación —algo que hizo que Rose creyera que el apuesto granuja podría tener una mejor oportunidad con ella de lo que se daba cuenta.

—Si continúa molestándome —murmuró la señorita Felton con sentimiento—, yo misma lo empujaré desde la torre de la catedral.

Mientras tanto, Henry estaba cerca, escuchando a medias a Lady Langwick exaltar las vidrieras de la catedral. Su mirada, sin embargo, permanecía fija en Rose. Ella estaba de pie bajo los arcos de piedra, la luz colorida de las ventanas proyectaba un resplandor radiante sobre su piel pálida. La visión le quitó el aliento. Siempre la había considerado hermosa, pero hoy... hoy, era más que eso. Era completamente cautivadora.

Como si sintiera su mirada, ella levantó la vista de repente, sus ojos encontrándose a través de la sala. En ese breve momento, el mundo a su alrededor se desvaneció, dejando solo a los dos. Su corazón retumbaba en su pecho, y no podía apartar los ojos de ella. Todo en lo que podía pensar era en el beso que habían compartido la noche anterior.

El sabor de sus labios persistía en su lengua, dulce e intoxicante. Había pasado toda la noche obsesionado con ello, reproduciéndolo en su mente con creciente frustración. Incluso mientras realizaba sus deberes matutinos, el recuerdo se había aferrado a él, haciendo que sus pantalones se apretaran incómodamente mientras su deseo por ella ardía bajo la superficie. Terminar el beso

había sido una de las cosas más difíciles que había hecho jamás, y había tenido que apelar a cada pizca de su autocontrol para retroceder antes de perderse por completo.

Apretó la mandíbula, su cuerpo tenso por el esfuerzo de contenerse. Si la hubiera besado por más tiempo, no estaba seguro de que hubiera podido detenerse. Pero lo había hecho —porque era un caballero. Y aunque no se arrepentía de nada de ese beso, sabía que tenía que ser cuidadoso. La próxima vez, no estaba seguro de poder ser tan noble.

Cuando Rose bajó la mirada y se alejó, con las mejillas sonrosadas, Henry sintió una poderosa oleada de emoción —una mezcla de anhelo y frustración que le hizo querer cruzar la habitación y tomarla en sus brazos de nuevo. Pero antes de que pudiera actuar por impulso, otro grupo de visitantes entró en el claustro, sus voces rompiendo el hechizo.

—¡Cielos, Lord Ashbourne! ¿Eres tú? —La voz de una mujer cortó sus pensamientos, afilada como una cuchilla.

La sangre de Henry se heló. Esa voz. Sus músculos se tensaron mientras una profunda y familiar amargura lo invadía. Lentamente, se volvió para enfrentar a la que hablaba, con el pavor acumulándose en su pecho.

De pie frente a él había una mujer impactante, sus ojos índigo brillando con traviesa picardía y la misma sonrisa brillante y burlona que recordaba demasiado bien.

Carla.

Su corazón martilleaba en su pecho mientras los recuerdos volvían a él —la humillación, la risa, el cruel apodo que ella le había lanzado frente a todos en Almack's. "El Buey de Oxford". La vergüenza lo había marcado, y ese momento había moldeado gran parte del hombre en el que se había convertido.

—¿Me reconoces? —preguntó Carla, su voz tan ligera y confiada como siempre—. ¡Soy Carla! ¿Qué estás haciendo aquí?

Capítulo Dieciocho

La mandíbula de Henry se tensó mientras las emociones lo invadían: una mezcla amarga de ira y una vieja y cruda vulnerabilidad que había despreciado durante mucho tiempo. Carla Witherspoon —no, Lady Dumfries— había sido una vez el objeto de su afecto. Lo había cautivado en su juventud, hasta que lo humilló públicamente y destrozó sus ilusiones sobre el amor, el honor y la sociedad.

Al principio, no podía creer que realmente fuera ella quien estaba frente a él. Durante años, había imaginado cómo reaccionaría si sus caminos se cruzaran de nuevo. Se había imaginado a sí mismo compuesto, ingenioso, indiferente. Pero ahora, confrontado por ella en carne y hueso, todo lo que podía hacer era mirar fijamente. El entumecimiento helado que se había apoderado de él amenazaba con traicionar su apariencia tranquila, y consciente de que se había convertido en el centro de atención de todos, Henry se obligó a recuperarse.

—Buenas tardes, Lady Dumfries —dijo, logrando una educada reverencia a pesar de la tensión en su voz—. No había oído que estuviera en la zona. ¿Confío en que se encuentra bien?

Sus ojos, antes tan azules como los zafiros con los que tontamente los había comparado en su juventud, chispearon con diversión.

—Oh, Henry —arrulló, sus labios curvándose en una sonrisa juguetona—, apenas sé cómo responder a eso. Estoy bastante bien, pero me temo que mi pobre esposo no lo está. Falleció hace más de un año.

Henry sintió que el calor de la vergüenza le subía a las mejillas, llevándolo de vuelta a la torpeza de su juventud.

—Ya veo —murmuró, sintiendo de repente su corbatín como un nudo alrededor del cuello—. Mis condolencias, milady.

—Es usted muy amable —respondió ella con un perezoso movimiento de su abanico, su voz goteando falsa modestia—. Pero ha pasado algún tiempo, y me he resignado a estar sola. ¿Y qué hay de usted, Henry? ¿Qué le trae a Derby, y en tan animada compañía? Había oído que se había convertido en una especie de recluso, raramente visto fuera de su finca.

Rose, que había estado observando este intercambio con creciente incomodidad, aprovechó la oportunidad para dar un paso adelante, su tono cortante.

—Su señoría ha tenido la amabilidad de mostrarnos la ciudad —dijo, su voz cortando el aire como una cuchilla.

La mirada de Carla se dirigió a Rose, y sus ojos se estrecharon ligeramente.

—¿De verdad? —ronroneó, el sonido más de serpiente que de mujer—. Qué afortunada es usted, señorita...?

—Señorita Sheffield —proporcionó Rose, sosteniendo la mirada de la marquesa con fría compostura.

—Ah —dijo Carla suavemente, su sonrisa afilándose—. En ese caso, ¿quizás no les importaría si mis amigos y yo nos uniéramos a su grupo? El día ha sido terriblemente aburrido.

Los tres dandis que seguían a Carla intercambiaron miradas incómodas, y las damas que los acompañaban se movieron inquietas. La marquesa claramente se había hecho indeseable, pero no había una manera elegante de rechazarla sin causar una escena. Antes de que Rose pudiera pensar en una respuesta adecuada, Carla entrelazó su brazo con el de Henry, reclamándolo con la arrogancia casual de una mujer a la que nunca se le había negado nada.

—Criatura atrevida —Rose oyó murmurar a Lady Langwick a una de las otras madres—. Parece que los rumores son ciertos después de todo. Bastante audaz, ¿no es así?

—Una odia hablar mal de los muertos —murmuró recatadamente la señora Darlington, aunque su satisfacción apenas estaba oculta—. Pero he oído que su difunto esposo no solo toleraba sus travesuras sino que las alentaba. Mi esposo dice que el marqués incluso consentía sus indiscreciones, y... —bajó la voz— había... otros.

Rose reprimió un gemido de frustración. Normalmente, no tenía gusto por el chismorreo, pero algo sobre Lady Dumfries le hacía querer conocer hasta el último detalle escandaloso. Quizás era la forma en que revoloteaba entre los hombres, coqueteando abiertamente tanto con el señor Langford como con Henry, aferrándose a este último con arrogancia posesiva. La visión hizo que las manos de Rose se apretaran alrededor de su sombrilla. Cómo anhelaba abofetear a esa mujer o, al menos, borrar esa sonrisa presumida de su rostro.

Mientras Rose hervía de rabia, Henry estaba perdido en sus propios pensamientos turbados. La conmoción de ver a Carla de nuevo comenzaba a disiparse, y al hacerlo, sus emociones cambiaron. Donde una vez podría haber sido consumido por la ira o incluso el anhelo, ahora solo sentía una apática indiferencia —y quizás un leve sentimiento de alivio. El tiempo y la distancia le habían mostrado la verdadera naturaleza de Carla. Era hermosa, sí, pero fría y calculadora. Gracias a Dios que lo había rechazado todos esos años atrás. Se estremeció al pensar cómo podría haber sido la vida como su esposo.

—Está usted bastante callado, milord —la voz de Carla se deslizó en sus pensamientos, su mano apretándose en su brazo—. ¿En qué está pensando?

Henry la miró, sus ojos fríos. Por un breve momento, consideró responderle honestamente, decirle exactamente lo que pensaba de ella ahora. Pero años de autocontrol duramente ganado lo mantuvieron a raya.

—Estaba pensando, milady, que debería visitar Derby con más frecuencia —dijo suavemente, su mirada deslizándose lejos de la de ella—. Esta es la primera vez que visito la catedral desde la muerte de mi padre.

Los labios de Carla se fruncieron con leve decepción.

—He oído que habrá una asamblea mañana por la noche —aventuró, su voz adoptando un tono aburrido—. Los entretenimientos rurales pueden ser terriblemente aburridos, pero si usted asiste, quizás yo también vaya. —Le lanzó una mirada lánguida, sus pestañas bajando—. Estoy segura de que podríamos encontrar formas de mantenernos entretenidos.

Henry recordó los días en que una sola mirada de esos ojos de zafiro lo habría deshecho. Ahora, no sentía nada. Bueno, casi nada. Le divertía ver cuán desesperada estaba ella por recuperar su favor —muy lejos de la altiva joven que lo había rechazado tan cruelmente.

—Como anfitrión, me temo que estaré ocupado con mis invitados —respondió él con ligereza —. Pero estoy seguro de que puedo hacer tiempo para una vieja amiga.

La sonrisa de Carla vaciló por una fracción de segundo antes de recuperarse, con una risa brillante y artificial.

—Preferiría que me llamaras *querida* amiga —le corrigió, batiendo sus pestañas—. Después de todo, "vieja amiga" suena terriblemente anticuado, ¿no crees?

La sonrisa de Henry se afiló.

—Como si alguien pudiera confundirte con algo menos que una debutante de rostro fresco — replicó, sorprendido por la facilidad con que le salieron las palabras. Era la influencia de Rose, se

dio cuenta. Su ingenio había afilado el suyo propio, y por primera vez, sintió que realmente había salido de la sombra de sus inseguridades juveniles.

Sin darse cuenta, Rose le había enseñado a bajar los muros que había construido alrededor de su corazón, y en lugar de sentirse expuesto o vulnerable, se sentía libre. La realización lo llenó de un repentino deseo de regresar a Thornfield—de estar cerca de ella de nuevo. Pero primero, necesitaba liberarse de las garras de Carla.

Estaba buscando una excusa cuando uno de los dandis de Carla, Sir Charles Chesterfield, se adelantó, recordándole rígidamente que los esperaban en otro lugar para tomar el té. La mirada que Carla le lanzó fue fulminante, pero cuando se volvió hacia Henry, su sonrisa era toda dulzura.

—El deber llama —dijo, extendiéndole la mano—. Esperaré con ansias verte mañana por la noche.

Los ojos de Henry brillaron con fría diversión mientras se inclinaba sobre su mano.

—Lo mismo digo, Lady Dumfries —murmuró suavemente—. Lo mismo digo.

Regresaron a Thornfield Hall con un ánimo mucho más bajo que cuando habían partido, y Rose no se sorprendió en lo más mínimo cuando la mitad de los invitados alegaron repentinos dolores de cabeza y se retiraron a sus habitaciones. Dios sabía que ella estaba tentada de fingir una dolencia similar, pero como Lady Dumfries le había recordado tan despreocupadamente, el deber llamaba. Rose se detuvo solo lo suficiente para lavarse la cara y las manos antes de apresurarse hacia el salón, donde Lady Beatrice estaba sentada, con la impaciencia grabada en sus facciones.

—¿Y bien? —exigió la condesa en el momento en que Rose entró—. ¿Henry distinguió a alguna dama con sus atenciones?

—Se podría decir que sí —respondió Rose, hundiéndose cansadamente en una silla frente a ella—. Mostró una marcada preferencia por una dama en particular. Lo vi besarle la mano al menos dos veces.

—¿Dos veces? —Los ojos de Lady Beatrice brillaron—. ¿Fue esa encantadora señorita Felton? ¿No dije que harían una pareja perfecta?

—Así lo dijo —Rose suspiró—. Pero no, la señorita Felton no fue el objeto del favor de su señoría.

El ceño de la condesa se frunció.

—¿No estaría cortejando a una de esas chicas Darlington, verdad? —preguntó, frunciendo el ceño—. Son bastante dulces, pero demasiado jóvenes. No quisiera que se dijera que Henry

escogió a su novia directamente de la guardería.

Una sonrisa irónica tiró de los labios de Rose.

—En efecto, no —le aseguró, con voz tranquila pero firme—. La dama en cuestión está más cerca de su propia edad.

—¿De verdad? —Los ojos de Lady Beatrice se estrecharon, perplejos—. No recuerdo a nadie de edad adecuada, a menos que... —Se interrumpió, sus ojos brillando con repentino horror—. Seguramente no estaría coqueteando con una de las madres, ¿verdad?

Rose casi se rió ante la idea de Henry persiguiendo a Lady Langwick por los claustros, pero su diversión fue fugaz.

—No, mi señora —dijo suavemente.

—Entonces, ¡maldita sea!, ¿quién era? —espetó Lady Beatrice, su paciencia deshaciéndose.

—Lady Carla Dumfries.

El color desapareció del rostro de Lady Beatrice, sus manos volando hacia su garganta.

—¿Qué? —jadeó, mirando a Rose como si hubiera pronunciado la más indecible de las obscenidades—. No, no puede ser. Si me estás engañando, Rose, juro que me enojaré mucho contigo.

Rose dejó escapar un pesado suspiro.

—No estoy bromeando, mi señora. Ojalá lo estuviera —Procedió a relatar cada doloroso detalle del encuentro, su voz apagada por la fatiga.

Cuando terminó, Lady Beatrice permaneció inmóvil, su rostro una máscara de horror.

—¿Y dices que mi hijo *alentó* a esta... esta desvergonzada? —Su voz temblaba de furia—. ¡Me niego a creerlo! No puede carecer tanto de orgullo.

—Le dije que deberíamos haberle advertido de la presencia de la marquesa —murmuró Rose infelizmente—. Si hubiera sabido que ella estaba cerca, podría haberse preparado. Pero tal como fue, ella simplemente apareció ante él, y...

Lady Beatrice se erizó ante la leve acusación, sus ojos destellando.

—No veo cómo habría marcado la diferencia —dijo rígidamente—. Si está tan embelesado con la mujer como dices, difícilmente habría importado.

—No dije que estuviera embelesado —replicó Rose, su voz quebrándose cuando un dolor agudo e inesperado le oprimió el pecho. Apenas anoche, Henry la había besado con tanto fervor, la había sostenido como si fuera la única mujer en el mundo. Y ahora... parecía haber olvidado su misma existencia. Oh, había sido lo suficientemente educado en el viaje de regreso de Derby, pero su humor había sido taciturno y distraído. No hacía falta mucha imaginación para adivinar

quién había ocupado sus pensamientos. El conocimiento hizo que su garganta se apretara con lágrimas contenidas.

—...estás pasando —concluyó la condesa con un suspiro cansado, su voz sacando a Rose de sus pensamientos.

—¿Perdón, mi señora? —preguntó Rose, parpadeando para alejar el ardor de sus ojos.

—Dije —repitió Lady Beatrice pacientemente—, que con todos sus defectos, mi hijo no es ningún tonto. Puede que crea que está enamorado de ella como lo estuvo en su juventud, pero una vez que vea a Lady Dumfries por lo que es —una pequeña jade intrigante y sin corazón— se dará cuenta de que no es nada más que las últimas brasas de una llama hace mucho extinguida.

Rose deseaba poder creer eso. Pero conocía demasiado bien a Henry. Ya no era un muchacho inexperto, fácilmente influenciado por pasiones fugaces. Era un hombre de convicciones, y cuando entregaba su corazón, era un acto deliberado e irrevocable. El pensamiento hizo que sus manos temblaran, y la delicada taza de porcelana tintineó en su platillo.

—¡Cielos, Rose!, ¿te encuentras mal? —preguntó Lady Beatrice, sus ojos agudos estrechándose con preocupación—. Te has puesto pálida.

—No es nada, mi señora —respondió Rose, forzando una sonrisa mientras apartaba cuidadosamente la taza—. Solo un leve dolor de cabeza.

—Entonces debes ir a tu habitación de inmediato —declaró Lady Beatrice con autoridad—. Nunca deberías haber bajado en primer lugar.

—Pero los invitados...

—¡Oh, tonterías! —interrumpió la condesa con un gesto desdeñoso—. He estado atendiendo invitados desde antes de que tú usaras andadores. Además —añadió con una sonrisa irónica—, tu dolor de cabeza parece ser contagioso. La mitad de la casa se ha retirado temprano.

Rose no se molestó en responder a la pulla. —Si está segura de que no será un inconveniente —dijo, levantándose de su silla—, agradecería el descanso.

—Ve, niña —dijo Lady Beatrice, dándole una palmadita amable en la mano—. Si algo sale mal, mandaré llamar a Henry. Ya es hora de que empiece a cumplir con su deber hacia los invitados.

Rose parpadeó para contener las lágrimas que amenazaban con derramarse ante la inesperada amabilidad de la condesa. —Es usted muy buena conmigo, mi señora —murmuró, inclinándose para dar un ligero beso en la mejilla de la mujer mayor—. Buenas tardes.

Lady Beatrice la observó marcharse, con sus propios ojos humedeciéndose. Tan pronto como se quedó sola, sacó el pequeño retrato de su difunto esposo, que colgaba de una cadena alrededor

de su cuello. —Maldita sea, Ashbourne —murmuró, frunciendo el ceño ante la miniatura de su rostro pintado—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

Capítulo Diecinueve

Así que aquí es donde te has estado escondiendo —bromeó Henry, con voz ligera pero teñida de un matiz más profundo, al encontrar a Rose recogiendo flores la tarde siguiente. No se había dado cuenta de cuánto la había estado buscando hasta ese momento, sintiendo cómo su corazón se alegraba inesperadamente al verla. Llevaba un sencillo vestido de seda color lavanda y crema, cuyos suaves tonos complementaban la cesta de flores que cargaba, y se encontró pensando que se veía tan hermosa como las rosas que llevaba en sus manos.

—Buenas tardes, mi lord —respondió ella, con un tono tan frío como cálidos eran sus ojos, que lo miraban desde debajo del ala ancha de su sombrero de paja—. ¿Necesitaba algo?

El trato formal, así como la frialdad en su voz, hicieron que Henry arqueara una ceja sorprendido.

—Para empezar, podrías llamarme Henry —dijo, recordándole suavemente la promesa que había hecho no hacía mucho. Sin esperar permiso, alargó la mano y le quitó de los dedos la rosa que acababa de cortar. Sosteniendo su mirada, se llevó la flor a la nariz, inhalando su dulce fragancia antes de besar sus suaves pétalos, para luego devolvérsela en silencio.

Para su deleite, el gesto no pasó desapercibido. Sus mejillas se tiñeron del más suave tono rosado.

—Como desees... Henry —murmuró, volviendo rápidamente su atención a las flores, con las manos de repente ocupadas—. ¿Hay algo más que necesites? Lady Langwick está muy ansiosa por que termine de cortar estas flores a media tarde. Tenemos que hacer ramos para todas las damas, ¿sabes?

Henry sintió un destello de frustración. Hace solo dos noches habían estado en los brazos del otro, encerrados en un apasionado abrazo. Ahora, ella lo trataba como si no fuera más que un conocido casual. La repentina distancia entre ellos le hizo querer atraerla de nuevo a sus brazos,

recordarle que él era mucho más que eso, pero la razón le decía que este no era ni el momento ni el lugar. Aunque no tenía intención de dejar el asunto sin resolver. Silenciosamente, le quitó las tijeras de los dedos y cortó una sola rosa blanca.

—¿Asistirás a la reunión con nosotros? —preguntó, haciendo girar la flor entre su pulgar y su índice.

Su frente se arrugó confundida.

—Por supuesto —respondió, con tono cortante—. Me hiciste prometer que bailaría el vals contigo, ¿recuerdas?

—Lo recuerdo —contestó él, con voz baja, casi ronca—. Pero pensé que quizás tú lo habías olvidado... junto con algunas otras cosas.

Sus ojos se entrecerraron ante el comentario velado.

—¿Qué otras cosas?

Él solo sonrió ante su suave demanda indignada.

—Te lo diré más tarde —prometió, cortándola antes de que pudiera insistir—. ¿De qué color es tu vestido de baile?

—¿Mi vestido? —Parpadeó, momentáneamente desconcertada por el cambio de tema—. Es rubí. ¿Por qué?

—Entonces lleva esto —dijo, entregándole la flor salpicada de rocío.

Rose aceptó la rosa con un ceño escéptico.

—¿Y por qué debería hacerlo?

—Por el efecto, para empezar —respondió, con la comisura de la boca curvándose hacia arriba divertido ante su evidente sospecha—. El contraste será impresionante.

—¿Y la otra razón? —preguntó ella, con la voz más afilada ahora, presionándolo cuando él no elaboró.

—Me dirá que estás pensando en mí —dijo suavemente, su tono repentinamente serio—, como yo estaré pensando en ti.

Sin previo aviso, tomó su mano entre las suyas y la llevó a sus labios para besarla, demorándose lo suficiente para que el gesto hiciera que su respiración se entrecortara.

Sus ojos se encontraron, y en las profundidades doradas de los de ella, vio el mismo tormento y deseo no expresado que lo había estado atormentando durante días. Sus dedos se apretaron alrededor de los de ella, y por un momento imprudente, se sintió tentado a dejar de lado su contención, a atraerla a sus brazos y besarla hasta dejarla sin sentido, sin importar las

consecuencias. Pero algo —honor, o quizás autopreservación— lo contuvo, y con un suspiro silencioso, soltó su mano, sintiendo ya el peso del arrepentimiento asentarse sobre él.

Dio un paso atrás, dejándola de pie entre las flores, un tenue rubor aún coloreando sus mejillas. No tenía idea de en qué punto estaban, solo que se sentía más solo y conflictuado que nunca antes.

Después de retirarse de los jardines, Rose se retiró a su habitación, con la mente dando vueltas con pensamientos sobre el comportamiento de Henry. Estaba furiosa —furiosa con él por su descarado coqueteo, pero aún más furiosa consigo misma por dejarse cautivar tan fácilmente por su refinado encanto. Hasta ayer, él había sido el último hombre al que hubiera tachado de libertino, pero ahora... Ahora no estaba tan segura. Seguramente solo un hombre de principios bajos besaría a una mujer bajo la luz de la luna y luego cortejaria las atenciones de su amor perdido al día siguiente. El pensamiento trajo un brillo de lágrimas a sus ojos mientras miraba por la ventana.

Amor perdido. El término la hizo estremecerse. Cuando Henry la había besado, ¿había estado pensando en Lady Dumfries? Tal vez si hubiera sabido que ella estaba en la zona, recién enviudada y libre de su anterior matrimonio, nunca la habría tocado, nunca la habría besado a *ella*, a Rose. Pero incluso su mente lógica no podía darle sentido a sus acciones de esta tarde. Él ya sabía sobre Lady Dumfries, y aun así había besado su mano, sus ojos traicionando un deseo que apenas podía comprender.

¿Realmente se preocupaba por ella? ¿O simplemente estaba jugando con ella, como los hombres de su rango a menudo hacían con las mujeres de posición inferior? La pregunta la carcomía, retorciéndose dolorosamente en su corazón. Deseaba saber la respuesta, y deseaba, aún más fervientemente, saber qué demonios iba a hacer al respecto.

Todavía no estaba más cerca de resolver este enigma cuando Maggie entró, apresurándose para ayudarla a vestirse para la cena.

—Te estás volviendo toda una dama de sociedad, ¿no es así? —regañó Maggie con buen humor mientras se ponía a trabajar arreglando el cabello oscuro de Rose en un pulcro moño en la parte posterior de su cabeza—. Te retiras a tu habitación con dolor de cabeza todas las tardes, y luego deambulas pálida y delicada como una de esas señoras que siempre llevan un frasco de sales aromáticas a mano. Lo próximo será que te desmayes, ya lo verás.

—No me sermonees, Maggie —murmuró Rose, apenas mirando su reflejo. Había estado esperando con ansias la reunión desde que se mencionó, pero ¿ahora? Ahora se preguntaba si

podría excusarse. No estaba segura de poder soportar ver a Henry valseando con la marquesa, todo sonrisas y confidencias susurradas.

—Si no te sermoneara, estarías peor —resopló Maggie, tomando un collar de delicada filigrana de oro, adornado con rubíes, y abrochándolo alrededor del cuello de Rose—. Una joven necesita un poco de aliento de vez en cuando, y es mi deber asegurarme de que lo recibas.

—Un deber que pareces disfrutar —murmuró Rose, aunque no había verdadero veneno en su voz.

—No seas insolente. Sabes perfectamente que solo tengo tus mejores intereses en mente —respondió Maggie, fijando hábilmente unos pendientes a juego con rubíes en su lugar. Dando un paso atrás, examinó su obra con ojo crítico—. Ya está, te ves espléndida, si me permites decirlo. Escuché que Lady Langwick sugirió que usaras uno de esos horribles turbantes, pero me alegro de ver que no le hiciste caso. Tienes un cabello precioso, y sería una pena esconderlo.

La mención de Lady Langwick hizo que los labios de Rose se curvaran en una pequeña sonrisa irónica, recordando su conversación de esa tarde.

—Por supuesto, no hay nada más triste que una dama que se niega a aceptar la inevitabilidad de sus años —había declarado Lady Langwick, mirando a Rose con una mirada penetrante—. Las damas solteras de cierta edad deberían aceptar su destino y usar las cofias y turbantes que la sociedad considera apropiados para una solterona. Es mucho más digno que aferrarse a rizos juveniles, ¿no está de acuerdo, señorita Sheffield?

Rose se había sentido bastante deprimida en ese momento, lamentando sus propias penas, pero el comentario pomposo de Lady Langwick había sido exactamente lo que necesitaba para salir de ese estado. No había nada que Rose disfrutara más que desinflar tales aires pretenciosos. Había tomado un delicado sorbo de té, sonriendo dulcemente mientras respondía:

—En efecto, mi lady. Y me alegra ver que su hija sigue su excelente consejo. Es una cofia encantadora la que lleva, Lady Margaret —había añadido con un leve toque de malicia.

—Esto no es una cofia —había resoplado Lady Margaret, con el rostro enrojecido—. Es un chapeau francés, ¡y es la última moda en Londres!

—Mi error, entonces —había respondido Rose con fingida dulzura, sintiendo una deliciosa satisfacción hasta que había visto a Henry al otro lado de la habitación.

Su expresión había sido cuidadosamente neutral, pero sus ojos bailaban con risa silenciosa. Había levantado su taza de té en un saludo burlón, y por un breve y perfecto momento, Rose había sentido una cercanía con él más fuerte que cualquier cosa que hubieran compartido antes.

El recuerdo de ese momento compartido ahora hizo que se le cortara la respiración. Miró fijamente al espejo, con el pulso acelerado, mientras finalmente se daba cuenta de la verdad. Amaba a Henry.

—Buenas noches, señorita Sheffield. Ese es un vestido hermoso que lleva.

La voz suave atravesó la ensoñación de Rose. Levantó la mirada desde el banco donde había buscado refugio y encontró a la señorita Felton de pie frente a ella. Por un momento fugaz, estuvo tentada de pedirle a la joven —a quien había llegado a considerar como una amiga— que la dejara en paz. Pero los buenos modales prevalecieron sobre su deseo de soledad, y logró esbozar una débil sonrisa.

—Gracias, señorita Felton —dijo en voz baja, deslizándose en el banco para hacer espacio—. ¿Puedo decir que usted también se ve encantadora?

—Si lo desea —respondió Lydia con un susurro de seda azul polvo mientras se acomodaba junto a Rose. Cuando estuvo satisfecha con la caída de sus faldas, se volvió hacia Rose con una cálida sonrisa—. Ahora que hemos terminado con las cortesías, desearía que me llamaras Lydia. Y tu nombre es Rose, ¿no es así?

Rose asintió, conmovida por la oferta de amistad.

—Mi padre me nombró por la Rosalind de Shakespeare —explicó, curvando ligeramente los labios ante el recuerdo—. Era profesor de literatura en Cambridge y estaba enseñando "Como gustéis" cuando mi madre me dio a luz. A menudo he estado agradecida de que no estuviera dando clases sobre "Tito Andrónico" en ese momento.

Lydia soltó una risita.

—Un giro afortunado del destino, sin duda. Aunque... —Su mirada se desvió hacia Lady Dumfries—. ¿Qué crees que habría pensado Shakespeare de nuestra alegre viuda?

Rose siguió la mirada de Lydia a regañadientes.

—Algo mordaz, sin duda —dijo, apartando la mirada rápidamente—. Tenía ojo para personajes como ella.

—Y una pluma a juego —añadió Lydia, desplegando su abanico y agitándolo delicadamente —. El señor Langford me dijo que era la amante del Duque de Edimburgo hasta que la dejó de lado cuando ella lo presionó para que se casaran.

Rose no se sorprendió por la noticia, habiendo ya tomado la medida de la viuda con una sola mirada. Lo que sí la sorprendió, sin embargo, fue que el señor Langford hubiera compartido un detalle tan escandaloso con Lydia. Jugueteó con su propio abanico antes de responder.

—Eso suena como algo que ningún caballero debería compartir con una dama —comentó, con la mirada fija en Lydia con suave reproche.

Para su asombro, Lydia se sonrojó.

—En realidad fue mi culpa —confesó, bajando la mirada a sus manos—. Lo regañé por permitir que una coqueta tan obvia lo envolviera alrededor de su dedo. Él me aseguró que no tenía nada que temer... que no tenía intención de ofrecer matrimonio a... bueno... "mercancía usada", como él lo expresó.

Rose parpadeó ante la cruel frase, pero antes de que pudiera presionar más a Lydia, una sombra cayó sobre ellas. Levantó la mirada y su corazón se detuvo cuando vio a Henry de pie frente a ella.

—He venido a reclamar mi vals —dijo con esa voz profunda y familiar—. Me lo prometiste, después de todo.

Como si alguna vez pudiera olvidarlo. Los pensamientos de Rose se agitaron mientras lo miraba, grabando cada detalle de su rostro en su memoria. ¿Lo había amado incluso entonces, cuando la tomó en sus brazos por primera vez? La pregunta llenó su mente de dolorosa confusión.

—¿Rose? —Sus cejas se fruncieron con perplejidad—. ¿Ya no deseas bailar el vals?

Su pregunta la sacó de sus pensamientos, y se levantó rápidamente. Después de murmurar una disculpa cortés a Lydia, permitió que Henry la condujera a la pista de baile, donde las parejas ya se estaban reuniendo con anticipación.

Él deslizó un brazo firme alrededor de su cintura, su mano envolviendo la de ella mientras esperaban que la música comenzara. —Veo que llevas mi rosa —murmuró, con voz baja mientras la acercaba más—. Me alegro.

Rose estaba decidida a no dejarse encantar por sus palabras. —Como dijiste, complementa mi vestido —respondió rígidamente, intentando alejarse.

Él no se lo permitió, sosteniéndola aún más cerca. —Quería decirte —susurró mientras comenzaban a deslizarse por la sala al compás de la música cadenciosa—, que te ves increíblemente hermosa esta noche. Casi esperaba tener que luchar contra una legión de pretendientes para reclamar mi vals.

Rose, que había pasado más tiempo en su banco que en la pista de baile, vio a través de la adulación inmediatamente. Levantó su rostro hacia el de él, lista para regañarlo por decir tales tonterías. Pero cuando sus miradas se encontraron, vaciló. Había algo en su mirada que la

confundía, algo casi... sincero. Si no lo hubiera visto antes, bailando con Lady Dumfries, podría haber creído que estaba cautivado por ella. Rápidamente descartó la idea como una tontería.

Tuvo que recordarse a sí misma que Henry Ashbourne era un libertino, un hombre en quien no se podía confiar. Si hubiera sabido que intentar domarlo llevaría a esto, nunca lo habría intentado.

Mientras Rose se reprendía interiormente por su tontería, los pensamientos de Henry estaban igualmente enredados. Había pasado la mayor parte de la velada en compañía de Lady Dumfries, y con cada momento que pasaba, se había cuestionado cómo alguna vez había creído estar enamorado de ella. Era tan despreciable como recordaba, su conversación superficial y egocéntrica. Se aferraba a él, descarada y sugerente, como si esperara que él volviera a caer en sus brazos sin dudarlo.

Pero a través de todo esto, sus pensamientos habían permanecido en Rose. Tan hermosa como se veía Lady Dumfries en su atrevido vestido de seda dorada, era Rose, con su vestido simple y modesto, quien realmente había captado su atención. Y donde la conversación de Carla lo había aburrido hasta el punto de reprimir bostezos, el ingenio rápido y la inteligencia de Rose habían movido algo mucho más profundo en él.

Ahora le parecía asombroso que alguna vez hubiera considerado una vida con Carla. ¿Cómo pudo haber sido tan ciego? Todo el tiempo que había estado con ella, sus pensamientos habían estado en otra parte: en Rose.

Se rio suavemente para sí mismo, sintiéndose abrumado por lo absurdo de la situación.

Rose frunció el ceño ante el sonido. —¿Algo le divierte, milord? —preguntó fríamente, con voz helada.

La sonrisa de Henry se ensanchó, disfrutando completamente del fuego en sus ojos. —Muchas cosas —respondió, inclinándose ligeramente, con la mirada intensa. Estaba a punto de sugerir un paseo por el balcón cuando el maestro de ceremonias se acercó corriendo a ellos, con el rostro pálido de preocupación.

—¡Lord Ashbourne! ¡Lord Ashbourne! —exclamó el hombre, sin aliento—. ¡Debe venir de inmediato, su madre se ha desmayado!

Capítulo Veinte

¡Ojalá todos dejaran de alborotarse y me dejaran en paz! —La voz de Lady Beatrice resonó por el salón de baile mientras Rose y Henry se apresuraban hacia el pequeño grupo reunido a su alrededor. Henry apartó bruscamente a un hombre, con el rostro pálido de preocupación mientras se arrodillaba junto a su madre.

—¿Estás bien? —preguntó, con voz suave a pesar de la opresión en su pecho mientras tomaba su mano—. ¿Qué ha pasado?

—Fue la cosa más tonta, en realidad —murmuró Lady Beatrice, pareciendo más avergonzada que herida—. Se me cayó el bolso, y cuando me incliné para recogerlo, me caí de la silla. Ahora ayúdame a levantarme, por el amor de Dios. Este maldito suelo es como hielo.

La impaciente exigencia alivió el temor inicial de Henry, y se inclinó para ayudarla a ponerse de pie. Estaba a mitad de camino de levantarla cuando ella dio un grito agudo.

—¡Mi pierna!

La dejó cuidadosamente, retrocediendo alarmado.

—¿Qué pasa? —preguntó, con los ojos llenos de preocupación mientras se arrodillaba de nuevo a su lado.

—Me hormiguea, como si estuviera en llamas —refunfuñó, torciendo los labios en una mueca mientras se frotaba la extremidad afectada—. He tenido algún que otro pinchazo antes, pero nada como esto. Debo haberla sacudido cuando me caí.

Rose, que estaba cerca, había estado lista para ayudar pero dio un paso atrás ante las palabras de la condesa. Así que *esta* era la milagrosa recuperación a la que había aludido. La admiración por la astucia de la mujer mayor disipó la preocupación persistente de Rose, aunque sabía que más tarde habría tiempo para reprender a Lady Beatrice por su teatralidad. Por ahora, lo mejor era llevarla a casa antes de que provocara más travesuras.

—Quizás deberíamos llevarte de vuelta a Thornfield —sugirió Rose, colocando una mano tranquilizadora en el brazo de Henry—. Podemos hacer que el médico nos encuentre allí.

Henry, que no había considerado llamar a un médico hasta que Rose lo mencionó, asintió bruscamente. Ordenó a un lacayo que fuera a buscar al médico, luego se volvió hacia su madre. Después de una breve discusión, se acordó que aquellos invitados que desearan quedarse en la reunión permanecerían, mientras que el resto se prepararía para partir hacia Thornfield. Menos de diez minutos después, estaban de camino de vuelta a la finca.

Henry se sentó frente a su madre en el carruaje, con el rostro tenso de preocupación, sin darse cuenta de que estaba aplastando los dedos de Rose con su agarre. La imagen de Lady Beatrice tirada en el suelo del salón de baile seguía pasando por su mente, un doloroso recordatorio del accidente que la había herido por primera vez. Era su culpa —todo—. La culpa lo carcomía, amenazando con abrumarlo.

—¿Henry?

La suave voz de Rose penetró a través de su niebla de desesperación, y él bajó la mirada para encontrarla observándolo con preocupación. Fue solo entonces cuando se dio cuenta de lo fuertemente que estaba sosteniendo su mano. Rápidamente aflojó su agarre, su pulgar acariciando sus nudillos como si tratara de aliviar el dolor.

—¿Te estaba haciendo daño? —Su voz era áspera de arrepentimiento—. Lo siento, a veces olvido mi propia fuerza.

—No me estabas haciendo daño —mintió Rose, aunque sus dedos palpitaban en protesta—. Solo iba a decir que no necesitas parecer tan sombrío. Todo estará bien.

Cuando ella le sonreía así, Henry encontraba imposible no creerle.

—Lo sé —dijo suavemente, llevando su mano a sus labios y presionando un tierno beso en sus nudillos. Sus ojos se encontraron, y en ese momento, él sintió una oleada de gratitud y algo más —algo más profundo— que le hizo desear estar en cualquier lugar menos en este carruaje abarrotado.

Cualquier cosa que pudiera haber dicho a continuación fue interrumpida por la repentina voz imperiosa de Lady Beatrice desde el otro lado del asiento.

—¿De qué están ustedes dos cuchicheando allí? —exigió, con tono agudo—. No hay necesidad de ser tan secretos, ¡no estoy en mi lecho de muerte, saben!

Henry y Rose intercambiaron miradas divertidas.

—Sabemos que no lo estás, madre —respondió Henry con una risita—. Simplemente no queríamos molestarte con conversación ociosa.

—¿Conversación, eh? —Lady Beatrice resopló con incredulidad—. ¿Es así como lo llaman estos días?

En menos de media hora, llegaron de vuelta a Thornfield. Henry llevó a su madre arriba, depositándola en su habitación antes de dejarla al cuidado de Rose y la siempre eficiente Mabel. Una vez que Lady Beatrice había sido desvestida y hecha lo más cómoda posible, llegó el doctor para examinarla. Henry, por mucho que odiara ser gentilmente expulsado de la habitación, lo aceptó con resignación y se retiró abajo a esperar.

En el salón, caminaba inquieto de un lado a otro, con la mente acelerada. Estaba considerando pedir brandy cuando la puerta se abrió y Rose entró.

—¿Cómo está? —preguntó urgentemente, cruzando la habitación en tres zancadas rápidas para agarrar su mano—. ¿Está bien? No es su corazón, ¿verdad?

—No, nada de eso —le aseguró Rose, aunque por dentro estaba hirviendo de rabia contra Lady Beatrice por poner tal miedo en sus ojos. Ya había reprendido a la condesa en privado por su exhibición teatral, pero ahora lamentaba no haber sido más severa. Cualesquiera que fueran los motivos de Lady Beatrice, no tenía derecho a someter a su hijo a semejante tormento innecesario.

—Gracias a Dios —suspiró Henry, cerrando los ojos aliviado. Había sentido que su madre le ocultaba algo, y el temor de que estuviera más enferma de lo que dejaba ver lo había carcomido durante días. Cuando abrió los ojos de nuevo, su mirada se suavizó al posarse en Rose.

—¿Qué dijo el doctor? —preguntó, llevándola a uno de los sofás y sentándose a su lado, aún sosteniendo su mano como si fuera un salvavidas.

—Todavía la está examinando, pero no parece excesivamente preocupado —respondió Rose, su culpa pesando más que nunca. Amaba a Henry, y verse obligada a engañarlo la estaba destrozando. Pero había dado su palabra, y por mucho que le desagradara el engaño, se sentía atada por ella—. De hecho —añadió—, parecía... alentado.

—¿Alentado? —Henry frunció el ceño—. Es una elección peculiar de palabra.

Rose se removió incómoda bajo su mirada, deseando que no estuviera sentado tan cerca.

—Él... él cree que el hormigueo en sus piernas puede ser una señal de que está recuperando la sensibilidad —dijo al fin, agradecida de que, al menos en esto, pudiera decir la verdad.

—¿Quieres decir que podría volver a caminar? —preguntó Henry, con voz incrédula.

La felicidad en su tono solo profundizó la miseria de Rose.

—El médico no lo dijo directamente —respondió ella, con voz queda—. Pero parece una conclusión lógica.

—¡Eso es maravilloso! —exclamó Henry, atrayéndola en un abrazo exuberante. Cuando ella no respondió, se apartó, con la confusión nublando su expresión—. No pareces muy feliz al respecto —observó, entrecerrando los ojos con sospecha.

Rose se estremeció ante su percepción.

—Por supuesto que estoy feliz —dijo, forzando una débil sonrisa mientras desviaba la mirada —. Supongo que la noticia aún no ha calado del todo. He estado tan preocupada durante tanto tiempo... —Su risa sonó hueca, incluso para sus propios oídos.

Henry le lanzó una mirada penetrante, a punto de presionar más, cuando el médico entró en la habitación, salvándola de más escrutinio. Henry se puso inmediatamente de pie, aún agarrando la mano de Rose.

—¿Cómo está mi madre? —preguntó, preparándose para la respuesta.

—¡Mejor de lo que la he visto en años, mi lord! —respondió el anciano médico, su rostro arrugado iluminándose con una amplia sonrisa—. Toda la sensibilidad ha vuelto a las piernas de su señoría, y con el tiempo, creo que podrá volver a caminar. Es un milagro, eso es lo que es... ¡un verdadero milagro!

La noticia de la milagrosa recuperación de Lady Ashbourne se extendió por el vecindario más rápido que una tormenta de verano, y pronto Thornfield Hall se vio invadido por visitantes, cada uno más decidido que el anterior a echar un vistazo a la inválida revivida. Apenas se había despedido a un grupo de curiosos bienintencionados cuando otro entraba, lleno de preguntas ansiosas y exclamaciones de intervención divina. A media tarde del segundo día, la paciencia de Rose se había desgastado hasta su último hilo. Después de lograr finalmente ahuyentar a un grupo particularmente persistente de damas de la iglesia de Derbyshire, que habían insistido en rezar por Lady Beatrice como si estuviera en su lecho de muerte, Rose se desplomó en el sofá más cercano con un gemido.

—Bueno, espero que estés satisfecha —murmuró, lanzando una mirada a medias a la condesa, que estaba reclinada con un aire de sereno contentamiento—. Cualquiera pensaría que este lugar es la Abadía de Westminster, por la forma en que la gente ha estado desfilando. Una lástima que no se nos ocurriera cobrar entrada. Ahora seríamos bastante ricos.

—No seas vulgar, querida —respondió Lady Beatrice, abanicándose con su habitual gracia tranquila—. He vivido en Derbyshire durante décadas... es natural que mis vecinos estén preocupados por mi salud —Hizo una pausa, con un brillo especulativo en los ojos—. Aunque... ¿cuánto crees que podríamos cobrar?

Rose gimió, maldiciéndose por haber plantado la idea en la cabeza de la condesa.

—Olvida eso —murmuró—. Todavía no puedo creer que hayas hecho algo tan melodramático. ¿En qué estabas pensando? Acordamos que te recuperarías *naturalmente*.

Lady Beatrice arqueó una ceja imperiosa, luciendo demasiado complacida consigo misma.

—Me recuperé naturalmente. ¿Qué puede ser más natural que ser curada por la gracia de Dios?

Rose apretó los labios, tratando de reprimir el impulso de discutir.

—Pero...

—Simplemente aproveché mi propia torpeza —continuó la condesa, imperturbable—. No creerás honestamente que tenía la intención de caerme de esa maldita silla, ¿verdad?

Rose parpadeó, su irritación cediendo momentáneamente a la sorpresa.

—¿Quieres decir que fue un accidente?

—Por supuesto que fue un accidente —bufó Lady Beatrice—. Puedo ser muchas cosas, pero me educaron mejor que para hacer un espectáculo de mí misma a propósito.

Rose se ablandó instantáneamente.

—Lo siento. No quise insultarte.

—Bueno, no ha pasado nada —resopló la condesa, aunque su aire de ofensa persistió por un momento más antes de descartarlo con un movimiento de su abanico—. De hecho, puede que todo haya salido para mejor. Al menos logró desviar la atención de Henry y *esa mujer*.

Rose no necesitaba preguntar quién era *esa mujer*. La imagen de Henry sonriendo a Lady Dumfries, hablándole de esa manera suave y burlona, todavía estaba grabada en su mente. Se requería cada onza de esfuerzo para no detenerse en ello ahora.

—Además —añadió Lady Beatrice, sus ojos brillando con renovado vigor—, pronto llegarán el resto de nuestros invitados, y todo este episodio no será más que una curiosidad pasajera. Incluso podré participar adecuadamente... quizás hasta baile.

Su tono era alegre, pero Rose no podía compartir el optimismo de la condesa. Continuaron charlando ociosamente durante unos minutos más antes de que su soledad fuera interrumpida por el regreso de Lady Langwick y el resto de los invitados, que habían estado disfrutando de un improvisado recorrido por el campo. Rose acababa de empezar a levantarse de su asiento cuando notó a Henry rezagado detrás de ellos, sus ojos oscuros recorriendo la habitación.

Se inclinó para besar la mejilla de su madre, intercambiando algunas palabras con ella, pero luego, para sorpresa de Rose, se volvió hacia ella y le besó la mano también.

—Buenas tardes, señorita Sheffield —murmuró, su voz lo suficientemente cálida como para enviar un aleteo de alarma a través de su pecho—. Trabajando duro como siempre. Debemos tener cuidado de que no se agote.

No se dejaría encantar, se dijo Rose firmemente. *No otra vez*. Se negaba a dejarse influenciar por su encanto fácil, no después de lo que había visto con Lady Dumfries.

—¿Esto, del hombre que nos hizo esperar la cena mientras estaba rescatando a una oveja de un seto? —replicó con sarcasmo, deslizando su mano fuera de su agarre.

Para su consternación, él la dejó ir con una sonrisa pero, en lugar de seguir adelante, se acomodó en la silla a su lado.

—Oh, pero eso fue la semana pasada —dijo Henry con una sonrisa despreocupada, cruzando una bota sobre la otra mientras se reclinaba en su silla, su tono burlón. Había pasado toda la tarde esperando volver a ver a Rose, y ahora que ella estaba aquí, no podía evitar observarla.

Llevaba un vestido de delicada muselina en un suave color rosa brumoso que hacía que su piel resplandeciera como la luz de las velas. Su cabello estaba recogido en un elegante moño, pero él recordaba cómo se había sentido entre sus dedos, los sedosos mechones deslizándose por sus manos. El solo pensamiento despertó un peligroso calor en lo profundo de su vientre, y aunque se sentía algo avergonzado por su reacción, no podía negar el alivio que le producía.

La otra noche, Carla se había apretado contra él, una provocación deliberada y sensual destinada a incitar el deseo. Pero él no había sentido ni un atisbo de interés. El recuerdo lo había inquietado, pero ahora, mientras observaba a Rose, pensó que finalmente lo entendía. Sus gustos se habían refinado con los años. Gracias a Dios por eso, reflexionó, ampliando su sonrisa.

A su alrededor, el resto de la compañía continuaba su charla, ajena a la tensión que bullía justo bajo la superficie. Lady Langwick, habiendo evidentemente renunciado a la esperanza de concertar un matrimonio entre Henry y su hija, había dirigido su atención a uno de los jóvenes caballeros que habían sido invitados para completar los números.

—El sobrino de Lord Mayfield, ¿sabes? —confió a Rose en un aparte presuntuoso—. Se rumorea que será nombrado heredero, una vez que sea seguro que su hijo está muerto.

El comentario sorprendió tanto a Rose que le hizo olvidar sus propias emociones turbulentas.

—¿Una vez que sea *seguro* que está muerto? —repitió, frunciendo el ceño—. Seguramente no habría duda alguna. Un hombre está muerto o no lo está. ¿Cómo podría haber incertidumbre?

—Porque Adrian —ese era su nombre— fue reportado como perdido en el mar cuando su barco se hundió frente a las Indias —explicó Lady Langwick con un resoplido condescendiente —. Lo cual solo demuestra por qué nunca se debe permitir que un hijo único ande vagabundeando por el mundo. Fue el colmo del egoísmo poner sus propios placeres por encima de su deber hacia su familia. ¿No está de acuerdo, milord? —Se volvió hacia Henry con una sonrisa que sin duda creía encantadora.

Pero la expresión de Henry se oscureció, sus ojos endureciéndose al recordar a Adrian Comrow. Habían estado juntos en Oxford, Adrian dos años menor que él, pero había admirado la feroz inteligencia del joven y su determinación para restaurar la fortuna de su familia. Había sido esa misma devoción la que lo llevó a la muerte, no la insensatez que Lady Langwick insinuaba.

—En realidad —dijo Henry, con un tono cortante mientras fijaba a la marquesa con una mirada gélida—, fue su devoción al deber lo que lo llevó a su perdición. Los Comrow estaban al borde de la ruina financiera antes de que Adrian se dedicara a "vagabundear", como usted lo llama.

Lady Langwick se sonrojó intensamente, claramente herida por la reprimenda, pero la llegada de la bandeja del té afortunadamente evitó que la conversación se agriera aún más. La charla se dirigió hacia temas más ligeros, y cuando la sala volvió a su habitual murmullo de conversación, Rose decidió que era hora de escabullirse. No podía soportar otro momento en compañía de Henry, no cuando su cercanía hacía que su corazón latiera de una manera tan temeraria y peligrosa.

Esperó hasta que él estuviera enfrascado en una conversación con uno de los jóvenes, luego se levantó silenciosamente de su asiento y se deslizó hacia la puerta. Pero justo cuando pensaba que había logrado escapar, una mano firme se cerró alrededor de su codo, deteniéndola en seco.

—¿Adónde vas? —La voz de Henry era suave, pero vibraba con una intensidad que le provocó un escalofrío por la espalda.

Ella se volvió para enfrentarlo, con el corazón martilleando contra sus costillas mientras buscaba una excusa.

—Yo... necesito hablar con el ama de llaves —balbuceó, furiosa consigo misma por sonar tan nerviosa—. Si el señor Granger va a ser nombrado heredero, debería tener una habitación apropiada. Habrá que hacer algunos arreglos.

Henry alzó una ceja, claramente poco impresionado por su explicación.

—Si a Granger no le gustan sus aposentos, es bienvenido a dormir en los establos —dijo con desdén—. Además, yo no me apresuraría a dar por perdido a Adrian. Si había alguna forma de sobrevivir a ese naufragio, él la habría encontrado.

Rose no tuvo respuesta a eso, su excusa ya desmoronada bajo su escrutinio. Intentó dar un paso atrás, pero la mano de él permanecía firmemente en su brazo, manteniéndola en su lugar. El pánico se encendió en su pecho, y rápidamente buscó otra razón para escapar de su presencia.

—Como usted diga, milord —murmuró, inclinando la cabeza en lo que esperaba fuera una despedida cortés—. En ese caso, necesito revisar los disfraces en el ático. He dispuesto que algunos de nuestros invitados los usen.

El uso de su título, junto con su obvia desesperación por alejarse, pinchó el orgullo de Henry como una cerilla contra la yesca. Por un momento, se sintió terriblemente tentado de atraerla a sus brazos y besarla hasta dejarla sin sentido, al diablo con las convenciones sociales. Pero la razón prevaleció, recordándole que tal acto impulsivo la arruinaría a ella —y a su propio honor— más allá de toda reparación. Con esfuerzo, aflojó su agarre, soltando su brazo.

—Muy bien —gruñó, con la mandíbula tensa mientras luchaba por controlarse—. ¿Quizás te vea más tarde? Hay otra reunión esta noche. ¿Vendrás con nosotros en nuestro carruaje?

Rose había planeado asistir a la reunión, pero ahora la idea de ver a Henry bailar con Lady Dumfries le revolvía el estómago. No, no podría soportarlo.

—Me temo que no —respondió fríamente, levantando la barbilla—. Hay demasiado que hacer con los invitados que llegan mañana. Pero estoy segura de que tú y los demás lo pasarán maravillosamente.

Sus palabras, pronunciadas en ese tono frío y preciso, golpearon a Henry como un puñetazo en el estómago. Por un fugaz momento, fue transportado de vuelta a su primera temporada en Londres, cuando otra mujer lo había hecho sentir no deseado, como una molestia. Solo que esta vez, no era solo su orgullo el que sufría, era su corazón.

Se tragó el escozor de su rechazo, obligándose a enfrentar la verdad. La amaba. La realización lo golpeó con una fuerza devastadora. Los sentimientos que una vez había albergado por Carla no eran nada comparados con la profundidad de lo que sentía por Rose. Quería casarse con ella, hacerla suya en todos los sentidos, pasar el resto de su vida demostrándole cuánto significaba para él. Pero si ella no correspondía sus sentimientos —si no lo amaba—, entonces no tenía otra opción que mantener la distancia.

De alguna manera, tendría que aprender a vivir con ese dolor en el corazón.

Durante los días siguientes, Rose se mantuvo ocupada, tratando en vano de ignorar el triste estado de su corazón. Entre las interminables cenas, picnics y las innumerables partidas de cartas, vio muy poco a Henry. Parecía que habían llegado a un acuerdo tácito de evitarse mutuamente, una situación facilitada por la avalancha de invitados y actividades que demandaban su atención. Se decía a sí misma que era lo mejor, pero los recuerdos de su cercanía compartida se colaban, y con ellos, una ola de duelo—por lo que había sido y lo que podría haber sido.

Complicando aún más las cosas estaba la carta que había recibido de su tía abuela, invitándola a unirse a ella en Escocia. La vieja condesa, al parecer, había decidido finalmente perdonar a su sobrina "oveja negra" por sus muchos fallos y ahora exigía la presencia de Rose a su lado. Rose no le había contado a nadie sobre la misiva, guardando el conocimiento como una ruta de escape

secreta. Era la excusa perfecta para abandonar Thornfield, si las cosas con Henry se volvían insoportables. Pero la idea de marcharse la llenaba de alivio y pena a partes iguales. Engaño, pensó con un suspiro cansado. ¿Terminaría alguna vez la duplicidad?

La tarde antes del baile de máscaras fue sorprendentemente tranquila. La mayoría de los invitados estaban descansando en preparación para las festividades de la noche, y Rose, ansiosa por un momento de soledad, decidió salir a montar. Era un placer que no se había permitido desde el desafortunado viaje a Derby, y mientras cabalgaba por las verdes colinas ondulantes, sintió que la tranquila tristeza de la despedida se asentaba en su pecho. Sabía, con una certeza agridulce, que se estaba despidiendo—no solo de la tierra que había llegado a amar, sino también del hombre que la poseía.

Al llegar a la cima de una colina, detuvo su caballo, con lágrimas llenando sus ojos mientras contemplaba el paisaje familiar. Siempre llevaría el recuerdo de este lugar en su corazón, y el recuerdo de Henry también estaría allí, un dolor constante del que nunca se libraría por completo. El pensamiento trajo una sonrisa melancólica a sus labios. Finalmente, reflexionó, se estaba comportando como una verdadera heroína romántica—con ojos soñadores y perdidamente enamorada.

Por impulso, dirigió su caballo hacia las ruinas, deseando una última visita antes de marcharse. Pero al acercarse, divisó una figura familiar entre las piedras. Henry. Y a su lado, Lady Dumfries.

Incluso mientras registraba la dolorosa visión, vio a la marquesa lanzar sus brazos alrededor de él y atraerlo hacia un beso apasionado. La escena era demasiado para soportar. El aliento de Rose se quedó atrapado en su garganta, y sin pensarlo dos veces, hizo girar a su caballo y galopó lejos, con lágrimas corriendo por sus mejillas, su corazón rompiéndose con cada latido.

De vuelta en las ruinas, Henry se apartó del beso, su expresión dura.

—Realmente, Henry —dijo Lady Dumfries, su tono de reproche mientras lo miraba—. Me decepcionas. Pensé que nos entendíamos.

—¿Lo hacíamos? —preguntó él, su voz fría mientras la estudiaba. La había traído aquí a propósito, decidido a enfrentar los demonios de su pasado y dejarlos atrás de una vez por todas. Había sido una prueba, y una que había pasado con honores.

—Te lo dije —continuó ella, con una nota de desesperación colándose en su voz—, la elección no fue mía. Mis padres insistieron en que me casara con Dumfries. ¿Qué más podría haber hecho?

—Nada.

La franqueza de su respuesta la hizo parpadear sorprendida.

—Quería aceptarte —presionó, poniendo una mano en su brazo y mirándolo con lo que sin duda pensaba que era anhelo genuino—. No puedes imaginar lo doloroso que fue despedirte. Mi corazón se estaba rompiendo, pero Mamá fue inflexible.

—Ahora *tú* me decepcionas, Lady Dumfries —dijo Henry, su boca torciéndose en una sonrisa sombría—. Pero te equivocas si crees que te guardo rencor por rechazar mi propuesta.

Sus ojos se ensancharon, y por un momento, pareció insegura de si sentirse aliviada o insultada.

—¿No lo haces?

—De hecho, nunca he estado más agradecido —dijo, con satisfacción inconfundible en su voz —. Volver a encontrarme contigo solo ha confirmado lo que he sospechado durante mucho tiempo. Cada noche, he estado de rodillas, agradeciendo al Todopoderoso por mi liberación.

Su rostro se sonrojó de un tono poco atractivo, y sin previo aviso, arremetió, golpeándolo en la cara con su mano enguantada.

—Bastardo —siseó, su voz temblando de furia—. Eres tan bestial e incivilizado como siempre.

Henry solo se rió, haciéndole una reverencia burlona.

—Gracias, mi lady —dijo suavemente—. Afortunadamente, hay cierta mujer que aprecia a los hombres que son bestiales e incivilizados. Ahora, si has terminado de intentar seducirme, creo que es hora de que regresemos. Tengo mucho que hacer.

Sin esperar una respuesta, giró sobre sus talones y se dirigió a su caballo, dejando a Lady Dumfries hirviendo de rabia detrás de él.

Capítulo Veintiuno

Vaya, tienes un aspecto curioso, debo decir —murmuró Maggie, con las manos en las caderas mientras estudiaba a Rose—. ¿De verdad las damas llevaban cosas tan extrañas?

—Según Lady Beatrice, estaban muy de moda hace unos sesenta años, aunque solo el cielo sabe cómo se las arreglaban las pobres criaturas para pasar por las puertas —respondió Rose, con expresión dubitativa mientras estudiaba su reflejo en el espejo—. Parezco una mesa que ha decidido salir a explorar por su cuenta.

El vestido, diseñado en rico brocado rojo y profusamente bordado con hilos de oro y plata, distaba mucho de los modestos y elegantes vestidos que Rose solía llevar. En lugar de las faldas rectas y gráciles a las que estaba acostumbrada, las faldas de este vestido de baile se extendían unos cuarenta centímetros a cada lado, lo que dificultaba el caminar y hacía risible la idea de bailar. El vestido también tenía un escote escandalosamente bajo, y Rose estaba considerando si debía meter otro fichú de encaje en el escote cuando Maggie volvió a hablar.

—Tal vez no se vería tan raro si te pusieras una de esas pelucas empolvadas —sugirió Maggie, mirando pensativamente el atuendo de Rose—. Recuerdo que una gran dama de mi pueblo solía llevar una, y pensaba que parecía una reina.

Rose reprimió un escalofrío al recordar la peluca grisácea e infestada de bichos que había encontrado junto con los vestidos.

—No, gracias, Maggie —dijo, cediendo al deseo de modestia y metiendo firmemente el fichú negro en el ajustado corpiño—. Ya estaré lo bastante incómoda, y dudo que a la tía abuela le haga gracia que llegue a su casa infestada de pulgas.

La mención de la condesa y el inminente traslado a Escocia hizo que Maggie resoplara en señal de desaprobación.

—No sé por qué tenemos que ir corriendo a casa de su señoría —refunfuñó, moviéndose detrás de Rose para terminar de arreglarle el pelo—. ¿Qué tiene de malo este lugar, me gustaría saber?

Rose cerró los ojos, y la imagen de Henry besando a Lady Dumfries volvió a aparecer ante ella.

—Nada —dijo al fin, con tono sombrío mientras abría los ojos para mirar en el espejo—. Solo que no es nuestro hogar, y no debemos abusar más de la amabilidad de su señoría. Ahora que Lady Ashbourne se ha recuperado de su lesión, no hay razón para quedarse.

—¿No la hay? —La expresión de Maggie se volvió misteriosa—. Si tú lo dices, señorita Rose, pero desearía que lo reconsideraras; solo recuerda lo que pasó la última vez que fuiste a visitar a tu tía abuela.

Rose lo recordaba, y tuvo que hacer todo lo posible para no romper a llorar.

—Esta vez es diferente —insistió, tragando el nudo que se le había formado en la garganta—. La tía abuela Charlotte me ha invitado, y no hace falta que lo hagas sonar como si nos escabulléramoss en la noche como ladrones. Tengo toda la intención de informar a Lady Ashbourne de mi decisión mañana por la mañana.

—¿Y cuándo piensas partir? —presionó Maggie.

—A finales de semana —respondió Rose, echando un último vistazo a su reflejo antes de darse la vuelta—. Eso debería darte tiempo suficiente para hacer el equipaje, ¿no?

Maggie le entregó el ornamentado abanico que completaba el conjunto.

—Oh, más que suficiente, señorita —dijo con una sonrisa pícara—. Más que suficiente.

El gran salón de baile de Thornfield Manor se había transformado en un bosque de hadas. Después de bajar con cautela las escaleras, Rose se detuvo a admirar el resultado de su arduo trabajo. Mantas de rosas blancas y helechos del invernadero de la condesa se entremezclaban por toda la sala, mezclándose con delicadas sillas y mesas doradas. Tenía que admitir que el efecto era encantador.

—Aquí estás —dijo una voz familiar, y Rose se volvió para encontrar a Henry detrás de ella. La visión de él vestido como un centurión romano hizo que se le cortara la respiración. Lo miró asombrada, con el corazón palpitante.

La expresión en su rostro hizo que Henry se sonrojara ligeramente de vergüenza. Se había sentido como un tonto, disfrazándose así, pero su madre había insistido en el traje. Dada la alternativa —una toga y una corona de hojas de olivo— había pensado que esta era la mejor opción, pero ahora no estaba tan seguro. Cuando Rose siguió mirándolo fijamente, se movió inquieto de un pie calzado con sandalias al otro.

—Me gustaría que dijeras algo, Rose —murmuró, esforzándose por mantener un tono ligero—. Estas cosas son condenadamente incómodas, ¿sabes?

—No más incómodas que esto —replicó Rose, decidiendo que si él podía actuar con indiferencia, ella también—. Al menos tú puedes moverte sin derribar todo lo que tienes a la vista.

Él observó su elaborado vestido con sus enormes faldas y reprimió una sonrisa.

—En realidad, creo que te ves bastante encantadora —dijo con voz arrastrada, sus ojos desviándose hacia el escote de su vestido donde había metido el fichú de encaje—. Aunque creo que podrías prescindir de esto —añadió, pasando la punta de su dedo por el encaje—. ¿Tienes miedo de coger un resfriado?

Sus mejillas se sonrojaron, y ella le golpeó la mano con su abanico.

—Es interesante, ¿no crees, cuántos de nuestros invitados han elegido disfraces que reflejan su verdadero yo? —preguntó, con un tono enérgico mientras intentaba desviar la conversación de su audacia—. Mira al señor Langford, vestido como un bandido, y ahí está Lady Langwicke vestida como la reina Isabel. Siempre pensé que era demasiado regia para ser una simple marquesa.

Henry notó el nerviosismo bajo su charla y se preguntó qué le preocupaba. Ahora que había dejado su pasado atrás, estaba listo para centrarse en su futuro, y rezaba para que ella fuera parte de él. Tomando aire para armarse de valor, le cogió la mano.

—Rose, hay algo que necesito preguntarte...

—Hablando de marquesas, ¿vendrá Lady Dumfries? —interrumpió Rose, con una sonrisa brillante pero frágil—. Estoy segura de que su disfraz será... muy interesante.

—¿Carla? —Henry frunció el ceño ante el repentino cambio—. ¿Qué te hace pensar que vendrá esta noche?

—Yo... —la voz de Rose flaqueó, y lo miró fijamente por un largo momento—. Supuse que la habíais invitado, milord —dijo, sofocando despiadadamente la pequeña chispa de esperanza que se había encendido en ella—. Habéis pasado mucho tiempo con ella últimamente y...

—¡Aquí estáis los dos! —la voz de Lady Beatrice resonó mientras cojeaba por la habitación para unirse a ellos—. Os he estado buscando por todas partes. —Fijó en Rose una mirada penetrante—. ¿Y qué es eso que oigo sobre que te vas a Aberdeen? Vaya noción de gratitud tienes, escabulléndote en cuanto me doy la vuelta.

Rose sintió que la sangre se le iba del rostro, y luego volvía con la misma rapidez. Se dio cuenta de que Maggie debía haberse confiado a Mabel, y Mabel, por supuesto, había ido directamente a Lady Beatrice. La conversación privada que Rose había esperado tener con la

condesa era ahora imposible, y consciente de que eran objeto de varias miradas interesadas, se esforzó por mantener su dignidad.

—No pretendía abusar de vuestra hospitalidad, milady —dijo, hablando con todo el decoro que su padre habría deseado—. Pero mi tía abuela me ha escrito, pidiéndome que me reúna con ella en Escocia, y yo...

—¡Escocia! —el rugido de Henry amenazó con hacer añicos los cristales de las puertas francesas—. ¡Si crees que vas a ir a Escocia, estás completamente loca!

Sus duras palabras trajeron un silencio inmediato a la sala, y la feroz expresión de su rostro hizo que varias jóvenes se desmayaran. Por encima del murmullo de la multitud, Henry pudo oír a alguien murmurar sobre "la bestia", pero no le prestó atención. En su lugar, avanzó hacia Rose, con las manos apretadas en puños.

—He sido paciente por demasiado tiempo —gruñó, con la voz tensa por la emoción—. Me dije a mí mismo que esperaría hasta saber lo que sentías por mí, pero ya no puedo contenerme más. Te vas a casar conmigo, Rose, y no hay más que hablar.

Los jadeos resonaron a su alrededor, seguidos de más desmayos, pero Rose apenas lo registró. El pánico crecía en su interior. ¿Podía confiar en él? ¿Le estaba proponiendo matrimonio por amor, o porque estaba molesto con Lady Dumfries? La idea de ser su segunda opción —de volver a ser herida— era insoportable. Alzó la barbilla, con el ceño fruncido.

—¡Como si fuera a casarme con un tirano prepotente como tú! —declaró, con la voz temblorosa por la emoción—. ¡Y aunque fuera lo suficientemente tonta como para pasar por alto tus modales bárbaros, nunca aprobaría tus costumbres libertinas!

A Henry le habían llamado muchas cosas en su vida, pero nunca libertino. Parpadeó, momentáneamente desconcertado. Cuando no se le ocurrió ninguna réplica, apartó impacientemente sus acusaciones con un gesto de la mano. —Libertino o no, me casaré contigo —dijo, agarrándole la mano—. Ahora deja de quejarte y ven conmigo. Tenemos una boda que planear. —Y antes de que ella pudiera objetar más, la arrastró sin ceremonias fuera del salón de baile.

Rose luchó contra él, pero con sus voluminosas faldas y el agarre decidido de Henry, era inútil. Una vez que estuvieron en el balcón, la soltó. Ella no perdió tiempo en lanzar su puño contra su cara, pero él esquivó el golpe con facilidad, atrapando su mano y atrayéndola hacia sí. Su boca descendió sobre la de ella en un beso abrasador, y ante su contacto, la lucha se desvaneció. Sus manos se aferraron a los hombros de él, acercándolo más.

—Rose —susurró contra sus labios, con voz baja y urgente—. Te amo. ¿Cómo pudiste pensar siquiera en dejarme?

Las palabras roncas hicieron que las rodillas de Rose se debilitaran, y si Henry no la hubiera estado sosteniendo tan firmemente, se habría desplomado.

—¿Tú... me amas? —preguntó, con los ojos muy abiertos mientras escudriñaba su rostro—. ¿Estás seguro?

—Por supuesto que estoy seguro —respondió con una risa ronca, la incredulidad en su voz llenándolo tanto de alegría como de alivio. La besó de nuevo, sus labios rozando los de ella antes de apartarse ligeramente.

—Y ahora —murmuró, jugueteando con el encaje del fichú en su escote—, ¿no crees que es hora de que me digas que tú también me amas?

Ella suspiró bajo su contacto, rindiéndose por fin. —Te amo —confesó, y luego estropeó su momento de sumisión añadiendo—: Aunque el cielo sabe por qué. Eres una bestia.

Él sonrió, recordando el escozor de esas mismas palabras en el pasado. —Así es —admitió, con tono burlón—. Y tú eres la mujer menos dama que he conocido jamás. ¿Puedes pensar en dos personas que se complementen mejor?

Rose consideró eso por un momento antes de romper en una suave risa. —No, no puedo —admitió, enlazando sus brazos alrededor del cuello de él mientras le sonreía—. Pero antes de que nos dejemos llevar, quizás puedas explicarme por qué estabas besando a Lady Dumfries esta tarde. Si crees que toleraré tal comportamiento una vez que estemos casados, puedes pensarlo de nuevo.

Henry se rió de su tono severo, inclinándose para besar su boca enfurruñada. Mientras le explicaba su necesidad de poner finalmente fin a su infantil infatuación con Carla, no se sorprendió de que Rose lo entendiera completamente.

—Ojalá hubiera hecho las paces de manera similar con mi padre —suspiró ella, apoyando la cabeza en su hombro—. Siempre me estaba regañando por mi falta de cualidades femeninas, pero creo que quizás ahora estaría orgulloso de mí.

—Estoy seguro de que siempre estuvo orgulloso de ti —dijo Henry suavemente—. Creo que es propio de padres e hijos discutir. Además —levantó su barbilla y la miró a los ojos—, si hubieras sido una dama, quizás nunca habríamos terminado aquí.

—Es cierto —acordó Rose, sonriendo al recordar el incidente del calentador de cama. Pero cuando Henry se inclinó para besarla de nuevo, ella se echó hacia atrás, con los ojos entrecerrados.

—Que esto sirva de advertencia, milord —le advirtió—. Persigue a otra rubia bonita hasta una alcoba, y haré algo más que abollar un calentador de cama en tu cabeza. ¿Me he explicado con claridad?

—Con total claridad, amor —dijo Henry solemnemente. Luego, con fingida frustración, añadió —: Ahora entiendo por qué estas malditas faldas laterales pasaron de moda. —Frunció el ceño ante la voluminosa tela que los mantenía separados—. Ningún caballero de la época de mi abuelo habría tolerado semejante tontería.

Su risa se vio interrumpida cuando apareció Lady Beatrice, con los ojos brillantes de satisfacción. —Si ustedes dos han terminado de causar el escándalo de la temporada —dijo arrastrando las palabras—, quizás podrían volver al salón de baile y anunciar su compromiso. Y arréglense la ropa; no quiero que la gente empiece a contar con los dedos cuando su hijo haga su aparición.

Tanto Henry como Rose se sonrojaron ante palabras tan francas, pero rápidamente siguieron las instrucciones de Lady Beatrice. Estaban casi en las puertas del salón de baile cuando Henry de repente se rio y detuvo a Rose.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, mirándolo con un corazón tan lleno de amor que temía que pudiera estallar.

—Estaba pensando en tu comentario sobre los disfraces —dijo él, señalando con la cabeza hacia la figura de su madre que se alejaba—. ¿No ves cómo está vestida mi madre?

Rose frunció el ceño. —Como una dama griega, supongo —dijo, sin poder ver su punto—. Pero yo...

—Como el Oráculo de Delfos —corrigió él, riendo mientras ella comprendía—. Omnisciente, omnividente y más astuta que todos nosotros juntos. ¿No lo ves, mi amor? La vieja bruja nos ha superado a todos.

—¿Y te molesta? —preguntó Rose, recordando las maquinaciones de la condesa.

—En absoluto —respondió Henry, inclinándose para besarla de nuevo—. Mientras te tenga a ti, nada más importa.

Con eso, volvieron juntos al salón de baile, la bestia y su rosa, su amor sellado por la risa y un beso, que se llevaran los demonios los murmullos escandalosos.

Epílogo

Rose estaba frente al espejo en su vestidor, sus dedos trazando el intrincado encaje de su camisón. Las velas parpadeaban, proyectando un cálido resplandor sobre su piel sonrojada. Su corazón aleteaba con una mezcla de anticipación y nerviosismo que no había sentido desde la noche del baile de máscaras hace dos semanas.

—Quién hubiera pensado —reflexionó en voz alta, con una pequeña sonrisa jugando en sus labios— que un calentador de cama podría llevar a esto.

La puerta se abrió silenciosamente, y el reflejo de Henry apareció detrás de ella. Sus ojos, oscuros de deseo, se encontraron con los de ella en el espejo.

—¿Teniendo dudas, mi amor? —bromeó él, con voz baja y ronca.

Rose se giró, arqueando una ceja. —¿Sobre casarme con una bestia? Nunca.

Henry rió, acortando la distancia entre ellos. —Entonces quizás estás reconsiderando tu decisión de domar a dicha bestia.

—Oh, ni lo soñaría —respondió Rose, con la respiración entrecortada mientras él trazaba un dedo a lo largo de su clavícula—. ¿Dónde estaría la diversión en eso?

Los brazos de Rose se envolvieron alrededor de su cuello, atrayéndolo más cerca mientras se perdía en su sabor y en su tacto. Cada caricia, cada beso, avivaba un anhelo profundo dentro de ella que no podía negar.

La mano de Henry acunó su mejilla, y Rose se inclinó hacia su toque, sus ojos cerrándose suavemente.

Sus labios colisionaron en una fusión ardiente, sus bocas hambrientas e insaciables. Las manos de Rose temblaban mientras luchaba desesperadamente por desabotonar la camisa de Henry, sus dedos tropezando con la tela. Pero él se apartó, con una sonrisa maliciosa jugando en sus labios

mientras la veía luchar. El calor entre ellos era palpable, encendiendo un deseo ferviente y desatando una pasión tempestuosa que no podía ser contenida.

—¿Impaciente, verdad?

—Hombre insufrible —murmuró Rose, pero no había enojo en sus palabras.

Juntos, se desvistieron lentamente el uno al otro, cada centímetro de piel recién revelada explorada con toques reverentes y besos tiernos. La respiración de Rose se entrecortó mientras Henry trazaba sus labios a lo largo de la curva de su cuello, sus manos recorriendo su cuerpo, encendiendo un deseo ardiente dentro de ella.

Cuando por fin estuvieron desnudos el uno frente al otro, Henry tomó a Rose en sus brazos y la llevó a la cama. Ella yacía debajo de él, su cuerpo temblando de anticipación mientras él se inclinaba para besarla profundamente. Su toque era como fuego contra su piel, enviando olas de placer a través de sus venas.

—Estás temblando —murmuró él, con preocupación arrugando su frente.

Rose le sonrió, su mano acariciando su mejilla. —De amor —le aseguró—. De deseo.

Rose recibió el beso de Henry mientras él se bajaba sobre ella, sus labios uniéndose en una danza sensual que le envió escalofríos por la espalda. Sintió su creciente excitación contra ella y arqueó ligeramente sus caderas en invitación. Él aceptó, empujando dentro de ella lentamente, llenándola centímetro a centímetro exquisito. Cada movimiento que hacía era igualado por una sensación igualmente deliciosa: el roce de su piel cálida contra la de ella, el gemido que se le escapó mientras se enterraba más profundamente en su interior, la forma en que la miraba con tal deseo crudo y vulnerabilidad que le quitaba el aliento.

Sus dedos se enredaron en su cabello mientras envolvía sus piernas alrededor de su cintura, atrayéndolo aún más cerca. Su estructura musculosa temblaba con el esfuerzo mientras sostenía la mayor parte de su peso fuera de ella, dándoles a ambos tiempo para ajustarse a la nueva sensación. La habitación se llenó con el sonido de cariños susurrados y suaves suspiros de placer. Rose se maravilló de lo perfectamente que encajaban juntos, cómo cada toque, cada caricia parecía encender un fuego dentro de ella.

Después, yacían entrelazados, sus latidos volviendo lentamente a la normalidad. Los dedos de Henry trazaban patrones perezosos en la espalda de Rose, mientras ella descansaba su cabeza sobre su pecho, escuchando el constante latido de su corazón.

—Un centavo por tus pensamientos, mi amor —murmuró Henry, presionando un beso en la parte superior de su cabeza.

Rose se apoyó sobre un codo, sus ojos encontrándose con los de él. Con una suave sonrisa, tomó su mano y la colocó sobre su vientre. —Solo me preguntaba —dijo, su voz apenas por encima de un susurro—, si hemos comenzado nuestra familia esta noche.

La sonrisa de Henry se extendió por su rostro y le sonrió radiante. —Una hermosa hija de cabello oscuro y temperamento ardiente —dijo—. Justo como su madre.

—O... —Rose le lanzó una mirada de acero—. ¡Mira quién está llamando a quién de temperamento ardiente! ¡Que el cielo ayude a nuestro pequeño si es algo como su padre!

Henry rió y la atrajo hacia sí, capturando sus labios en un beso que hablaba de amor, esperanza y promesas para el futuro.

Mientras se acomodaban de nuevo en los brazos del otro, Henry extendió la mano para colocar un rizo rebelde detrás de la oreja de Rose, justo como lo había hecho en aquella primera noche en que habían bailado juntos.

—Te amo, mi Rose —susurró.

—Y yo a ti, esposo.

—¿Bestia y todo?

Rose sonrió, acurrucándose más cerca. —Bestia y todo —confirmó—. Siempre.

Aquí, en los brazos de su conde bestial, había encontrado su felices para siempre. Y era solo el comienzo.

About Violet Sinclair



Violet Sinclair es tu pasaporte a una era pasada de pasión y extravagancia. Con un amor insaciable por la historia, se sumerge de lleno en el mundo de los salones de baile, los vestidos fastuosos y la Inglaterra de la Regencia. Cuando no está viajando con sus intrépidos hijos, la encontrarás dedicándose a su verdadera pasión: crear apasionantes historias de amor y deseo, mientras disfruta bajo las palmeras de Florida. Adéntrate en su mundo, donde cada palabra es un secreto susurrado y cada historia un viaje fascinante al corazón del romance.

https://violetsinclairromance.com/